Carlos Frontera

ECO

CANDAYA

Carlos Frontera

Carlos Frontera nació en 1973 y vive en Sevilla. Es autor del libro de cuentos Andar sin ruido (2017). Eco es su primera novela.

Su búsqueda literaria se compagina con la gestión de Humanimal Training, un proyecto enfocado en ofrecer una nueva forma de entender el deporte y la vida sana.

Candaya Narrativa, 68

ECO

© Carlos Frontera

Primera edición impresa en la Editorial Candaya: septiembre de 2020

© Editorial Candaya S.L.

Camí de l'Arboçar, 4 - Les Gunyoles

08793 Avinyonet del Penedès (Barcelona)

www.candaya.com

facebook.com/edcandaya

Diseño de la colección:

Francesc Fernández

Imagen de la cubierta:

Andia / Alamy Foto de stock.

Maquetación y composición epub

Miquel Robles

BIC: FA

ISBN:978-84-18504-26-6

Depósito Legal:B 17539-2020

Este libro no lo tendría que haber escrito nunca.

Nunca.

ECO

Regular show

¿Por qué nos exponemos a situaciones de peligro?

Porque algo nos dice que no valemos absolutamente nada.

Olivia Laing, La ciudad solitaria

una mirada desde la alcantarilla

puede ser una visión del mundo

Alejandra Pizarnik

En mi soledad

he visto cosas muy claras

que no son verdad

Antonio Machado

ÍNDICE

PORTADA

ÍNDICE

AUTOR

CRÉDITOS

EPÍGRAFE

CITAS

Lo segundo que hice al despertar

Nadie debería envejecer solo

Padre nos llevó a conocer el matadero de Betanzos

¿Qué lleva a un hombre a subir una montaña?

AGRADECIMIENTOS

Lo segundo que hice al despertar

Lo segundo que hice al despertar de la anestesia fue llevarme la mano a la polla, un gesto, al contrario de lo que pueda pensarse, desprovisto de todo calor humano, carente de cualquier voluntariedad. Segundos después, mis ojos repararon en un reloj colgado en la pared de enfrente, un disco solar, visible desde la camilla, que marcaba las once y pico –el pico lo acoto entre las once y cinco y las once y cuarto–, señal de que todo había ido bien –o al menos lo suficientemente bien–, de que la operación se había desarrollado en el tiempo previsto.

Desperté de la anestesia en una camilla en una sala desierta, una sábana abrigándome poco. A mi izquierda, un biombo de tela translúcida delimitaba mi espacio. Al otro lado se extendía un silencio oceánico, un vacío de tantos metros cuadrados desperdiciados para nadie. El lado derecho de la camilla pegaba con la pared, en cuya superficie los ojos de buey de una doble puerta batiente eran los únicos testigos. Una luz incompleta, sin lustre, bañaba el lugar. La luz procedía de varios focos y abocetaba el alma de las cosas –el reloj de pared, la camilla, el biombo–, proyectando sombras poco definidas, mal perfiladas, ejecutadas por una mano perezosa.

Era la primera vez que despertaba de una anestesia y no me sentía demasiado mal, apenas un aturdimiento como tras espabilarme de una siesta truncada y una lentitud no exactamente mía, no exactamente del tiempo: una lentitud de la Tierra en su movimiento de traslación y rotación, no soy capaz de explicarlo de otro modo. Levanté las manos hasta situarlas en mi campo de visión y permanecí unos segundos mirándolas. Giré las muñecas como si me despidiese de algo, de alguien, flexioné cada articulación, cada falange. Por la forma de las uñas, por lo alargado de los dedos, por lo sombreado del vello las reconocí como mías, aunque no parecía tener control sobre ellas. Los dedos se agitaban sin que yo tuviese conciencia de haberles dado esa orden. El movimiento tenía lugar en otro plano, en un plano preconsciente. Como si en algún punto entre el cerebro y los dedos un cortocircuito hubiese echado a perder el cableado del que depende la motricidad.

Con esa extrañeza en lo alto, respiré con alivio y devolví las manos a la camilla, en paralelo al cuerpo. Erguí la cabeza y sentí un leve mareo. Me costó despegarla, como si mi pelo fuese de felpa y la

almohada, un velcro. Cuando me repuse miré mis pies, es decir, el relieve de mis pies bajo las sábanas, y guardo no diría el recuerdo, la impresión más bien de que sonreí al ver cómo se movían esos bultitos de peluche, con la pesadez de dos animalillos que justo despiertan de su letargo invernal.

Sólo una vez concluida la revisión de mis extremidades, me llevé la mano a la polla.

Fue, no se me escapa, una reminiscencia del cerebro reptiliano, una señal lanzada al vacío cósmico por mis antepasados para asegurarse de que aún era capaz de procrear, que estaba en disposición de aportar alguna ramita a nuestro árbol genealógico.

Como si yo quisiera ser padre.

Como si tuviese el menor interés en engendrar una vida con tantísimas papeletas de repetir lo mismo, de pasar por lo mismo.

Como si alguna vez hubiese considerado la posibilidad de tender ese puente genético de abuelo a nieto.

Mi cerebro reptiliano no tenía ni puta idea.

Le faltaba un hervor.

Le faltaba pisar calle, ensuciarse las manos, arañarse las rodillas, pasar de la teoría a la práctica, ese salto evolutivo.

Cuando me aseguré de que la polla conservaba la sensibilidad, que percibía la presión de los dedos, me dejé caer del todo sobre la camilla y empecé a tomar conciencia del resto del cuerpo. El esqueleto me pesaba como si un imán tirase de mis huesos hacia abajo, y la musculatura, aun conservando su volumen, había perdido todo su vigor. En mi garganta ardía el trajín de la intervención quirúrgica. La sentía irritada y reseca, me costaba un mundo tragar saliva, a buen seguro como consecuencia de la intubación.

–Agua –un crujido de voz removió apenas el aire sin vida de la sala.

No hubo ninguna respuesta.

Ningún interfono crepitó en mi auxilio.

Ninguna puerta se dio por aludida.

Sólo muy al cabo me tanteé la nariz.

Como sin prisa.

Como con pena.

Como con frío.

Sólo muy al cabo reparé en que la tenía completamente taponada.

Aquí, un apagón.

Un agujero de gusano.

Mi dormitorio.

Qué.

El cuerpo incrustado en el colchón de mi cama, una raquítica bombilla delimitando, con sus 40 vatios mal apretujados, las fronteras de mi vida.

El aire pesa más de lo debido: resulta imposible moverse si no es a cámara lenta, si no es una articulación cada vez.

Miento.

No existe tal apagón. Si bien es cierto que a la lucidez de los primeros momentos tras despertarme de la anestesia le sigue un emborronamiento de la mente, lo que vino después, el paréntesis entre el hospital y el piso, no es tal vacío. Algo permanece, algún detalle pervive en mi memoria. Conservo flashes, fogonazos, instantáneas mal enfocadas, tomadas a contraluz, encuadres con demasiado aire a sus espaldas.

Alguien me alcanza una libreta y escribo, con la legibilidad que me permite el aturdimiento, que estoy bien. Le muestro la libreta a mamá. «Me han amputado la polla y tengo un incendio en la garganta, pero estoy bien», añado para tranquilizarla.

Miento.

Una enfermera empuja mi camilla a través de un dominó de puertas batientes. Desde este contrapicado, su anatomía adquiere tintes mutilados y prehistóricos: el cuerpo sin piernas se estrecha desde unas caderas descomunales y su cara permanece oculta tras el relieve de

globo de sus pechos flotantes. Intento hacer un gesto de todo bien con el pulgar pero, en lugar de eso, me sale una peineta. Las caderas de la enfermera me sonríen o se sobresaltan.

Miento.

Una madre, un hermano, me acercan al piso. Insisten en acompañarme hasta arriba, les hago un gesto de todo bien con el pulgar de la mano derecha, busco la libreta y les recuerdo que «Me han amputado la polla y tengo un incendio en la garganta, pero estoy bien», subo solo.

Miento.

Al abrir la puerta del piso, el techo se me viene encima. No el techo: el aire del piso. Como cuando regresé de Madrid y medio armario desocupado, todas las estanterías melladas y un vacío de cómoda en el dormitorio.

Miento, miento, miento.

Ostento ese récord.

Ese rascacielos de embustes.

Probemos de nuevo.

Convalezco en mi cama, solo.

Hilo los últimos coletazos de la anestesia, algún remanente surca el entramado fluvial de mis arterias, con los primeros latigazos de la convalecencia, superpongo ambos estados. Fue una operación sencilla: desviación del tabique nasal. Apenas un par de horas, si todo iba bien, para devolver a la arquitectura de la nariz la estructura que siempre debería haber tenido y recolocar todo en su sitio: tabique, cartílagos, ¿la Rubia?

Tras lo cual, una convalecencia de al menos tres días en los que la nariz debía permanecer taponada. Unos apósitos introducidos en las fosas nasales se encargarían de ello, así como de enseñar a la nariz la posición correcta. Aprendizaje por fatiga.

Convalezco en mi cama. Mi cuerpo fibroso se reblandece bajo la luz turbia de la única bombilla que sobrevive en el dormitorio, la bombilla de una lamparita sueca sobre la mesilla de noche. Me baño en ese charco de luz. Mi cuerpo es una prolongación de esa luz: se

desdibuja conforme se aleja de la mesilla: nítido el hombro derecho, sobre el que brota una islita de pelos como las cerdas en la frente de un gorrino, en penumbra el lado contrario del cuerpo, mi extremidad más bulto que pie.

Me avergüenzo de mi hombro.

Me avergüenzo del bulto de mi pie.

Me avergüenzo de mi respiración.

Me avergüenzo de mis dientes.

Me acerco a Dios.

Respiro por la boca, me cuesta coger aire. Los labios se me resecan, la lengua es un sapo muerto y el aliento se pudre en mi garganta. Intento concentrarme en la respiración, en la mecánica del aire al entrar y salir del cuerpo, pero un dolor agudo no tarda en encasquetarse entre ceja y ceja. Me froto eso. Pellizco eso.

En lugar de disminuir, el dolor se extiende como una meada de perro cuesta abajo. Empapa mi frente, escuece mis ojos, suda mis sienes, me acerca a Dios.

O sea, a la inexistencia de Dios, que es otra forma de acercamiento.

Nunca he creído en Dios. Ni siquiera de crío, cuando la credulidad aún estaba en carne viva y palpitaba bajo la esponja de mis tendones. Mi relación con Dios sucedía al margen de la fe, al margen de cualquier creencia, al margen de cualquier debate teológico. Dios no existía: Dios estaba. Se daba por hecho Dios, escapaba a cualquier cuestionamiento.

Mi ateísmo se revistió de discurso en noches interminables, mitológicas, en las que mi hermano y yo, envueltos en una oscuridad primitiva, una oscuridad coetánea de las cavernas, las paredes y el techo de las sábanas abrigando nuestra pubertad, descubríamos el mundo, describíamos el mundo, le dábamos forma de relato y, entre tanto por hacer, exponíamos los argumentos que probaban la inexistencia de Dios. De todos aquellos argumentos, de todo aquel trajín discursivo, nada más convincente que el cuerpo. Lo cósmico me abrumaba. Me sobrepasaba. Excedía mi capacidad de entendimiento. El cuerpo, sin embargo, me ofrecía una prueba tangible, abarcable, de la inexistencia de Dios.

Convalezco tras la operación, me duelo y vuelvo a no ver a Dios. Si recorro la frente con la mano, si exploro los senos paranasales, desde el maxilar hasta el hueso frontal, el dolor está ahí. Un dolor mayor que ay.

Sin lesión de por medio, sin ninguna magulladura que se interponga entre mi cuerpo y la experiencia de mi cuerpo, la relación con él es la misma que con Dios cuando crío: el cuerpo no existe: está.

Una lesión pone las cosas en su sitio. Nada me acerca más a Dios, o sea, a la inexistencia de Dios, que una lesión. Una lesión me hace consciente de ese milagro de huesos, tendones, músculos, órganos y humores que conforman mi cuerpo. Varias horas o días en cama –el dolor altera el engranaje del tiempo– sin apenas variar de postura han lastimado mis lumbares. Si estiro la pierna, siento un trallazo en la espalda baja, a la altura del sacro. Trato de incorporarme para aliviar la molestia, me muevo como en un charco de resina, como si pretendiera pasar inadvertido. Me veo obligado a cambiar de posición con frecuencia para evitar que la espalda se contracture, que el brazo se entumezca, que la sangre no irrigue mis pies. Se revela un mecanismo de compensaciones, inclinaciones imperceptibles del tronco, involuntarias, que mi cuerpo realiza para evitar el dolor de espalda, lo cual provoca que se sobrecarguen otras articulaciones, otros grupos musculares que, hasta entonces, se habían mantenido a salvo.

El cuerpo se provoca daño a sí mismo para evitar que un daño preexistente vaya a más.

Hay alguna enseñanza en eso.

Esta interconexión prodigiosa, este mecanismo de compensaciones y prevención me hace no creer en Dios sin ninguna sombra de duda. Es imposible, es humana y divinamente imposible que ningún Dios haya concebido algo así. Nadie, nunca, podría imaginarse algo como un cuerpo antes de que existiese un cuerpo. Si Dios, o cualquier otro, hubiese pensando un cuerpo antes de cualquier cuerpo, habría enloquecido o habría desistido a las primeras de cambio.

Lo habría dejado por imposible.

Lo habría dejado por disparatado.

Un cuerpo sólo puede ser producto del azar o una metedura de pata cósmica. El milagro de un cuerpo anula cualquier posibilidad de Dios.

Mi convalecencia se impregna de Dios, rezuma Dios, deja a Dios en bragas, anula a Dios.

Veo a Dios en todo lo que no es Dios.

Creo en mi dolor.

Le rezo a mi dolor.

Me alimento de él.

Me incorporo sobre los codos, retiro la sábana y observo mi cuerpo, nublado aún por los efectos de la anestesia y por la mala luz de esta habitación.

No confío en lo que veo.

Sin confianza no se llega a ninguna parte, o se llega mal.

Desconfío de mis uñas.

Desconfío del bosque de pelos que cubre los 188 centímetros de mi geografía.

Desconfío del eccema que aparece cada tanto detrás de mi oreja. Lo rasco con furia, con los nudillos, para evitar que sangre, y pienso que es ahí, justo ahí, donde los extraterrestres implantan chips a los abducidos antes de devolverlos a la Tierra.

Todo lo humano me resulta ajeno.

Desconfío del frío.

Desconfío de los surcos que deja el elástico de los calzoncillos en la carne de mis caderas.

Desconfío de mi voz andrajosa, carcomida por la irritación causada por la intubación.

Desconfío de mis erecciones.

Nunca he sido de los que tienen una erección mientras abrazan a sus madres, no soy de esos. La vida, sin embargo, es cabrona como ella sola y le pone a uno en el centro de la diana sin comerlo ni beberlo.

Por aquel entonces yo era un mindundi sacudido por la inocencia y la ineptitud de mis escasos veinte años, el cuerpo de un dios en la mente de un crío, una criatura con más sangre que venas. Hacía poco que había firmado mi primer contrato de mierda, me alcanzaba lo justo para un plato de garbanzos y, aun así, decidí alquilar un piso con eMe. Estaba enamorado, estaba tan enamorado, y no supe tratarla como se merecía, la promesa siempre postergada de que mañana iríamos a elegir las lámparas que nunca compramos.

Un ring inesperado lastimó el silencio sin luces de aquel piso. Que la estaba liando, me dijo mi hermana desde el otro lado del teléfono, que papá la estaba liando de nuevo, que se le había ido la olla del todo.

Papá persiguiéndome cuando llego a casa, unas eses angustiosas sobre las baldosas, pordioseras. No recuerdo si fui yo quien llamó a la policía, no logro ponerlo en pie. Cuando se marcharon los agentes, mi hermana se encerró en su habitación y mi madre y yo nos quedamos en la cocina, haciendo como que recogíamos los trastos hasta que, de pronto, me dio un abrazo. Hundió la cabeza en mi pecho y su cuerpo se convulsionó como sacudido por un terremoto: su cuerpo desmadejado, una blandura de músculos como si les faltara carne. Era la peor versión de una madre que uno podía echarse a la cara, y mira que había con qué comparar. No me explico cómo no exploté allí mismo de pura tristeza, cómo no me desmoroné. Y menos aún me explico la erección. La versión más jodida de mamá abrazada a mí y yo más preocupado por girar la cadera para que no notase la erección. Recuerdo eso y recuerdo que mi hermana, encerrada en su habitación, rompió a reír como una chiflada.

Un sueño desagradable y rugoso me

Un sueño

Un sueño desagradable y rugoso me espabila de golpe

Un

Un sueño desagradable y rugoso me espabila de golpe, me expulsa con violencia. Un sueño del que no retengo casi nada, tan sólo esa sensación fea, pegajosa, que me traigo conmigo a este lado. No exactamente una pesadilla, no esa angustia que desboca el corazón, no ese manojo de pinchos que atora la garganta, no ese grito de otras veces, algo como un frenazo que despierta a nadie durmiendo a mi

vera.

Como si me despeñase desde el sueño. Como si me cayese siendo hombre y me despertase siendo niño. Desciendo al sótano de mi infancia, retrocedo años enteros en una fracción de segundo.

Un sueño miserable me sobresalta, festín de manotazos al aire y respiración acelerada y agónica. Lo primero que veo de este lado, la primera imagen que acude a mi encuentro, es la silueta de un cuerpo perfilada en blanco.

En el techo.

En el techo de mi dormitorio.

Justo encima.

Una silueta como las que trazan los americanos en sus películas alrededor de un cadáver reciente, fresco todavía.

Aún no es de día, ya no es de noche. Un resplandor residual se cuela por la ventana, los últimos latigazos de una luna fuera de encuadre. A pesar de esa pobreza, la silueta se aprecia con nitidez: cada línea, cada ángulo, cada trazo. Hay una fosforescencia, una luz blanquísima que sólo se alcanza a sí misma. Crepita o reverbera, como si estuviese cargada de ira.

Respiro. Por la nariz no. Por la boca. Por donde sea posible. Inhalo con determinación. Con conciencia. Sin reservarme nada. Siento cómo entra el aire en mi cuerpo. La barriga se hincha primero, el pecho a continuación. Hago trabajar al diafragma. Cuando todo ese proceso ha sucedido, y tarde o temprano acaba sucediendo, expulso el aire. Por la nariz no. Por la boca. Pierdo volumen, me hago chico. Doy gracias por ese milagro. Lloro o casi. No cuestiono las lágrimas, tampoco su ausencia. Si un pensamiento irrumpe de pronto, lo dejo pasar sin aferrarme a él y regreso a la respiración. A su mecánica. Los pensamientos no son más que impulsos eléctricos. No soy mis pensamientos. No los juzgo. No cuestiono nada. No hay ninguna determinada sensación correcta. Le agradezco al cuerpo que respire por mí. Estoy vivo.

En ese estado de supuesta calma, busco el lado lógico de la silueta, escarbo su superficie con la intención, con la certeza más bien, de limpiarla de toda la morralla demente que la recubre y llegar hasta su raíz racional, o sea, verdadera. Todo tiene una explicación razonable para mi pensamiento metódico, nada sucede de veras si no es a la luz

de la lógica. ¿Se puede estar más perdido? ¿Más desesperado?

Todos los sentidos puestos en el desenmascaramiento de la silueta, en su comprensión.

Me cuesta determinar si sucede en el techo o en mi cabeza, es complicado aclararse tras cuánto tiempo empantanado en un insomnio que trastoca la percepción de las cosas, el ánimo y hasta la definición de silueta. El cansancio, la niebla y la desesperanza provocados por la falta de sueño bien podrían haberse sacado la imagen de la manga. Desconfío de mí, de mi capacidad. Tendría que buscar una segunda opinión. Pero de quién.

Oigo a los vecinos, fragmentos aislados de los momentos más estruendosos de sus días: el amor, el juego, el encontronazo. Es lo único que conozco de ellos: minúsculas parcelas de sus intimidades con las que erijo el resto de sus vidas. Un resto que me excluye, un resto en el que no tengo cabida, ni sal, ni esperanza.

Descarto a los vecinos.

Descarto también a familia y amigos. Ese acuerdo tácito, generacional, varonil, de mantener a raya la parte más débil de cada uno, de no exponer las miserias, ese muro levantado entre todos para no salpicar de mierda a los demás, la imposibilidad de romper tanto silencio de siglos. Si por descuido o por agotamiento muestro la falla, si algo se escapa por la grieta, el familiar o el amigo se remueve como quien espanta un insecto que se le posa en el hombro, arruga la nariz, esquiva la mirada o, como mucho, suelta un consejo estándar extraído del último libro de Osho: cualquier cosa con tal de despachar el asunto cuanto antes.

El peligro es no contarse. El peligro es contarse. Me callo, no me cuento, y esa frialdad entonces, un glaciar de silencio que impide cualquier tentativa de acercamiento. No me callo, me cuento hasta donde mi pudor alcanza y un chispazo de empatía o de compasión primero, esa temperatura que destensa el alma y genera la ilusión de ser escuchado, comprendido, no juzgado, querido, un espejismo que se desvanece conforme descorro las primeras cortinas de mi vergüenza: me confío, me expongo gradualmente, consigo eso, y enseguida un paso atrás, la prudencia de los otros, los humanos, de no estrechar más la distancia para evitar contagiarse de lo podrido que hay en mí. La impotencia de no ser capaz de encontrar un punto medio entre el silencio y las palabras, una narración verosímil que me explique, pero no tanto, que me implique sin comprometer mi demencia, mis tantas

taras, la suma que rebasa el límite de lo soportable para un cerebro más o menos sano. Echo de menos cuando me querías.

Me cuesta admitirlo, me duele admitirlo: sólo con la Rubia tengo la confianza suficiente. O tendría. O tuve. Es difícil conjugar los verbos del fracaso. Pongamos que sí, pongamos que me trago el orgullo o sucumbo a la pena y me atrevo y la llamo y le explico lo sucedido, pongamos que la Rubia se acerca a verificar si en verdad hay una silueta perfilada en el techo de mi –¿nuestro?– dormitorio o es producto de mi delirio, una plasmación de mi mente enferma: no saldría bien parado en ninguno de los casos. Tengo todas las de perder.

Sin embargo, una silueta.

La observo con detenimiento. La evalúo. Recorro su anatomía de juguete con la mirada, me detengo en la forma de sus miembros, en lo alargado del tronco, en la posición de la cabeza, y de pronto me descubro en ella. No había reparado antes: la silueta tiene la forma exacta de mi cuerpo. Un espejo.

Si sale cara llamo a la Rubia, si sale cruz me jodo.

Una moneda de cincuenta céntimos en la mano. El universo entero cabe en mi dolor de cabeza. Rechinan mis entrañas, el laberinto fluvial que recorre mi cuerpo se ha secado, ni rastro de sangre en circulación, ni de jugos gástricos, ni de materia fecal.

Si sale cara llamo a la Rubia, si sale cruz me jodo.

El cuerpo anclado, el ánimo enclenque, ese campo semántico.

Imposible saber cuánto dura ya la convalecencia, cuánto me resta. Bajo la silueta de mi cuerpo, bajo esa nube, el tiempo no existe, no en la forma ni en la medida humana, no según los parámetros que hacen tictac los relojes. El tiempo es estética, hambre, humo, una perversión del alma.

Si una civilización alienígena contemplase nuestro planeta, si recibiese la luz emitida hace 35 años desde la distancia apropiada, si contemplase no justo nuestro planeta, sino mi cachito de planeta, contemplaría, al tiempo que convalezco en mi cama bajo una silueta inventada o no, la luz de mi infancia, la luz acomplejada de mi infancia, con suerte el niño abstraído en el fragor del juego, un navajazo de felicidad de oreja a oreja, ese espejismo de células incandescentes surcando el vacío hasta alcanzar una retina a años luz

de las mías: la memoria.

Cambio de idea y decido no lanzar la moneda al aire. En lugar de eso, despejo la mesita de noche y barro con la mano el montón de libros, el blíster de analgésicos y el móvil. Sujeto la moneda en posición vertical, el canto apoyado en la mesita y, con la otra mano, catapulta con los dedos pulgar y corazón, la golpeo para hacerla girar. La moneda comienza a dar vueltas sobre su eje. No se desplaza, no efectúa ningún movimiento de traslación: gira sobre sí misma y cobra volumen, se esferifica, la cara y la cruz se funden en una única figura desquiciada.

Aguardo unos segundos. ¿Tantos? La moneda, para mi estupefacción, no se detiene, continúa girando sin dar muestras de cansancio y emite un zumbido que tampoco soy capaz de saber si tiene lugar dentro o fuera. Reparto la mirada entre la silueta del techo, ese trazo de tiza inventado o no, y la moneda que gira a perpetuidad sobre su propio eje. Si sale cara llamo a la Rubia, si sale cruz me jodo.

Aguardo a que algo me venza. El sueño. El cansancio. La moneda. Algo. Algo. Algo.

Tengo que cortarme las uñas.

Hay una capa de polvo sobre polvo sobre polvo sobre qué. La luz no alcanza las cosas, o las alcanza mal: lame las cosas sin ganas, con asco, como si estuviesen podridas.

El piso está sumergido en kilos de sedimentos de mí, una milhojas de los restos aposentados tras un derrumbe. Hay primero un temblor, un estallido de perros, que siempre son los primeros en advertir la tragedia y se anticipan en coro y, segundos después, el edifico se viene abajo, cae sobre sí mismo y levanta un humo de escombros que reemplaza, con su fragilidad de niebla, la torre de hormigón, acero y gritos que hasta hace nada dispensaba un punto álgido a la gráfica de la ciudad.

Desvarío.

Mi pensamiento se embota, se asfixia en esta atmósfera a la que le falta oxígeno o nitrógeno o la Rubia.

Vacío la mente, o sea, mi discurso, y, muy al fondo, emerge la Rubia. Como la aguja de un campanario cuando se seca un pantano.

Hace ya dos años sin la Rubia –¿dos años?, ¿en serio dos?– y la convalecencia resucita no su recuerdo, su proyecto: siempre estaría el uno para el otro en caso de derrumbe, siempre estaríamos cerca para abrigarnos del frío, todo lo que habríamos hecho juntos y ya jamás haremos.

La convalecencia saca a la luz –a la luz turbia e incompleta de los 40 vatios mal apretujados– la parte más blanda de mí.

Una milhojas de sedimentos cubre la lámpara, la mesita de noche, el falso mármol del suelo, el esqueleto de la cama.

Respiro eso por la boca.

Casi todas las paredes de mi infancia contenían amianto, unas fibras que, al ser inhaladas, incrementan la probabilidad de desarrollar al menos tres tipos de cánceres. Eso lo supimos luego, tarde. Los edificios de la infancia se vienen abajo, no aguantan más y el amianto se dispersa, flota durante un tiempo en la atmósfera circundante y, finalmente, se posa sobre los objetos: si no se limpia pronto, si se descuida la higiene –y la higiene termina por descuidarse–, acaba solidificándose, una costra tóxica revistiéndolo todo.

Inhalo lo tóxico de mi infancia tras el derrumbe.

Oler, no huelo. Los tapones nasales no sólo sostienen el tabique en su sitio y evitan la aparición de coágulos, también suprimen el olor, o la capacidad de olor. ¿Existe el olor sin la capacidad de olor? La emanación de gases, vapores y polvos que llamamos olor sigue produciéndose con independencia de mis tapones nasales, no es eso lo que se cuestiona. Pero ¿se puede hablar de olor en ausencia de olfato? Dios existe porque no podemos olerlo. Si oliésemos a Dios, si tuviésemos un órgano capaz de captar las emanaciones de Dios, enseguida nos daríamos cuenta de su farsa. No sé.

Me gustaba el olor de su cuello, y eso también era una ficción. De la región de su cuello comprendida entre la oreja y la clavícula, esa porción de cuello. Abrazado al bulto de su amor, respiraba esa porción de cuello. Sin el concurso de mi olfato, ¿existe ese olor? El olor, y esto no lo cuentan los manuales, está compuesto de experiencia. En la experiencia de su cuello, de esa porción de su cuello, concurrían no sólo las emanaciones pertinentes de su cuerpo –alteradas asimismo por su estado anímico, por la mucha o poca actividad física, por lo que

hubiese comido ese día, por mil cosas–, concurría también mi aliento –modificado cada vez también por mi estado anímico, cada vez también por la mucha o poca actividad física, cada vez también por lo que hubiese comido ese día, cada vez también por mil cosas– y mi currículum olfativo, la acumulación de olores que había percibido hasta la fecha y que generaban en mi cerebro una atracción o un rechazo instantáneos.

El olor a tabaco me provoca un asco visceral, enraizado en la memoria. El olor a whisky es un tiburón que devora el humor. Visito un aula y el olor a tiza me adormece, me traslada de sopetón al apelotonamiento, al tedio y al sopor de las interminables horas de clase. El olor de su cuello, de esa porción de su cuello, ya no existe, y acaso no existió jamás.

La convalecencia achica las paredes de mi planeta. La falta de sueño –no es posible dormir más de diez minutos seguidos con la nariz taponada–, el dolor de cabeza y esa nube de tristeza que se me ha echado encima y no he visto llegar, me abotargan, contracturan mi ánimo. Casi no como y bebo sólo por necesidad, por un instinto de supervivencia. Permanezco en la cama casi todo el tiempo, sólo la abandono para ir al baño. La convalecencia revela la verdadera dimensión de la soledad.

Un damero de azulejos blancos reviste las paredes del baño. Las junturas están tiznadas de una materia densa, oscura, que no me atrevo a tocar. Sobre los azulejos se desparrama un grafiti de frases soeces, a cada cual más inapropiada, más hiriente. El suelo, el techo, la puerta, la superficie fría y resbaladiza del lavabo, del bidé y del váter se contagian de esa niebla grosera. Sobre lo que es madera y plástico, insultos tallados a punta de navaja o de compás comparten espacio con el grafiti de improperios. Mordeduras, arañazos y escupitajos de una bestia colérica, desalmada, que hacen diana en lo más íntimo, donde más duele.

Me siento en la taza del váter y abato los brazos sobre las rodillas. El cuerpo encorvado, la alcayata de los codos clavada en la carne de los muslos. A mi alrededor, llenando el aire de mi vida, ese cielo de palabras. Cierro la puerta para contemplar su cara interna, para no perder detalle.

Mire donde mire, esa nube.

Un barullo de mayúsculas me grita desde todos los ángulos. Letras picudas, apresuradas y desiguales, escritas o grabadas con prepotencia, con rencor, sin compasión. La descarga de un alma herida, la eyaculación apática de un animal despiadado.

De algunas letras descienden gusanos de sangre, hilachas de tinta roja que no se secaron a tiempo y estiran la agonía de las palabras.

Me siento en la taza del váter y me expongo a esa lluvia, me llueve esa lluvia. Permanezco en la misma postura hasta que se me duermen las piernas, hasta que los pies dos piedras de carne. Sólo lo pegado o despegado de sus sombras me dan una pista de su posición en el mundo.

Alargo los brazos y me toco los pies.

No siento los pies.

Envidio los pies.

En tanto cosa ajena a mi cuerpo, tienen esa rareza de las primeras películas de marcianos de la infancia. Un aire antropomorfo esculpía los rasgos alienígenos de aquellas criaturas, un aire que alcanzaba tan sólo a determinadas zonas de sus anatomías. Resultaba imposible no sentir un repelús ante aquello, resultaba imposible no encariñarse con aquello. Era en lo extraño de las características no compartidas con los humanos donde habitaba el monstruo, la amenaza, la atracción y el escalofrío.

Los pies dormidos, sin vida, la lluvia, el monstruo.

Me empapo de esa lluvia, dejo que penetre en mí y grito el grito de las paredes, el grito de la puerta, el grito de la cortina de la ducha. Es sorprendente la acústica que encierra un baño. Si tuviese una guitarra cerca, la estamparía contra mi cabeza sólo por el placer de esa acústica.

De puro repetirlas, las palabras se desprenden del plano que ocupan y se lanzan a flotar en este cielo rancio y alicatado.

Los pies sin vida, la lluvia.

Por determinado efecto de la resonancia, los azulejos reproducen, con una dicción distorsionada de borrachera, cada grito que grito. Un bullicio de mil demonios reverbera en todo el baño y me pone perdido.

Cuando me callo –porque me callo, porque los pulmones acaban por quedarse sin aire–, un eco proveniente de alguna región de mi memoria impregna el silencio, contagia el silencio, reconstruye el silencio.

Un silencio hecho de ese eco.

La alcayata de los codos clavada en la carne de los muslos, los pies dormidos.

Una caspa de palabras nubla la visión. En algunas comarcas del aire, la caspa se eleva obedeciendo a la espiral de un remolino; en otras, se precipita al suelo como un suicida desde el octavo piso. Borracho de esa caspa, la carne de mis pies petrificada, desciendo del váter como de una silla de ruedas y repto, ayudado tan solo de mis manos, hasta la pared más próxima. Una vez allí, extraigo una navaja de qué bolsillo, despliego el abanico de su hoja y, eufórico de determinación, esto es, sin tiempo a pensarlo, abro un surco en lo tierno de mi antebrazo. La nieve de caspa motea el gusano de sangre que emerge de mí. Empapo el pincel de un dedo, examino el damero de azulejos de la pared, localizo un hueco:

De noche las cucarachas multiplican su peso escandalosamente, su trote desquiciado llena la habitación, la colma. Se diría que las paredes nocturnas amplifican los ruidos como catedrales mastodónticas, esos ruidos al menos: deditos virtuosos de cucaracha sobre las teclas de la noche en el silencio de un piso sin respiración, sin esos sonidos cotidianos que incordian la convivencia. Un ruidito circunstancial, inédito, del que nunca antes había tenido constancia, algo que debió originarse en la sopa primaria y que retumbaba desde entonces, de manera sorda, en algún recoveco de mi cerebro. Esa clase de ruiditos que nunca haría una cucaracha pero que no podían provenir de otra cosa que no fuese una cucaracha.

La invasión es un hecho. Quizá también una consecuencia.

Hablamos de junio, julio a más tardar. El calor aprieta y, claro, las cucarachas. A grandes rasgos. Habría más que decir al respecto, mucho más, pero qué hacer con este cansancio, qué con tantos kilos sobre la conciencia. Junio, julio a más tardar, de noche es también una definición apropiada, un escuadrón de cucarachas invisibles tomando posiciones. Es alucinante la cantidad de cucarachas figuradas que pueden llegar a haber en un piso, alucinante. Para echarse a

llorar. Los escasos metros cuadrados en los que transcurre mi vida se llenan de cucarachas, una puñetera plaga donde más duele, justo ahí, en la madre de todas mis fobias.

De día se esconden en rincones inmundos, regresan a sus guaridas y se hacen bolita, comparten el calor de sus cuerpos y dan buchitos de cuando en cuando para mantenerse con vida. De día, su modus operandi tiene más que ver con la escaramuza que con un ataque orquestado a campo abierto: hablamos de incursiones aisladas que pueden producirse desde cualquier punto del piso en cualquier momento. Hasta la fecha, no he logrado establecer ningún patrón, sus movimientos parecen obedecer a la improvisación o al no hay cojones. Lo cual, si se piensa un poco, resulta más irritante para los nervios, más descorazonador.

Cada vez que veo aparecer una, ocurre lo mismo: me incorporo de un brinco y pongo los brazos en jarras, para enseguida deshacer esa postura. Pienso que soy demasiado joven para ese tipo de gestos, que son gestos más bien de padres, impropios de alguien como yo, extemporáneos, a pesar de tener edad sobrada para ser padre de un hijo, de una hija de veintidós, de veintitrés años.

De noche la historia cambia.

De noche las cucarachas multiplican su peso escandalosamente, y si me repito es porque no me queda otra. De noche tomo conciencia, tomo verdadera conciencia de la situación en la que me encuentro. A estas horas los humanos duermen a pierna suelta, o exploran cuerpos ajenos, o sudan música y alcohol en garitos que nunca cierran; a estas horas, en el mismo momento en que las cucarachas y yo.

En fin.

De noche.

Cuando comenzaron a aparecer las cucarachas, cuando a la primera le siguió una segunda y a esta una tercera, y así hasta que perdí la cuenta, consideré aquello una advertencia que me daba la vida, un toque de atención, y me sumí por un instante en una tristeza honda, sucia. No tardé en racionalizar a las cucarachas: eran los primeros días de un calor insoportable, habrían fumigado en el barrio como cada año y el resto era de lo más predecible: cucarachas en desbandada trepando por las cañerías y saliendo por los desagües, colándose por debajo de las puertas e instalándose en los rincones más propicios. Poco más.

La vida no da avisos.

No tiene tiempo para eso.

Hago malabarismos para esquivar cucarachas, o la posibilidad de cucarachas. Creo distinguir una trazando filigranas entre mis pies, anudándome una cuerda metafórica para hacerme tropezar. Al verla, o al creer verla, reacciono con un salto ridículo. Aunque consiga esquivar una, dos, varias, tarde o temprano termino perdiendo el equilibrio. He desarrollado lo que puede definirse como un estilo para la ocasión. En lugar de apoyar las manos para amortiguar la caída, encojo los brazos y los aprieto contra el pecho. A continuación doblo el espinazo y me recojo sobre mí mismo, al tiempo que giro el tronco y le ofrezco mi perfil derecho al suelo. Todo esto en el tris de desplomarme. La gravedad se encarga del resto. Caigo entonces sobre mi hombro. No a plomo, sino con suavidad, con blandura, y ruedo sobre mi cuerpo cuando presiento el contacto con el suelo. Una pirueta que raya la hermosura.

Con todo y con eso, aun con la fortuna de contar con un estilo, a veces acabo golpeándome en la caída, un coscorrón contra la pata de una mesa o el filo de una puerta incrustado en las costillas. El mundo está lleno de obstáculos, nunca se puede estar seguro. Cuando me recompongo, cuando consigo estabilizarme, busco con la mirada la cucaracha esquivada o la posibilidad de la cucaracha esquivada e, invadido por una ternura que siempre me sorprende, me dirijo a ella con voz suave, calmada: No es tu culpa, le digo. De verdad que no es tu culpa. Si fuese de otra forma te lo diría. ¿Qué gano mintiéndote? Repite conmigo, anda; pero no con la boca, no con el cerebro, repite conmigo con el corazón: No es mi culpa, no es mi culpa, no es mi culpa.

A eMe y a la Rubia les debo el haber medio superado mi fobia a las cucarachas. Aún resuena en mí un temor que, si no es ancestral, le hace la competencia: todavía tuerzo el gesto cada vez que una cucaracha trepa la cortina del baño mientras me ducho, o salta del cajón de los cubiertos cuando lo abro, o imprime una sombra escurridiza en la distancia que va de la lavadora a la nevera, el rabillo del ojo todavía se inventa apariciones y se sobresalta por nada. Pero gracias a que eMe ya no está conmigo y lo mío con la Rubia ya es historia, ahora soy capaz de espachurrar cucarachas sin ayuda de nadie. Ya no salgo de la habitación, o puede que hasta del piso, ni suplico porfavorporfavorporfavor no me avises hasta que hayas acabado con la cucaracha, te lo ruego por lo que más quieras porfavorporfavorporfavor. Me mal acostumbraron, puede decirse. O

sea, me quisieron.

Pongo cepos, rocío cada zócalo, cada esquina, cada bajo de puerta con flis flis, instalo dispositivos eléctricos que emiten ultrasonidos y que, al decir de unos, resultan infalibles, y, según otros, no sirven para una mierda. Lo que sea con tal de acabar con las cucarachas.

Todo en vano. Cada mañana el suelo del salón-cocina amanece con entre una y muchas cucarachas bocarriba, muertas del todo o sacudiendo apenas una pata con movimientos irregulares, espasmódicos, desesperantes. Como si se estuviesen despertando de una anestesia y sus miembros recobrasen poco a poco la sensibilidad. Al parecer, la efectividad de estos métodos es limitada. Sólo resultan eficaces con las cucarachas que son alcanzadas de lleno con el flis flis o con las incautas que prueban el veneno de los cepos. Las demás, las más prudentes, las que permanecen agazapadas en sus nidos, no se ven afectadas. Por no hablar de la inmunidad que pueden llegar a desarrollar por la sobreexposición a estos productos. Una locura.

Cómo de largas pueden ser las noches pobladas de cucarachas nadie lo sabe. Uno puede pensar que está a punto de quedarse dormido cuando de repente, abriéndose paso desde lo más profundo de la noche, escucha con una claridad apabullante el avance de cientos de cucarachas, un estruendo de pasitos que me espabila de golpe y me devuelve a mi realidad de élitros y antenas. Cientos es una exageración, soy consciente. Lo que no significa que sea mentira. Que haya cientos o ninguna es lo de menos. Algo irrelevante. Anecdótico. Hace rato que entendí que la manifestación física no es un requisito necesario para que algo exista, que la existencia tiene lugar en diferentes planos, ninguno de por sí más consistente que otro, ninguno más real. Hay múltiples formas de crear presencia, y la corporización es sólo una de ellas. Ni mejor ni peor. Igual de válida. Igual de tramposa.

Con un insomnio descomunal a cuestas, me sumerjo en internet en busca de los métodos más eficaces. Leo blogs, consulto tutoriales en YouTube, visito foros, hasta llegar a la conclusión de que lo mejor para acabar con las cucarachas es elaborar un mejunje a base de dos cucharadas de ácido bórico, tres de azúcar glas y un poco de leche. Una vez removido eso, se forma una pasta con la que se rellenan tapones de botellas, que luego se colocarán en distintos puntos del piso, en los lugares donde haya visto cucarachas o crea que pueda estar el hábitat más adecuado para ellas. A saber: rincones cálidos, cerca de una fuente de agua y de migajas de alimentos. Según parece, este remedio casero es un manjar irresistible para las cucarachas. Una

vez ingerido, se solidificará en sus intestinos y les provocará, al cabo de los días, tal tapón que hará que exploten de puro estreñimiento. Las demás cucarachas, atraídas por el contenido de las entrañas desparramadas, devorarán el cadáver y, con ello, los restos del mejunje, un proceso que se repetirá hasta la completa extinción. Mano de santo, dicen.

Y parece ser cierto. En los días sucesivos a la instalación de las trampas, aparecen más cucarachas de lo normal a deshoras, a plena luz del día y caminando con pasitos lentos y tambaleantes, como un reproductor de casettes que se estuviera quedando sin pilas. Cucarachas sin el vigor acostumbrado en sus escaramuzas diarias, sin el nervio. Abandonan sus nidos, avanzan a campo abierto y, ahí mismo, en plena cocina, explotan sin más. Es un estallido sordo, sin parafernalia, un estallido minimalista, reducido a lo esencial: la cucaracha partida en dos, su cuerpo mutilado enmarcado en el jugo de sus vísceras.

Un espectáculo que no se lo recomiendo a nadie. Tristísimo. Ese suspiro en el que aún conservan un hilo de vida. Su expresión de incredulidad. Hay que tener un corazón muy podrido para no sentir al menos un pellizquito al contemplar aquello. Contemplar aquello me sume en un estado que no sabría explicar del todo. Por un lado, me invade cierto alivio. Por otro, está también cierta pena, una opresión en el pecho como si me estuvieran estrujando los pulmones para escurrirlos.

Ahora es de día. Una luz lechosa, llena de grumos, se filtra por los visillos. El aire estancado y la presión que soportan mis huesos me recuerdan a un submarino. Nunca he estado en un submarino. Los recuerdos también se heredan. Una cucaracha abandona el escondrijo de la lavadora. Es incapaz de avanzar en línea recta, deja un reguero de eses sobre las baldosas. Unas eses angustiosas, pordioseras. Sus patas –¿cuántas?– apenas la sostienen en pie. Se sabe, porque se sabe, que una araña tiene ocho patas, que un ciempiés tiene cien, pero nadie sabe cuántas una cucaracha. Podría aventurarse una respuesta que lo mismo da en el clavo, pero no se trata de eso, para nada de eso. No hay justicia en el mundo. Se mire por donde se mire, no la hay. Me acerco a la cucaracha, me acuclillo a su vera y, con un aplomo inexplicable, la recojo del suelo y la sostengo en la palma de la mano. Los humanos cometen a menudo tales actos de osadía o de imprudencia. Gracias a eso, los enamorados se atreven a declararse y los desesperados aprietan el gatillo, esos Himalayas. La naturaleza tiene sus mecanismos de compensación. Si no, de qué.

La cucaracha en mi mano. Sus patitas tamborilean en miniatura, me hacen cosquillas. Acuenco la palma para evitar que se caiga y la observo de cerca. Sus élitros están surcados por un laberinto de nervaduras. Con un esfuerzo descomunal, se yergue sobre sus patas –seis– y su cuerpo se eleva unos milímetros como venciendo la gravedad. Noto su peso, su calor. Aquello, esas cosquillas, esa masa, esa consistencia, es la primera cosa viva que sostiene mi mano en mucho tiempo. Una mano que descansa en la mía. Había olvidado el tacto de una mano, su textura, el milagro de dedos entrelazados y la respuesta agradecida de tantísimas terminaciones nerviosas. El peso de una mano desmayada sobre la mía, confiada, segura de mí. Su temperatura. Esa caricia. La cucaracha.

La cucaracha que, para sorpresa de nadie, explota de repente, se parte en dos y desparrama sus vísceras. Un estallido sordo. La incredulidad de que aquello esté pasando, que haya pasado ya.

Repite conmigo: no es mi culpa, no es mi culpa, no es mi culpa.

Hoy he contabilizado seis bajas. El sofá no lo muevo por pereza o por miedo a echarme a llorar. El número de bajas puede ser aún mayor. El mejunje va haciendo efecto con el transcurso de los días. Las hay más débiles, que apenas aguantan cuarenta y ocho horas. Otras, sin embargo, resisten como colosos. Pero todas terminan explotando. Todas. No hay nada que pueda hacerse al respecto, ya no.

Las cucarachas tienen sus estaciones. Como esos árboles que se desprenden de sus hojas llegado el otoño y ofrecen su malestar de manos crispadas al paisaje, manos de incontables dedos suplicando algo o a punto de soltar un zarpazo. Con los primeros fríos a la vuelta de la esquina, las cucarachas desaparecen, hibernan o se esconden en alcantarillas, en rincones infestados de toda la porquería que genera el día a día y no se barre. Eso no significa que ya no me quieran, ni mucho menos. Tardé en comprenderlo, no fue algo que asumí de la noche a la mañana. Tardé en aceptar que las cucarachas tienen sus altibajos, sus intermitencias, sus periodos de no dejarme ni para ir al baño y sus etapas de no querer verme ni en pintura. Está en su naturaleza, lo llevan en los genes. Pero no significa que ya no me quieran.

Una sucesión de fuegos artificiales me saca de mi letargo. Me cuesta ubicarme. La noche, porque es de noche, se llena de ruidos: los coches hacen sonar sus cláxones, pandillas de niños se lían a petardazos, los perros a ladrido limpio con el rabo entre las piernas, sirenas como lobos modernos anunciando poco bueno, cuadrillas de amigos que

vienen o van, tantísimas risas agrietando la noche: 31 de diciembre, 1 de enero más bien; esa horquilla, esa frontera. Es el primer fin de año que paso solo. Me digo que no es tan malo, que hay cosas peores. Ese consuelo de mierda. Enseguida todos los sonidos del exterior se atenúan, pierden consistencia, todos menos dos: los petardazos y los fuegos artificiales. Lo demás pasa a un segundo plano. Los petardazos y los fuegos artificiales retumban pero no en la noche, pero no en mi cabeza: en la palma de la mano: un cosquilleo, una suerte de presencia. Extiendo la mano como para comprobar si llueve. Nada. Sin embargo: un repiqueteo, aunque no de lluvia: de patitas. Un peso familiar también. Un estremecimiento con cada estallido, la punzada del lisiado en el miembro que le falta.

Nadie debería envejecer solo

Nadie debería envejecer solo. Porque estar enfermo y solo a estas alturas es estar solo cien veces, esta edad asesina, esta soledad criminal ya rebasada la mitad de mi vida, una encrucijada de años que confluye en mi estado anímico y me devuelve al niño, y me anticipa al anciano: el niño que se despierta asustado en lo más negro de la noche y sólo encuentra un tacto de gotelé en la yema de los dedos y en la garganta, el anciano asomado al trampolín de la muerte con la única esperanza de que el salto definitivo apenas duela. Esa fragilidad. Lo más tierno y desvalido de mis tendones desgastados.

Todas las edades atrofiadas conviven en mí.

Me despierto gritando. Me ocurre con frecuencia: noches interrumpidas con brusquedad, súbitamente desperdiciadas. Demasiadas veces. La cifra es lo de menos: me despierto gritando. Un alarido sobreactuado. Un despertar angustioso, violento. El sueño que me empuja esta vez es un compendio de varios sueños. Por decir algo. En verdad, no recuerdo nada del sueño, o lo recuerdo tan sólo en lo que el grito se queda sin aire, para enseguida difuminarse en la niebla aterrorizada de mis ojos que no dan crédito y de mi cuerpo paralizado. El sueño que me zarandea esta vez está hecho de esa niebla sucia y familiar.

Me despierto gritando.

Sólo en el lance de un despertar abrupto y desazonado soy capaz de gritar así. A pleno pulmón.

No me reconozco en ese grito. Hay alguna inflexión en la voz, algún matiz que me desconcierta. No hay vergüenza en ese grito, nada cohíbe ese grito, no soy ese grito.

Sin embargo: me despierto gritando.

Tan sin memoria.

Sin cultura.

Sin tapujos.

Ese grito de auxilio.

Cuando tomo conciencia de mí, esa décima de lucidez con el grito aún en la garganta, cuando reparo en la proximidad de los vecinos pared con pared y en lo tan oscuro tras la ventana, interrumpo el grito en seco, sin disminución progresiva del volumen: del grito paso al no-grito, el susto de tantos vecinos maldiciéndome a la vez.

Me avergüenzo de ese grito.

Me aplasta ese grito.

Me sepulta.

Lo envidio.

Convalezco en mi cama y un frío inesperado me agarrota el cuerpo, es decir, el ánimo. Objetivamente, no es tanto el frío. Los termómetros no ofrecen dudas: temperaturas suaves, apacibles, llevaderas cuando menos. Pero qué sabrán los termómetros del frío. Los termómetros no tienen madre.

Mamá me abrigaba con su frío. Me la puedo figurar incluso desde este sarampión de años: cada vez que un escalofrío escalaba su espalda, cada vez que resguardaba la cabeza entre los hombros, todos los músculos contraídos para generar calor, cada vez que una corriente de aire alborotaba los estores: su frío, mi abrigo.

Mis patucos, su frío.

Mis manoplas de lana gorda, su frío.

El jersey de cuello vuelto, su frío.

El frío también se entrena.

Como cualquier dolor del alma.

En los países nórdicos, los padres sacan a sus bebés, bien abrigados, a dormir la siesta en la calle, aun con temperaturas bajo cero. La exposición controlada al frío fortalece el sistema inmune y garantiza una mayor tolerancia y menos enfermedades de adultos.

Hay una variación de temperatura y mi cuerpo tiembla con el frío de mamá, se hace roca con el frío de mamá, se estremece con el frío de mamá.

Convalezco y el frío de mamá me provoca tiritonas. De nada sirven las estufas, ni la ropa térmica, ni frotarse las articulaciones con ahínco, el pecho con ahínco, ni abrazarse la tripa con la camisa de fuerza de los brazos.

Mi convalecencia transcurre entre períodos de cierta lucidez, desvaríos provocados por el insomnio, por el dolor de cabeza, por el frío, desplomes del ánimo exagerados por la soledad e incursiones en la memoria motivadas por afinidades, por agotamiento, por pena, por culpa. Me cuesta determinar en qué punto me encuentro. Sospecho que hay estados que se superponen, que operan a la vez, que mezclo recuerdos con ensoñaciones con delirios con autocompasión con:

Encogido por el frío de mamá, barrunto la posibilidad del Himalaya.

Asociación de ideas.

Enajenación.

Qué.

Tomo el móvil y consulto webs, comparo precios, leo opiniones de viajeros, le doy más o menos credibilidad a sus recomendaciones y llego, rebotado de algún portal, al circuito del Annapurna, 210 kilómetros de caminata en los que se atravesará el paso de montaña más alto del planeta y se salvará un desnivel de más de 5000 metros, sin necesidad de hacer escalada y con la posibilidad de completarlo por cuenta propia, sin guías ni sherpas ni nada humano cerca.

De pronto la idea del Himalaya me parece pertinente, o disparatada, o apropiada, o conveniente, o absurda, pero fácil, pero fácil, pero fácil, pero fácil, pero fácil.

Me enternece la facilidad del Himalaya.

La posibilidad del Himalaya me abruma por su facilidad.

Caminar de seis a ocho horas diarias, comer, descansar, dormir, caminar de seis a ocho horas diarias, comer, descansar, dormir.

Caminar es fácil: basta con mover un pie, el otro a continuación, alternar eso, basta con no detenerse.

Esa facilidad, la evitación de decidir qué ciudad visitar, qué museo ver, en qué local comer, me conmueve hasta las lágrimas. Lloro esa facilidad. Me enamoro de esa facilidad.

Paso por alto los riesgos, paso por alto el esfuerzo físico de tantos kilómetros y tanto desnivel a las espaldas, paso por alto los efectos de la falta de oxígeno, la posibilidad de morir por mal de altura o sepultado por un alud, la incomodidad de la poca higiene, los veinte grados bajo cero que se esperan en el Thorong La, el paso de montaña más alto del planeta. Grabo ese nombre a conciencia: Thorong La. Lo repito hasta memorizarlo: Thorong La, Thorong La, Thorong La.

El frío de mamá, mi Himalaya.

La moneda continúa girando sobre la mesita de noche, un dislate de fuerza centrífuga sin hastío ni remordimiento, un zumbido incesante. Con los nervios a punto de derrumbe, desquiciado por esta aberración de la física o de la metafísica, reúno el valor o la desesperación suficientes y alargo la mano hacia la moneda con la idea de detenerla. La intención se trunca a medio camino. Hay un campo magnético en torno a ella, un escudo invisible que me impide acercarme.

Alcanzo el móvil, deslizo el dedo por la pantalla, busco la aplicación de la linterna. Si la ilumino con eso, la moneda escupe parches de luz por toda la habitación, como la bizquera de una bola de discoteca fuera de sitio.

Levanto la vista a ese cielo estrellado y asisto al espectáculo de tanta gente sola. Constelaciones enteras. Posibilidades de vidas aisladas boqueando en un desierto interminable hecho de materia oscura, tímidos aullidos de luz con siglos de retraso lanzando su señal de socorro al vacío cósmico.

Esta soledad astronómica me representa, me interpela, me escupe en la cara involuntariamente, no digo que no, sus perdigones de saliva crean cráteres en mi estado anímico.

Nosotros, los inadaptados, los consumidos por el fuego de la vergüenza, los aplastados por el peso de la culpa, los acomplejados por la certeza de no dar nunca la talla, de no estar nunca a la altura,

nosotros, los incapaces de entablar una conversación fluida, cómoda, llevadera, éramos rechazados sistemáticamente, evitados, dejados de lado en las pocas ocasiones en las que, llevados por un arranque de valor, o sea, desesperados, salíamos al mundo con el corazón en la garganta, para regresar al cabo más heridos, más humillados, más solos. Nosotros, los marginados, éramos ejecutores y ejecutados de una espiral de aislamiento que fluía hacia dentro, las paredes de un embudo que se tragaba nuestras cada vez más escasas fuerzas, que acababan por desaguar sobre nuestro ánimo, esa construcción mental o sentimental o desesperanzada en mitad del destierro.

Tengo que cortarme las uñas.

Hay una fracción de segundo entre el sueño y la posibilidad de apresarlo, una fracción de segundo en la que es viable retenerlo, tirar de ese hilo.

Me despierto gritando.

Antes de que el sueño se desvanezca, aún con el pecho temblando de angustia, tomo la libreta, el boli y escribo lo que recuerdo:

En mitad del desierto, una puerta.

Mitad es una forma de designar el vacío, de darle credibilidad al mar de dunas, a la monotonía de un horizonte sin ángulos. Mitad es nada sin referencias, sin cartografía.

Sin embargo, una puerta.

Erguida en esa mitad. Donde sea. Apenas una rendija para poder afirmar con rotundidad que no está cerrada. No del todo.

Espejismo no es. Carece de esa reverberación característica, de esa semiliquidez.

En mitad del desierto, también, un hombre. O la definición de un hombre. ¿Dónde empieza un hombre? ¿Dónde termina? ¿Existe un mínimo común múltiplo que permita concluir de todas todas: un hombre? En mitad del desierto: la idea de un hombre coronando una duna, alcanzando su cima a rastras. Barba de muchos días. Los labios

agrietados, pegotes lechosos en las comisuras. Jirones de piel que se desprenden a poco que se mueva, y algo se mueve. Desnudo, si exceptuamos el pañuelo en la cabeza. De nuevo nos topamos con las definiciones.

El pañuelo está empapado en orín. ¿Invalida ese pañuelo meado su desnudez? En estas condiciones, ¿se puede seguir hablando de un hombre?

No está claro.

No está nada claro.

El hombre se define poco a poco, sus rasgos se van aposentando hasta que no queda la menor duda: sus rasgos, los míos.

No puedo creerme la puerta. Carece de verosimilitud. Cierro los ojos y me los restriego con una mano, granitos de arena me recuerdan el desierto. Al abrirlos: insectos de luz en la mirada y, tras ellos, una puerta.

No puedo creerme la puerta.

Sin embargo, una puerta.

En mitad del desierto saco fuerzas de donde sea y me dejo caer duna abajo, me deslizo por ese tobogán de siglos y de miedo, cabalgo mi propio alud.

La gravedad juega a mi favor.

Alcanzo la base de la duna sin apenas esfuerzo, agradezco esa facilidad.

Desde la base de la duna hasta la puerta, la historia cambia. La gravedad me da la espalda. No me queda más remedio que arrastrarme de nuevo. No hay otra. Adelantar un brazo y la pierna contraria. Alternar eso. Se ve que aún conservo la coordinación, esa clase de coordinación al menos.

Un brazo y la pierna contraria. Alternar eso.

Toda una vida.

Da como pena. O hambre.

Ante mí, una puerta. Un marco que la sostiene en pie. La hoja. Dos

juegos de bisagras. Un picaporte de latón fundido. Una rendija mínima. Nada del otro mundo. Y sin embargo, tan del otro mundo.

Me sorprende la profusión de detalles, por un instante dudo de la autenticidad de mi relato, cuestiono cuánto de esto pertenece al sueño y cuánto agrego mientras escribo.

Una fracción de segundo entre el sueño y la posibilidad de apresarlo.

Rodeado de tanto desierto, sigo sin dar crédito a la puerta. Me quito el pañuelo y me enjugo el sudor de la cara. Antes, me lo llevo a la entrepierna y orino encima. Un chorrito desganado, un hilito de nada. Cuando concluyo, vuelvo a colocármelo en la cabeza y me intereso de nuevo por la puerta.

Desde donde estoy, no alcanzo a ver a través de la rendija. Tendría que desplazarme, modificar el punto de vista, atreverme a eso. La rendija me viene grande y decido rodear la puerta, examinarla por el otro lado. Al otro lado: más desierto. Es decir: el mismo desierto, la misma monotonía sin ángulos. Sigo sin atreverme a mirar por la rendija.

He llegado a la puerta con su vida ya empezada.

Una puerta in media res.

El alivio de no ser el primero. El agobio por llegar tarde también.

Vuelvo a dudar de mi relato, vuelvo a ponerlo en cuarentena. Me planteo cuánto de reelaboración posterior añado al sueño. Desconfío. Si algo me caracteriza es la puntualidad. Sin embargo, nunca llego el primero a ninguna cita, tampoco el segundo. He ahí un conflicto, una aparente contradicción, un dilema. Llegar el primero o el segundo es abrir la puerta a una conversación a dos, la obligatoriedad de meter baza, de intervenir, la posibilidad de quedarme en blanco, de decir algo inapropiado, de meter la pata. El tercero tiene más fácil escabullirse, pasar inadvertido, diluir su incapacidad en el torrente de palabras de los otros, los humanos. Siempre llego puntual y me escondo en lo quebrado de una esquina o doy un rodeo, escojo calles poco frecuentadas, regreso sobre mis pasos, hago tiempo para asegurarme de no ser el primero ni el segundo, pongo en entredicho mi puntualidad. La exacta traslación de este rasgo a mi yo onírico me hace desconfiar de mi relato.

Intentar aplicar la lógica al sueño. ¿Se puede estar más perdido? ¿Más desesperado? ¿Es que no he aprendido nada?

Una fracción de segundo entre el sueño y la posibilidad de retenerlo.

Un empujón del ánimo y asomo un oído por la puerta, sólo eso. Del otro lado llega un murmullo de voces alegres, un tintineo de vaso contra vaso, o de hielo contra vaso, no está claro, y música que anima a sacudir la cabeza de forma reiterada como afirmando algo, como afirmando todo, como afirmando qué. Todas las trazas de una fiesta.

Me despierto gritando.

La línea temporal se desdibuja bajo el débil foco de la silueta. Por momentos dudo si esto ocurrió, si está ocurriendo o si me lo invento todo. Pasado, presente y mentira forman una amalgama sin arriba ni abajo, sin inicio ni abandono. Por momentos me veo también desde afuera: yo testigo de mí, tercera persona de mí mismo, un autómata alimentado de delirio. Como si mi vida la protagonizara otro. La necesidad de narrarme en tercera persona para ser capaz de enfrentar mi reflejo, para poder acceder a determinadas regiones de mi vergüenza, la necesidad de fabularme, un cuchillo de palabras con el que abrir un tajo en la carne del recuerdo, la imposibilidad de contemplarme sin esa distancia, sin esa barrera de ficción y tiempo. Me desdoblo, abandono mi cuerpo para ocupar mi cuerpo.

Ingreso en el día y he de obligarme a sobreponerme a esa condición. Si me relajo un instante, si bajo la guardia un segundo, el aire acomplejado de la infancia se me viene encima, toneladas de ese aire que se retroalimenta y pesa cada vez más. A lo máximo que aspiro es a cierta placidez, a un estado neutro al menos, la ambición de no sentir nada.

Me falta ser otro. La creencia a estas alturas de que hay cosas que se rompen y nunca pueden volver a rearmarse. Los filamentos de las bombillas. Las hojas de las araucarias. Lo nuestro.

Siempre es domingo en mi vida. Aceptar eso. Convivir con eso.

Abro los ojos, asumo la imposibilidad de más descanso y la necesidad de tensar la musculatura del alma para impedir que ese mar de fondo me inunde el ánimo, ese sobreesfuerzo permanente, ese cansancio de base. El sustrato primero sobre el que se asienta mi esqueleto, el Big

Bang que escupió las leyes que me gobiernan y me definen. La partícula mínima elemental que conforma la materia de la que estoy hecho, un baile de quarks, protones, neutrinos y limitaciones orbitando a su alrededor, vertebrando mi espina dorsal, mi identidad.

Si existiese un microscopio con la capacidad suficiente para asomarse a lo más pequeño y fundacional de mí, allí esa vergüenza, ese cansancio.

Creo que soy el último. Se me han debido pegar las sábanas y soy el último. Doy un respingo, me sacudo el sueño de un plumazo y enfilo hacia el salón. De camino, me restriego las legañas y me aplano el pelo con la laca de mi saliva. En el salón está todo dispuesto. Mis hermanos ocupan sus pupitres, papá está de pie junto a la pizarra y mamá es una figura borrosa dos pasos por detrás, como si se estuviese retirando del escenario y su cuerpo ingresara en la penumbra. Me detengo en la puerta, miro al suelo y pido perdón, un susurro que no sé si alcanza los decibelios necesarios. No espero a comprobarlo: me dirijo a mi sitio sin levantar la vista.

Vuelve a ser domingo y tengo siete años. La silla raspa el silencio al retirarla. El rabillo del ojo, es decir, la guadaña de mi miedo, capta un gesto de reprobación por parte de papá, la excreción de una araña que teje una trampa que abarca el salón entero, el universo. Tomo asiento con las piernas temblonas y saco el estuche y el cuaderno de debajo del pupitre, la vista achantada todavía.

Los pasos de papá. La prolongación de su trampa. Sus pies resuenan en el aire sin luz del salón. Creo que se acerca, creo que se acerca, creo que se acerca. La sombra de su cuerpo se derrama sobre mi ánimo: en efecto, se acerca. Con un movimiento brusco, sin temperatura, deposita un manojo de folios sobre mi escritorio. Mi cuerpo se sacude, un espasmo pone en duda mi condición de piedra. La vista achantada, aguardo a que prosiga con el reparto.

Cuando percibo que se ha alejado lo suficiente, poso la vista en el primer folio, el corazón en la garganta, y descubro que, a excepción de una cabecera en la que se me conmina a escribir mi nombre y mis apellidos, y un número 1 justo debajo, en el resto del folio no hay nada. Levanto la hoja y compruebo que, en la siguiente, lo único escrito es un 2. No hace falta demasiada imaginación para adivinar lo demás, la secuencia.

Hay un escalofrío que perturba mi musculatura infantil, hay una sudoración repentina, una circulación excesiva en el estómago. Hay un examen que debo bordar, todo lo que no sea sobresaliente será un fracaso, hay un manojo de folios en blanco, por más que paso hojas no consigo saber cuáles son las preguntas, cuáles son las preguntas, cuáles-son-las-preguntas.

Vuelve a ser domingo y tengo catorce años. Papá pasa lista. En eso soy el primero, por un capricho del orden alfabético. A mi voz le cuesta salir, romper esa barrera, y chapurreo un presente apabullado y somnoliento. Vuelvo a ocupar mi asiento, la silla hiere la mala luz del salón al retirarla.

Hay que estar presente. Estar presente es lo mínimo que se espera. Estar presente se supone, se da por hecho, se tiene por asumido. No hay nada meritorio ni digno de reconocimiento en estar presente. Un estado connatural a la condición humana, a esa clase de humanidad al menos. Como la alarma a tiempo. Como el parpadeo desmesurado en respuesta a un foco. Como la sed. Como los sobresalientes. Como los goles.

Pero no basta con estar presente: también hay que estar presentable.

Vuelve a ser domingo y no estoy para nada presentable. Estoy lejos de estar presentable y, presente, de puro milagro. Una alarma interna me despierta en el último momento, el pelo un casco de saliva, soy el último y no estoy para nada presentable. Todas las papeletas para el zarpazo.

No hay domingo en que la zarpa del reproche no caiga sobre uno de nosotros, los hermanos, o sobre varios, o sobre todos. Un barullo de mayúsculas nos grita desde todos los ángulos. Letras picudas, apresuradas y desiguales, escritas o grabadas con prepotencia, con rencor, sin compasión. La descarga de un alma herida, la eyaculación apática de un animal despiadado. Los domingos son una franquicia. El mundo se apoya en un puñado de certezas, tampoco tantas, que admitimos sin cuestionamientos. Desconfiar supondría un esfuerzo titánico, devastador, irrealizable para mis tendones inmaduros. Si nos mantenemos a flote, si permanecemos erguidos y no nos damos de bruces contra el suelo a cada paso es gracias a esas certezas. Tampoco tantas. Nos sostienen. Nos aúpan. Nos facilitan qué. Aunque se trate de certezas cochambrosas, llenas de herrumbre y desconchones. El abismo en comparación. Palabra de Dios:

Vuelve a ser domingo y tengo veintiún años. El sol se arremolina en la

terraza antes que en cualquier sitio. La terraza es una primicia. Me hago piedra en mi silla, me concentro en las incisiones que ejecuto con el boli o con la aguja de un compás en la madera del pupitre. Mordeduras, arañazos y escupitajos de una bestia colérica, desalmada, que hacen diana en lo más íntimo. Me consta que mis hermanos hacen lo propio, es decir, lo apropiado. Evitamos la mirada de papá, sus excreciones de araña. Establecer contacto visual equivale a postularse, a ofrecerse como víctima. Mamá en la penumbra de su silencio, su rostro indistinguible.

Nunca amanece del todo aquí dentro. Una niebla de nicotina, esa atmósfera hedionda. La luz espesa, como filtrada por un agua turbia. Falta nitidez. Los muebles, los hermanos y las ventanas son manchas borrosas, figuras mal enfocadas por un ojo enfermo. La distorsión es como un liquen que se adhiere a los perfiles, a todo lo que tenga volumen. Como esas plantas que envuelven un árbol, que se adaptan a un árbol hasta robarle su forma, hasta consumirlo, hasta dejarlo hueco.

El salón sumido en un estiércol de humo. La liturgia del humo. La ropa huele a humo. El pelo huele a humo. A humo los muebles, el miedo, los exámenes, el futuro, la luz.

En el humo de cada cigarro que papá y mamá encadenan hay perdurabilidad, pero pasado, pero sudor, pero frío. Nos hacemos bolita en nuestros pupitres, contraemos nuestros cuerpos para generar temperatura.

Esa esperanza.

Ceremonias que sostienen mi fe.

Vuelve a ser domingo y la alarma del despertador no da señales de vida. Sospecho de mis hermanos, entiendo a mis hermanos. Las crías del pájaro cuco empujan del nido a las demás crías cuando advierten que no hay comida para todas. No hay maldad en eso. En caso de descompresión en pleno vuelo, los adultos han de ponerse primero las mascarillas de oxígeno y sólo entonces atender a los niños. No hay maldad en eso. Que hayas querido tanto y ya no, que te hayan querido tanto y ya no. No hay maldad en eso. La vida es más fuerte que el hambre, la vida es más fuerte que la genealogía, la vida es más fuerte que el amor.

Vuelve a ser domingo y tengo veintiséis años. Contengo la respiración, los ojos, al batirse, hacen clic clic clic en miniatura. Eso puede ser

suficiente. Procuro no mover un pelo. Procuro, con la ingenuidad de los niños, de los locos, de los desesperados, no remover la luz del salón más de la cuenta. El cuerpo, sin embargo, conserva su parcela de independencia, funciones orgánicas que ejecutan su concierto de sangre, jugos y latidos pese a mí. Mi vientre comienza a hincharse como a cuento de una bomba que le insuflara aire. La piel de mi vientre se estira y pone en entredicho la estabilidad del pupitre. Cada cierto tiempo aparece una ballena varada en la orilla de una playa, la marea le mueve la cola como un mal chiste, en ocasiones la ballena estalla de puro gas almacenado. Basta un roce, un mínimo balanceo. La explosión salpica a los curiosos en la cara, un engorro de piel, fetidez, vísceras y carne en descomposición que los sepulta y nunca vuelven a ser los mismos. La ballena de mi vientre empuja el pupitre, desordena el manojo de folios y dónde las preguntas, y dónde las preguntas, y dónde las preguntas. La explosión parece inminente. Sólo que de dentro no saldrá nada. Ni siquiera peste. Ni siquiera ruido.

El día que entraron a robarnos. Nos habían prestado un chalet pareado con piscina para un fin de semana, a cambio de que regásemos las plantas. Quizá lo primero nunca llegó a formularse, es posible que fuese una libertad que nos tomamos, que le echásemos cara. Estábamos aprendiendo a querernos, inaugurando nuestra intimidad, el día que entraron a robarnos. No dormíamos todavía o recién dormíamos, aún no estaban claros los límites. El universo daba sus primeros pasos. Boca arriba y desnudos, convengamos al menos en eso. Esa desnudez que ya no cubre sus vergüenzas con un pellizco de sábana. Por el hueco de la escalera –porque había una escalera– ascendieron dos voces. Como roncas o de luto. Masculinas. Inéditas. Había determinado resplandor en la noche. Los cuerpos eran distinguibles, la habitación, con todos sus muebles y las esquinas todas, era distinguible. No había nitidez, sólo esa niebla que emborrona las cosas sin borrarlas del todo. Si eso no es amor, yo ya no sé.

Las voces seguían ascendiendo por el hueco de la escalera. Sin prisa, sin titubeos. Voces en estado de alerta, que no gastaban más saliva que la estrictamente necesaria, voces conscientes de su delito, también de su peligrosidad. Unas voces que, sumadas, restaban algo. El tipo de voces con las que uno nunca se toparía en el dial anunciando un fungicida o dando el parte meteorológico.

Un pellizco de sábana malcubría nuestra desnudez y no dijimos cosa

con cosa, no lanzamos ninguna advertencia para que los ladrones supiesen y se lo pensaran dos veces y regresaran, si no por donde habían venido, sí al menos por un itinerario que no nos incluyese en su ruta de huida. Nos limitamos a levantar las cabezas, el resto de nuestros cuerpos un accidente geográfico y, de forma sincronizada, como si lo hubiésemos estado ensayando durante días, miramos primero en dirección a la puerta, donde irrumpirían las voces en breve, después el uno al otro, los ojos perforando la oscuridad incompleta de los ojos del otro, y vuelta las miradas hacia la puerta, una coreografía que repetimos varias veces, cuántas, las justas para que las voces ascendieran del todo y comprobásemos, nuestros cuerpos un accidente geográfico, que provenían de la casa de al lado, que debía responder a una arquitectura gemela, de espejo, y, por estas cosas que tiene la acústica, reproducía las voces de su escalera en la nuestra.

Esa risa nerviosa cuando lo comprendimos todo. Burlarnos de la situación, de la coreografía de nuestras cabezas de marioneta, hacer como que qué graciosa la escena, qué graciosa nuestra reacción, qué graciosa nuestra inoperancia. Nos fuimos a dormir con ese temblor en el alma de quien ha salvado la vida de chiripa y sólo es consciente segundos después.

El día que entraron a robarnos no nos robaron porque no entraron a robarnos.

En el paso de montaña de Thorong La, en la región del Annapurna –que estaré atravesando, si el cuerpo y las condiciones atmosféricas lo permiten, en unas cuatro semanas–, está haciendo un frío ajeno a la experiencia del hombre, un frío anterior a todo lo vivo, esa clase de frío que anula cualquier vestigio de humanidad y convierte a quien lo sufre en una masa doliente y temblorosa. Lejos de angustiarme, más allá de persuadirme, encuentro belleza en ese frío, en los cristales de hielo que encanecerán mi barba, encuentro belleza en la recreación del crujido de la nieve al ser aplastada por mis pasos, en la escafandra de vaho en la que se resguardará mi rostro y hasta en las posibles contracturas del cuerpo agarrotado.

Peor es el frío que va por dentro.

Hay un espacio entre el hombre y el hombre al que ni el hombre ni el hombre tienen acceso, una corriente invisible para la que no existen manos ni pies ni ojos, un río subterráneo que recorre la memoria y lo que no es memoria y le devuelve lo que desconoce del padre, o sea, casi todo, lo que ignora de la madre, o sea, casi todo, lo que ni por asomo se figura de los hermanos, de las hermanas, de los abuelos, o sea, tres cuartos de lo mismo.

Todo lo que sucede entre el hombre y el hombre sucede en un plano impenetrable y, sin embargo, todo lo que estalla entre el hombre y el hombre le sacude, le socava, le atraviesa y, en última instancia, le derriba.

Llevaba meses sumido en un pozo de tristeza, desde que la Rubia y yo rompimos.

Mentira.

La crisis me sobrevino de sopetón, sin motivo aparente o, al menos, igual de aparente que hacía dos semanas, tres meses, cuatro chaparrones.

Mentira.

Le fui infiel a eMe para siempre sin haberle sido infiel nunca.

Mentira.

La crisis me pilló por sorpresa, desamparado, en mitad del desierto. Una crisis por acumulación, por hartazgo.

¿Mentira?

Hasta entonces, mal que bien, había logrado contener el dolor, había sobrevivido con mis inseguridades a cuestas, con mi vergüenza a cuestas.

Men

Todo eso reventó, la presa de indiferencia tras la que me resguardaba se hizo añicos después de la ruptura con la Rubia. No exactamente después: dos años más tarde. Todo se me vino encima. Todo. Esa morralla sentimental y parasitaria que se enquista tras años de contención y se adhiere a las paredes del intestino, del corazón y del ánimo. Como si la ruptura hubiese obrado de catalizador, la famosa gota. Porque crecer, crecer bien, es ir apagando las luces de los

cuartos que nos habitaron, sumergir en sombras sucesivas el recuerdo de los muebles que vertebraron la infancia, la adolescencia, la juventud, liberar la vista de ese peso y permitirle la experiencia de otra mirada, y yo, me temo, dejé demasiadas luces encendidas, un rastro turbio de bombillas fraudulentas que me ancla a escasas posibilidades de mí, la condena de un itinerario sin vías de escape hecho de esa luz antigua, de esa luz imaginaria, de esa luz de mierda.

ti

Tenía otra imagen de mí. Menos frágil, más capaz, menos dependiente, más moderna: mejor. Mi derrumbe a destiempo no sólo acarreaba consigo el dolor físico de un derrumbe, era además un dolor conceptual, una patada en el orgullo. Me sorprendía llorando las calles, roto del todo, y a ese dolor torrencial le agregaba la vergüenza de haberme dejado vencer por ese dolor, el enfado de una fragilidad tan extemporánea, tan fuera de lugar, la incapacidad de controlar las lágrimas en la cafetería, las lágrimas en la cola del cine, las lágrimas en el pasillo de los congelados. Lloraba las calles y no me entraba en la cabeza tanto dolor. De ninguna de las maneras tanto dolor.

Un hombre llorando las calles, un hombre en mitad del tráfico, un hombre tan a la vista, tan expuesto, tan a la deriva, tan poco presentable. Para el monstruo de la vergüenza resultaba intolerable un hombre llorando las calles. Un barullo de mayúsculas me grita desde todos los ángulos. Letras picudas, apresuradas y desiguales, escritas o grabadas con prepotencia, con rencor, sin compasión. La descarga de un alma herida, la eyaculación apática de un animal despiadado.

ra.

¿Qué lleva a un hombre a desmoronarse?

«En ingeniería, la falla por fatiga puede llegar a desencadenarse por la presencia de irregularidades o discontinuidades internas».

¿Qué hace que un hombre se derrumbe cuando, en apariencia, en la superficie, no sucede nada?

«La fatiga de los materiales es un proceso de daño que se produce en los elementos mecánicos cuando se someten a cargas variables, incluso aunque estas sean inferiores a las que producirían la rotura ante una carga constante».

¿Qué metafísica del cansancio le hace perder pie, perder la costumbre, perder la compostura y hasta la cabeza?

«La presencia de una pequeña grieta en una pieza también puede provocar una fatiga prematura de la pieza».

¿Qué pozos de desesperanza ocurren allí dentro?

«La rotura por fatiga tiene aspecto frágil aun en metales dúctiles, puesto que no hay apenas deformación plástica asociada a la rotura».

¿Qué impulsos gravitatorios o criminales tiran del hombre hacia abajo?

«La rotura por fatiga se inicia con una fractura muy pequeña, generalmente en correspondencia con grietas superficiales o con irregularidades de la pieza, y se extiende progresivamente de ciclo en ciclo al resto de la sección hasta que, al reducirse de manera notable la sección resistente, se produce la rotura de golpe».

¿Tanto le duele qué?

Tengo que cortarme las uñas.

Nos hemos acostumbrado. Silla con silla, las trenzas de anea de los asientos deshilachadas, su cabeza en mi hombro y mano sobre mano, esa ternura, y frente a nosotros el edificio a punto de decir chao, un cinturón de explosivos colocados de manera estratégica y un dedo sobre un botón que, si no es rojo, poco le falta. Hay tanta belleza dentro. Esa complicidad, un silencio como envasado al vacío la décima inmediata a que el botón clic, esa suspensión del tiempo justo antes.

No siempre fue fácil. También tuvimos nuestros Himalayas. Habíamos salido de bares. Algunas tapas. Simulacros de borracheras. Noches estiradas a base de confidencias. Algún embuste. Nos habíamos explotado los granos de la espalda. Visitamos todas las tabernas de Soria con un melón bajo el brazo, sostenido en el ángulo entre el codo y la cadera. Al entrar, golpeábamos el melón con la mano libre, tres cachetadas cada vez, y preguntábamos al tendido:

–¿Aquí qué se bebe?

Los parroquianos, al oírnos, se giraban hacia nosotros, dejaban de hacer cualquier cosa y fabricaban un silencio atroz, para enseguida volver a lo suyo. Nos salvábamos de milagro.

Estábamos sembrando las bases. Cimentando lo nuestro.

Regresábamos a nuestras respectivas casas tras pasar un fin de semana en la playa. Si hizo sol o no lo hizo nadie lo sabe. Nadie. Volvíamos de pasar un fin de semana luminoso y una nube repentina, alucinada, se nos echó encima de sopetón. Tardamos unos segundos en entender la nube, en interpretarla: tantísimos mosquitos se interpusieron en nuestro camino, o nosotros en el de ellos, el cristal delantero del coche oscurecido por una papilla de mosquitos espachurrados. No veíamos nada. La carretera era un boceto. Éramos un peligro. Así que nos echamos a un lado. Aminoramos la marcha y nos detuvimos en el arcén. El motor aún encendido, al ralentí, el limpiaparabrisas batiendo de un lado a otro como si fuera lunes, con esa modorra de cinco minuto más. La plasta de mosquitos se había pegado al cristal, era parte del cristal. Las escobillas no hacían más que extenderla, al tiempo que nuestros corazones se sincronizaban con las batidas, flipflap, flipflap, flipflap. Nos encogimos de hombros y nos miramos, a ver quién aguantaba más sin parpadear, nos desposamos con anillas de latas de refresco. Fue entonces cuando rompió a llorar, bañados en ese atardecer de mierda. Su congoja me pilló desprevenido. La abracé para no tener que consolarla.

Conque empezamos con los derrumbes por casualidad. Transcurrido ni se sabe cuánto, nos bajamos del coche y limpiamos el cristal con nuestras sudaderas, el depósito de agua vacío con tal de reblandecer aquello. Al poco de reemprender la marcha, nos vimos obligados a detenernos de nuevo. Un cordón de seguridad delimitaba la zona, impedía el acceso a dónde. De este lado, tres hombres rodeaban un generador, un artilugio extemporáneo, roñoso, más acorde con el tiempo de todo por inventar. Un tipo con casco de obra sostenía una cajita conectada al generador por medio de un cable y, en la cajita, un botón que, si no era rojo, poco le faltaba. En los rostros de aquellos hombres, una severidad de cosa seria, una contracción maxilar de mucho en juego. Varios agentes vigilaban que todo estuviese en orden, reprendían con firmeza a quienes pretendieran saltarse el cordón de seguridad.

Del otro lado, el paréntesis de un descampado hasta llegar al edificio, una colmena de ocho plantas de alto y veintidós ventanas de ancho,

once pisos, a dos ventanas por piso. Ningún coche. Ni rastro de ropa en los tendales. Sin gente hormigueando alrededor. Grisura. Cascotes. «Vetusto» encajaba bien para definir aquello.

De buenas a primeras, los cuerpos resumidos en torno al generador, todas las articulaciones y florituras al servicio del botón: nervios en las mejillas, las frentes replegadas, apretura de nalgas y puños, ese campo semántico. Alguien que se lleva un walkie talkie a la boca, alguien que hace girar la perilla, alguien que se asegura de que el canal sea el correcto, alguien que roza el walkie talkie con los labios y dice te quiero, o al menos eso parece, alguien que asiente sin demasiada convicción.

Luego: un anillo de polvo y ceniza envuelve el edificio.

Luego: un silencio como de antes del mundo.

Luego: el edificio se viene abajo, cae sobre sí mismo, implosiona en completo ruido.

La onda expansiva cruza el descampado, despeina todos los matojos a su paso y somos sacudidos por un estruendo inconcebible, nacido de la misma piedra. Hay un temblor en nuestras entrañas, un revoltijo que hace eco en la bóveda craneal y permanece resonando dentro hasta mucho tiempo después de que la nube de polvo causada por el derrumbe se disipe en la nada y sólo quede un vacío de aire, esa tristeza.

Siempre era así: había un instante de silencio cuando comenzaba el derrumbe, como si el edificio contuviese la respiración, y enseguida un estruendo inhumano, que retumbaba en nuestros pechos por mucho tiempo.

Nos cuesta reponernos, nos cuesta restablecernos de esa sacudida, de ese orgasmo mineral. Temblamos. No apartamos la vista del hueco. Nuestras manos se buscan, tantean el aire, establecen contacto, nos salvan, lo nuestro.

Nos hemos acostumbrado. Aprovechamos los fines de semana, los puentes, los días de permiso, las bajas fingidas y las vacaciones. Silla con silla, su cabeza en mi hombro y mano sobre mano, esa ternura, aguardamos con impaciencia el instante del derrumbe. Cuando empezamos en esto, no se daban derrumbes muy a menudo, no era algo que ocurriese con frecuencia, no había una temporada, una periodicidad. Más bien al contrario. Ocurrían de tarde en tarde, sin previo aviso. No era fácil dar con ellos. Entre un derribo y otro,

permanecía en nosotros el eco de la devastación, reverberaba en nuestros corazones esa exaltación de la carne sin la carne. Eso mantenía lo nuestro en pie. Lo nuestro se alimentaba de cascotes.

El viento podía ser favorable o todo lo contrario. Con el viento favorable, el estertor del edificio demolido, su agonía, flotaba sobre el paréntesis del descampado como un ectoplasma y, en cuestión de segundos, nos envolvía con su aliento putrefacto. Era hermoso, era verdaderamente hermoso contemplar nuestros rostros cubiertos por una costrita de polvo, ceniza y devastación, nuestros cuerpos escombrados, modelados por esa nieve harapienta y quebradiza. Era hermoso y era circunstancial, que venía a ser lo mismo. Al menor gesto, la costra se resquebrajaba, un río de grietas modificaba nuestras facciones, nos dibujaba otra apariencia. Sólo en lo más central de nuestros ojos nos reconocíamos del todo, sólo en esa zozobra seguía teniendo sentido lo nuestro.

En algún momento todo aquello pareció acelerarse, esa fue al menos la impresión que tuvimos. Los derrumbes empezaron a sucederse sin pausas, el eco de uno se montaba con el estallido del siguiente, costaba decidir para qué lado mirar. Por la celeridad con que ocurría todo, lo más probable es que algunos edificios no se evacuaran a tiempo. El paisaje se llenó de derrumbes, alteró su fisionomía y pronto nos acostumbramos a esta nueva estampa: costaba recordar cómo era el mundo antes. Mirásemos donde mirásemos, ante nuestros ojos se desplomaba algo. La sensación de que, de un momento a otro, iba a desencadenarse un dominó de derrumbes y nada quedaría en pie. Se nos encogía el corazón sólo de pensarlo. Los ojos vacilaban, vacilaban las piernas, saltaban los diferenciales de la luz y se chamuscaban los domingos. Lo nuestro estaba en entredicho.

Silla con silla, de este lado del cordón de seguridad, las trenzas de anea deshilachadas, examinamos nuestros flancos y nos aseguramos de que no hubiese nadie a la vista. Nos incorporamos con al menos esa certeza, agarramos las sillas por los respaldos y las arrastramos con nosotros. Las patas de las sillas culebreaban entre nuestras huellas. Nos volvimos a asegurar a izquierda y derecha dos, tres veces, y levantamos la cinta que separaba la zona segura de la que no. Pronto un anillo de fuego envolvería el edificio para engullirlo después, pronto el silencio paralizaría el mundo la duración de un relámpago, pronto un calambre, también un escalofrío, se nos metería bien dentro y estallaría en nuestras cabezas y en nuestros corazones, mano sobre mano y un botón que, si no era rojo, poco le faltaría. Los elementos eran propicios para el amor. La suerte estaba de nuestro lado. Nos miramos a los ojos a ver quién aguantaba más sin parpadear, nos

desposamos con anillas de latas de refresco, forzamos eso, el paréntesis del descampado con el paso franco, su pie que traspasa el cordón de seguridad, le sigue el otro, la tenaza del miedo me ancla en el sitio, esa ternura, lo nuestro.

La silueta se desplaza por el techo. Como los haces de fosfeno que resplandecen en la cara interna de los párpados y ahora están aquí y acto seguido están allí. Cuesta saber si la mirada va a rebufo o son los ojos los que, al moverse, determinan el desplazamiento. Quién el reflejo. La silueta avanza en dirección a la puerta, fosforece como una nube de amianto. Recuerda, sin sangre, una bestia anfibia. El cuerpo, al alcanzar el borde de la cama, se ve obligado a adoptar una postura desmadejada, de marioneta rota, para conservar la forma de la silueta. Bajo primero un pie, estiro la pierna hasta que el peso del cuerpo recae tan sólo en dos dedos y en el garfio de un codo. El resto permanece en el aire, en el precipicio entre la cama y el suelo. Aguanto así hasta que la silueta estima que ya es suficiente y reanuda la marcha. El rabillo del ojo, es decir, la guadaña de mi miedo, capta el relámpago de una cucaracha imprimiendo una sombra fugaz junto a la cama. Contengo el respingo, aprieto la musculatura. En el abismo, cientos de cucarachas, figuradas o no, emergen de todos los rincones y ponen en entredicho mi condición de piedra. Resisto sin moverme, mi integridad a punto de derrumbe. Aquí, un acelerón repentino, la silueta se embala como sacudida por un golpe de aire y alcanza lo quebrado entre la pared y el techo, se contorsiona, desencaja varios miembros para vencer la esquina. En el ángulo inferior, entre la pared y el suelo, mi cuerpo se quiebra también. Congelado en una cierta postura, sin noción de mí, un manojo de dedos desparramados de mala manera y una torsión del tronco para el lado que no es, un ejército de cucarachas comienza a rodearme, se solidifica, se hace guerra.

Algunos lunes cumplo años. A día de hoy, siete lunes de cumpleaños me contemplan. Nací un segundo miércoles de noviembre, bien podría haberse establecido esa eventualidad como motivo de celebración en adelante, y no el guarismo, no veo por qué no, y entonces ningún lunes cumpliría años y acumularía en cambio un buen puñado de miércoles. Pero no: se fijó la cifra. Lo real que hay en mí. La realidad también se hereda.

Siete lunes. Muchos, pocos: siete. El último sábado que cumplí años, nada me hizo sospechar que sería el último cumpleaños que celebraría junto a la Rubia. Sin embargo visitamos Úbeda, sus calles recreaban escenas de la Segunda Guerra Mundial, un club o una asociación escogía una ciudad cada vez, alambradas de espinos, esvásticas en las fachadas, carros de combate sobre el asfalto, la resistencia, desesperada, le daba cuerda a un teléfono que no lograba establecer comunicación, tomamos fotos de aquello: el último cumpleaños que celebraríamos juntos, esa metralla incrustada en el ánimo.

No recuerdo haber visto nunca a mis padres besándose. Esa sequía también soy yo. Si la cuenta de la vieja no me falla –y la cuenta de la vieja nunca falla–, el 14 de febrero del año que nací, es posible que día laboral, mis padres follaron como salvajes. ¿No es hermoso? Que mis padres se acicalaran para la ocasión, que se dieran un homenaje a la luz de las velas, que acabaran un poco achispados, o qué coño, borrachos como cubas, que llegaran trastabillando a su habitación, o no, mejor a una habitación de hotel, que antes de cerrar la puerta, ya se estuvieran devorando, que se arrancaran la ropa a mordiscos y luego, pues eso, mis padres reventando de deseo y gritándose te quiero y otras obscenidades. ¿No es hermoso, mis padres entregados a eso? ¿No es hermoso, no es realmente hermoso mis padres follando como animales?

Hace un lustro del anterior lunes de cumpleaños. Hay meteoritos, basura interestelar, cometas que tardan menos en hacer coincidir su trayectoria con la de la Tierra, ocasionales propuestas de luz que acaparan una atención desmedida, asideros de humo en la niebla. Sin embargo la realidad del cometa está en su elipse, en la curva que traza fuera de foco. Sin embargo visitamos Úbeda. Sin embargo mis padres follaron como salvajes. Lo que cuenta, lo que en realidad cuenta del cometa es lo que no se cuenta, lo que no se ve, la elipse, la elipsis, ese paréntesis de cuidado.

Ramalazos de claridad, destellos breves, entrecortados, y mucho, muchísimo espacio en blanco que configura, aun sin ser consciente de ello, el carácter que construye la identidad.

¿Dónde está el futuro cuando se le necesita?

La Rubia y yo nos vemos con frecuencia. No sé en qué nos convierte eso, si es que nos convierte en algo.

Seguro que nos convierte en algo. Incluso el vacío lo hace. Todo nos convierte en algo y hasta para la tristeza hay manuales.

El duelo tras una separación consta de cinco fases –en los manuales todo consta de cinco fases, todo–, que hay que transitar se quiera o no para superar la ruptura y pasar página y salir fortalecido y de los errores se aprende y menudo aprendizaje, ¿eh? Es conveniente establecer un distanciamiento, cortar de raíz el contacto con quien, hasta ayer mismo, había sido tu pareja. Un blablabá de tantas páginas y epígrafes y enlaces y lecturas recomendadas y cursos recomendados y suputamadre recomendada. La tristeza estandarizada, una retórica de capítulos idénticos para cualquiera que hay que seguir a pies juntillas si quieres levantar cabeza, o sea, no ser un incordio.

Prohibido salirse de la raya.

Prohibido pisar la hierba.

Prohibido fijar carteles.

Los tristes no lo son cada uno a su manera, también al triste se le niega la originalidad.

No ajustarse a estas convenciones, no cumplir las cinco fases del duelo amoroso anula la tristeza del triste a ojos de los demás. Cualquier desacato a la tristeza invalida la tristeza.

Canónicamente, la Rubia y yo no estamos tristes. O es una tristeza mal llevada. Estamos desprestigiando la tristeza, con esta forma tan heterodoxa de estar tristes. Como no follamos, tampoco estamos alegres ni hemos superado nada. La tristeza mal. Pero la gente no supera una mierda. La gente hace lo que puede con lo que tiene a mano y sobrevive como mejor sabe, eso es todo. Lo demás es mala literatura, un intento presuntuoso de embellecer la realidad, de idealizar el sufrimiento y camuflar lo rasposo del mundo. La competitividad emocional. Positivismo de calendario. Patético.

Nos vemos con frecuencia, la Rubia y yo, y reformulamos, no de manera explícita, nuestro duelo: un repertorio de gestos comedidos, cuidadosos, no sea que se exceda el contacto físico y se resuciten determinadas terminaciones nerviosas, un intercambio de miradas sostenidas más de la cuenta, un inventario de frases dejadas a medias que el cerebro completa y que, ayudado por mi inseguridad, rellena con alusiones veladas que nunca fueron formuladas pero que duelen igual, en lo más íntimo.

Una tristeza culpable, fuera de guion, sospechosa.

Todo es demasiado fácil o muy difícil, y así no hay forma.

El día que comprendimos que nos queríamos, el día en que el cuerpo permeó, con su lenguaje de piel de gallina, las capas de la conciencia y del entendimiento, el día que supimos que, en lo sucesivo, compartiríamos un trocito de vida, no nos dijimos que nos queríamos. En lugar de eso, hablamos de lo que haríamos cuando nos separásemos, decidimos, por así decirlo, las palabras y los actos que sellarían nuestra despedida, todo tan civilizado y cerebral y comedido, un ejemplo de ruptura, la nuestra, para una relación que aún no había puesto palabras al amor que ya por entonces nos arrebujaba. Como si anticipando el momento, viviéndolo de antemano en el relato que construíamos, pudiésemos restarle dolor; como si desviar la atención del miedo y la vergüenza que sentíamos al tener que pronunciarnos, nos librara de hacerlo; como si al situarnos en el lado contrario de la declaración, en el extremo más alejado, pudiésemos eludirla o darla por sobreentendida, un eufemismo por oposición, sujeto a la ley del péndulo. Había en nuestra incompetencia emocional un componente de ingenuidad y ternura, la ilusión de que el mensaje encriptado que nos enviábamos llegara al otro íntegro, completo, sin dobleces. Dos niños que, tapándose los ojos, creen estar a salvo de otras miradas.

Un damero de azulejos repleto de frases soeces reviste las paredes del baño. Acerco el rostro al espejo, la nariz vendada contra el cristal, y exhalo hasta vaciarme de aliento, muevo la cabeza hacia los lados para ocupar la mayor superficie posible. Sé, sin necesidad de olerlo, que hay algo podrido y hediondo en ese amianto de mi infancia. Antes de que la nube de vaho se extinga por completo, estiro un dedo y escribo: «Tengo que cortarme las uñas». A continuación, me miro las manos y le doy la razón a la nube: «Tengo que cortarme las uñ».

Siempre lo anuncio tres veces. No sé si eMe, con quien compartí dieciséis años de vida, llegó a percatarse de esa peculiaridad. Nunca se llega a conocer a alguien del todo.

Primero, un martes: «Tengo que cortarme las uñas».

También un viernes: «Tengo que cortarme las uñas».

El lunes: «Tengo que cortarme las uñas».

Sólo entonces me las cortaba.

Fue la Rubia quien me puso sobre aviso, la que me advirtió de aquella particularidad mía. A saber desde cuándo lo venía haciendo. La convivencia revela facetas insospechadas de uno mismo, puntos ciegos que burlan el ángulo muerto en ojos del otro.

Después de que lo mío con la Rubia se rompiese, tuve que idear otro método, apañarme una nueva estrategia. Anunciarlo de viva voz para nadie resultaba desalentador, un desperdicio para las cuerdas vocales y para el ánimo, un alarde sin recompensa. Por eso surgió la idea de los pósits.

Primero, un martes en la nevera: «Tengo que cortarme las uñas».

También un viernes en la puerta del dormitorio: «Tengo que cortarme las uñas».

El lunes en el televisor. «Tengo que cortarme las uñas».

Al tercer pósit la luz cambiaba a verde, la señal que necesitaba para acometer la tarea.

Ahora que la convalecencia ha estrechado las fronteras y mi vida transcurre entre el dormitorio y el baño, ahora que se han gastado los pósits y me faltan fuerzas para bajar a por más, aprovecho lo empañado del espejo.

La nube se va haciendo chiquita, decrece como un pantano azotado por la sequía: «ngo que cortarme la». Da como pena. O hambre. Un impulso, un reflejo, y borro lo que queda con la mano izquierda.

Cuando concluyo el gesto, la mano izquierda queda apoyada sobre el espejo.

Al contemplarla, siento una punzada. Hace tiempo que vengo barruntando la idea de dejar el trabajo, sin atreverme nunca. Un trabajo en el que llevo ocho años y que me devora el ánimo, consume mis energías todas. Abandono ese pensamiento antes de que me arrastre, un remolino de frustración y falta de coraje cuyos vericuetos conozco al dedillo. El peligro de quedar atrapado dentro.

Levanto la vista hasta enfrentar mis ojos, una lluvia de palabras hirientes empapando los azulejos del baño, y digo, en un arrebato al

que le falta empuje: «Tengo que dejar el trabajo».

Un crujido de voz.

Me sorprende su sonido, lo monocorde de su modulación. Una voz sin temperatura ni temperamento.

Alentado por una determinada sensación de sorpresa que disocia mi voz de mí, continúo, me atrevo a más: «Tengo que dejar el trabajo».

«Tengo que dejar el trab

El circuito del Annapurna está considerado uno de los trekkings más hermosos de alta montaña. Aunque entraña sus riesgos, es asequible para quien carezca de experiencia alpina. Requiere, eso sí, un buen estado físico. Atraviesa el paso de montaña más alto del planeta, el Thorong La, y rodea algunos ochomiles y no pocos sietemiles. Si bien es aconsejable no hacerlo solo, se puede realizar sin necesidad de contratar porteadores ni guías. Reúne todas las condiciones para fracasar a lo grande.

Poníamos la alarma. Parece mentira, pero en aquel entonces no existía internet ni había móviles y las cosas ocurrían sólo una vez y para siempre. Así que poníamos la alarma para no perdernos el partido.

Poníamos: mi hermano y yo.

El partido: uno de la NBA, el que retransmitiesen esa noche.

Sonaba la alarma y la apagábamos de inmediato, un zarpazo reflejo y mullido a la vez, cuánta destreza, no fuésemos a despertar la casa.

Al bajar de la cama me golpeé un pie y contuve la respiración. Conté hasta tres, conté hasta seis, conté hasta doce. Nada rugía.

En días de tormenta, contaba los segundos que iban entre el rayo y el trueno y dividía el recuento entre tres. El resultado indicaba la distancia en kilómetros a la que se encontraba la tormenta. Si en la siguiente medición la distancia era menor, la tormenta se estaba acercando. El alivio cuando pasaba de largo.

El motor del coche se oía segundos antes de que aparcase frente a casa. Papá y el vecino tenían modelos muy parecidos, costaba diferenciarlos. Si transcurrían más de cuatro segundos entre el ruido de la puerta del coche y la verja, era el vecino. Si pasaban menos de cuatro segundos, era papá, que tampoco se había muerto ese día.

No recuerdo qué partido daban esa noche, mi hermano tan Larry Bird, yo tan Magic Johnson. Poníamos el volumen de la tele al mínimo, lo justo para que pudiésemos escuchar algo. De pronto el sonido del televisor subió solo, demasiados decibelios celebrando un triple. Saltamos como para atrapar un rebote y corrimos a bajar el volumen –en aquella época, las cosas sólo ocurrían una vez y no había mando a distancia–. Nos miramos a los ojos, un estremecimiento en las mejillas, y permanecimos atentos a casa, ojalá casa dormida, ojalá dormida, ojalá. Tras comprobar que sí, regresamos a Chris Mullin, a Charles Barkley, a Hakeem Olajuwon. El tiempo muerto duró poco: el volumen de la tele otra vez por las nubes, volvimos a saltar de nuestros banquillos y la garganta aflojó su nudo al asegurarnos de que casa seguía como un tronco.

Parados frente al televisor, el fuelle de nuestros pulmones agitado, realmente agitado, estudiábamos la escena sin saber qué hacer. Nos sacó de nuestro ensimismamiento un leve temblor de la puerta, pequeñas sacudidas que atribuimos a nuestra perra, que solía escoger ese rincón para rascarse, aunque qué perra ni qué niño muerto esa noche en el salón. Con esa inocencia infantil aún recostada en la sangre, nos concedimos una tercera oportunidad, esa esperanza. El desenlace fue idéntico: la tele a gritos, nuestros cuerpos un pick and roll para atajar el volumen, para taponarlo. Conque, esta vez sí, apagamos la tele. Era demasiado arriesgado el partido. Pero fue girarnos y la tele se prendió sola, toda la grada en pie pidiéndole al equipo local defense, defense, defense. Ahora sí, decidimos cortar por lo sano, el corazón a punto de triple doble: desenchufamos la tele, tiramos del cable hasta desconectarlo y permanecimos unos segundos observando nuestros reflejos en lo negro de la pantalla. Tampoco mucho: la tele se encendió de nuevo, una sacudida con el volumen al máximo, para extinguirse en un círculo de oscuridad instantes después.

Con un manojo de nervios en los huesos, atentos a cada respiración de casa, nos retiramos a nuestro dormitorio pisando sólo con lo blando del pie, con ese temblor en el alma de quien ha salvado la vida de chiripa y sólo es consciente segundos después.

A la mañana siguiente, corrillos a la puerta de clase, conversaciones

sobreexcitadas, un espabilamiento desacostumbrado en el ambiente tan a primera hora.

–¿Sentisteis el terremoto anoche? –nos preguntó alguien.

–Por suerte no –respondí o respondimos.

Nunca anochece del todo. El dormitorio sumergido en una luz triste, acomplejada, una turbiedad en los objetos como si estuviesen atrapados en un barco hundido, el casco dado la vuelta, atravesado por un costillar de vigas podridas por el que se filtra la escasa luz de esas profundidades. La luz –esa luz– vira en el techo, se retuerce como un animal herido mientras un camión pasa o no pasa. En cualquier caso, tiemblan las aceras, tiemblan las paredes, tiemblan las junturas del viento y la luz se desmigaja con un temblor que no es de piedra, que no es de carne, con un temblor que viene de lejos, o sea, que viene de dentro.

Convalezco.

La convalecencia dificulta el recuento de segundos. La luz es más lenta y pesa más, un kilo de luz abulta lo que mil gramos.

El espacio se reduce, vierte su luz –esa luz– sobre mi ánimo, un embudo en cuya boca yo.

Yo soy el canal de desagüe.

Yo, el atasco.

Siento que me asfixio, siento que toda la luz de la habitación cae sobre mí, que desciende por las paredes del embudo y hace tope contra mi cuerpo.

Toneladas de esa luz sin lustre, descolorida.

Mi cuerpo aplastado, esculpido en los pliegues del edredón. Las paredes parecen sostenerse en un andamiaje de tristeza que lo cubre todo. Hasta el lenguaje se contagia.

Trato de desembarazarme de esa luz, empujarla, arrojarla lejos, una intención que se queda en el plano de la voluntad. El cerebro envía señales en esa dirección, impulsos eléctricos que pellizcan las fibras musculares pertinentes para que reaccione, para que me contraiga,

pero la orden se detiene en algún punto del camino, pierde fuelle, sucede entonces un bloqueo y mi cuerpo no reacciona, permanece inmóvil bajo toneladas de esa luz. Ninguna elasticidad. Todo rígido.

Al grito le ocurre lo mismo. Desencajo la mandíbula –es lo único de lo que soy capaz– pero ningún sonido emerge de mis entrañas, de mi desesperación, de mi miedo. Por más que lo intento, el aire de mis pulmones no logra vencer la resistencia del aire de la habitación. Demasiadas atmósferas ahí fuera. Siento que voy a morirme y que no puedo hacer nada para impedirlo.

Como tantas veces cuando niño.

Un sueño desagradable y rugoso me

Un sueño

Un sueño desagradable y rugoso me espabila de golpe

Un

Un sueño desagradable y rugoso me espabila de golpe, me expulsa con violencia. Un sueño del que apenas retengo nada, tan sólo esa sensación fea, pegajosa, que me traigo conmigo a este lado. No exactamente una pesadilla, no esa angustia que desboca el corazón, no ese manojo de pinchos que atora la garganta, no ese grito de otras veces, algo como un frenazo que despierta a nadie durmiendo a mi vera. Vuelvo en mí y una silueta llena el vano de la puerta, los brazos en jarras y las piernas separadas, como en posición de reto o de reproche. Una tenue luz a su espalda la perfila sin desvelar sus rasgos, que permanecen ocultos por un zarpazo de oscuridad. Por las hechuras queda claro que se trata de un hombre. Desprende un halo de familiaridad que me atrae y me repele al mismo tiempo.

Intento gritar con todo mi miedo, abro la boca todo lo que las mandíbulas dan de sí pero ningún sonido distorsiona el aire de la habitación. Mi cuerpo permanece contraído, petrificado, anclado en la rigidez de mis aterrados músculos infantiles.

Entonces, un paréntesis.

Un apagón de la memoria.

El recuerdo se diluye cada vez y ya no tengo constancia de mí hasta que despierto a la mañana siguiente.

Un paréntesis que no consigo rellenar con información. Un paréntesis que hace que me plantee si aquello sucedía de veras, si en verdad me despertaba la presencia de una silueta en la puerta, para sumirme de inmediato en un terror infinito y, justo después, ocurría o no ocurría algo que mi mente borraba por su propio bien o, por el contrario, se trataba de una figura que arrastraba desde el sueño, que ocurría aún en el sueño o en los márgenes del sueño, una de esas plasmaciones de una apariencia de realidad apabullante que germinan en la semiinconsciencia de la duermevela. Ambas opciones me desconciertan, ambas opciones me hacen desconfiar. La parte racional que gobierna mi vida hace que me decante por la segunda: la posibilidad de un sueño demasiado real. En lo más hondo de mi conciencia, sin embargo, algo me dice que sucedió de veras –pero ¿suceder qué?–. Conservo una impresión demasiado física, demasiado genuina, para pensar en un sueño. A lo que se añade algo que no me atrevo a reconocer: mentí: miento: la silueta en la puerta, aunque ocultos los rasgos por un rasponazo de oscuridad: la silueta: papá.

Desconfío.

Sin confianza no se llega a ningún lado, o se llega mal.

Hay algo desolador y esperanzador en la posibilidad de que la silueta fuese real, que mi miedo tuviese una causa de carne y hueso, y no onírica, que mi cerebro hubiese bloqueado, un recuerdo reprimido como mecanismo de defensa contra mí.

¿No es hermoso y horrible a la vez, mi cerebro defendiéndome de mí?

Conozco estos paréntesis, me los sé de memoria. Recuerdos dolorosos de los que tan sólo conservo ramalazos, destellos breves, entrecortados, y mucho, muchísimo espacio en blanco que ha configurado, aun sin ser consciente de ello, mi carácter, que ha construido mi identidad, esa piltrafa.

Y al revés.

O no al revés: cachitos de vida que he fabricado, acontecimientos que he remodelado a voluntad o de manera inconsciente, lo mismo da, huecos que he rellenado para dotar de coherencia y verosimilitud el relato de mi vida o que he inventado a base de mentiras sostenidas en el tiempo para acabar dando como resultado: esa piltrafa: yo.

La silueta en la puerta, un miedo paralizante. Una imagen que me acompañó durante ¿años?, ¿meses?, ¿cuánto?, y que regresa cada tanto para recordarme ¿qué?

Convalezco. La convalecencia saca a la luz –a la luz turbia e incompleta de los 40 vatios mal apretujados– la parte más oscura de mí.

La luz de la habitación se me viene encima, toneladas de esa luz de la infancia, y de nuevo siento que voy a morir, que no hay nada que pueda hacer para impedirlo.

Pero nadie muere la víspera.

Padre nos llevó a conocer el matadero de Betanzos

Padre nos llevó a conocer el matadero de Betanzos durante unas vacaciones familiares. El matadero sucedió en un momento determinado, luego dejó de suceder por treinta años y resucita ahora por la casualidad de un letrero. Regreso a Galicia con la excusa de un tramo del Camino de Santiago, los ojos chisporroteantes tras la ventana del autobús, cuando un letrero que anuncia Betanzos descorre no sé cuál cortina y el matadero resplandece con la luz vieja y fulgurante de mi primera visita a Galicia. Unas vacaciones familiares. Familia era padre, madre, abuela, cuatro hermanos. Familia era lo que tocaba en suerte. Familia era lo que era. Durante treinta años, el matadero había permanecido oculto bajo una montaña de escombros, capas y capas de desmemoria superpuestas, apelmazadas, en las que de pronto se abría una grieta.

Un tajo en la carne del recuerdo.

La grieta en cuyo fondo atisbo el matadero.

Uno o dos bloques rectangulares en mitad de ninguna parte. Dos, pongamos dos bloques. Padre conduce por una carretera de tierra, una carretera dibujada por una mano inexperta que serpentea por un descampado, por mi idea de entonces de un descampado, y desemboca frente a uno de los dos bloques rectangulares. El bloque es inmenso a mis ojos de niño. Paredes blancas ensuciando el paisaje con su geometría perfecta de ángulos rectos. Si tenía o no ventanas es una decisión que dejo en manos de la grieta.

Pongamos que sí.

Tampoco muchas.

Unas cuantas, estrechas y alargadas, como arañazos de una bestia.

Bata Blanca nos recibe en la puerta de entrada. Tiene pintada una sonrisa que le ha debido salir al tercer o cuarto intento. Nos reparte esa sonrisa y nos franquea el paso al interior del edificio. Seguimos a Bata Blanca como polluelos obedientes. Padre se adelanta y se sitúa a

su lado, hombro con hombro. Un olor confuso y penetrante impregna todo el recuerdo. Hay una cortina de plástico formada por unas tiras verticales que arrastran sus faldas por el suelo. Su superficie es translúcida y presenta manchas desiguales de un tono parduzco. Se sabe, sin tocarla, que la cortina es pegajosa.

Al atravesarla nos damos de bruces con decenas de hileras de animales colgados en unos ganchos de hierro, un bosque de cadáveres que se mecen apenas como sacudidos por un último intento de vida. Lo perfecto de las filas me estremece, secuencias de bestias en paralelo separadas unas de otras por la misma distancia. Contraigo mi musculatura infantil, me vuelvo piedra. Me cuesta decidir de qué animales se trata. El recuerdo se emborrona en este punto. Dudo entre terneros y gorrinos. Si aplico la lógica al recuerdo –menudo disparate, ¿se puede estar más perdido?–, entonces terneros casi seguro. Sin embargo, acude a mi mente la espiral de un rabo y me dejo llevar: decido que gorrinos.

Tratamos de seguir a Padre y a Bata Blanca, que se internan a grandes zancos en ese bosque sin vida. Rozan al pasar la corteza de carne de tantos árboles eviscerados y desollados, zigzaguean con determinación, sin aminorar la marcha en ningún momento. Los polluelos vamos detrás, con asco en los ojos, en los brazos y en la musculatura del alma.

El olor se vuelve más intenso. Le pongo nombre al olor: huele a sangre reciente, a muerte fresca, a aliento de tabaco y whisky, a la estupefacción de tantos cuerpos abiertos en canal y decapitados, aún con la blandura de cosa viva en la carne. Perdemos de vista a Padre y a Bata Blanca, el bosque los engulle. Es probable que mamá dijese algo, es probable que abuela dijese algo. Un silencio de animal muerto me ensordece. Me agacho para buscar a Padre. Los cuerpos colgantes de los gorrinos no llegan hasta el suelo, dejan un hueco por el que es posible asomarse. Allí debajo el olor se agiganta, explota como una estrella y lo pone todo perdido. El suelo exuda un jugo viscoso, una capa pringosa que emite un brillo rojizo. Aquello me supera. La vista se me nubla y siento que voy a desmayarme. Antes de perder la conciencia del todo, alguien me toma de las axilas y un plas plas me devuelve a cierta versión anterior de mí.

Cuando quiero darme cuenta, estamos caminando de nuevo. La familia avanza por el bosque de puntillas y con los brazos pegados al cuerpo. Al sortear un árbol, redescubrimos a Padre y a Bata Blanca. Bata Blanca sostiene un gorrino por las patas traseras mientras Padre le golpea un costado con la palma abierta.

El plas plas de antes.

Sin dejar de golpear, gira la cabeza hacia nosotros con una seriedad en los gestos como de echar algo en cara. Todo sucede a cámara lenta, como si no fuese a terminar nunca o como si fuese lo único que hubiera ocurrido siempre. Desde el contrapicado de mis pocos años y con ese paisaje de fondo, Padre tiene algo de monstruoso, las proporciones aberrantes de un engendro de pesadilla.

Su mano continúa aporreando el lomo del gorrino, que se sacude con cada golpe con un espasmo que recorre toda su carne muerta y se interrumpe abruptamente al alcanzar el tajo de la decapitación. Algo tiembla unos instantes en el aire sin forma del hueco de la cabeza.

Padre vuelve a desentenderse de nosotros. Deja de golpear y, sin descansar la mano, la introduce en el cuerpo de la bestia. Recorre con ella la sección interior del corte que la abre en canal, palpa sin reparos las paredes de carne en las que se encajaban las vísceras. Tanto trajín hace oscilar al animal.

Ahora es Bata Blanca quien nos mira, la hendidura de una sonrisa caricaturiza su rostro. Permanezco inmóvil, sin saber qué hacer. Cierro los ojos con fuerza y le pido a qué dios que por favor no me toque el cuerpo mutilado del gorrino, que por lo que más quiera no me toque. La sorpresa de una náusea hace tenaza en mi estómago. Me imagino a Padre tironeando de mis tripas hasta dejarme vacío, el dorso de su mano rebañando la gelatina que pueda haberse quedado adherida a las paredes internas de mi pánico.

Abro los ojos para tomar aire y me encuentro con que Padre y Bata Blanca se han esfumado de nuevo. El balanceo del gorrino rellena el espacio que hasta hace poco ocupaban ellos. El gorrino no llega a tocar a sus congéneres, se detiene antes. Sin embargo, una especie de corriente o energía parece alcanzarlos. Los vecinos de hilera empiezan a balancearse al mismo compás, como si conservasen una telaraña de neuronas espejo. De manera imperceptible al principio, apenas un vaivén con todas las dudas de si está ocurriendo de veras o si tiene más que ver con una ligera oscilación de la cabeza de quien observa. El movimiento sincronizado de los cuerpos no tarda en hacerse patente. Aquello va ganando consistencia, velocidad, amplitud, crujido. Como a cuento de unas ondas concéntricas que partiesen del gorrino en cuyas entrañas Padre introdujo la mano para darle cuerda.

El bosque de cadáveres sacudido por un viento furibundo, un ciclón en cuyo vórtice habitase Padre.

El bosque se hace ejército.

Aun a sabiendas de que fue Padre quien originó todo aquello, me veo impelido a partir en su busca. Hay un magnetismo innegociable. Como el árbol de Poltergeist.

Echaron Poltergeist en la tele y pusieron un árbol frente al porche de la casa de Ricardo. En verdad el árbol estaba antes que la película, antes que el porche, antes que el cine, pero no fue hasta que echaron la película que la madera se hizo árbol. Entraba la noche y el árbol recibía tan sólo la forma de la luz de nuestro porche, una brecha de oscuridad entre ellos. Entraba la noche y mi hermano y yo nos cronometrábamos. Había que correr desde nuestro porche hasta el de Ricardo, un invierno entre medias, dar vuelta al árbol y regresar vivos. Echaron Poltergeist en la tele y el árbol frente al porche de Ricardo se transformó en el árbol que se traga al niño. Si tardaba más de la cuenta en rodearlo, si de pronto un tropezón o el peso del cansancio, sus ramas me apresarían y me engulliría la boca de su tronco. Todo eso era innegociable. No había escapatoria. No había remedio. Sólo miedo y esa certeza: la boca del árbol. Entraba la noche y mi hermano y yo nos cronometrábamos. El árbol, es decir, el miedo, ejercía sobre nosotros un magnetismo, también innegociable, que nos llevaba a arriesgar nuestras vidas con esa insensatez del amor, de la enajenación, del apego.

Trato de amoldarme al movimiento pendular de los cuerpos, avanzo entre ellos por el hueco que adivino. Hay una puerta entrevista a duras penas. Oriento mis pasos en esa dirección, ensayo una línea recta que soy incapaz de llevar a cabo. Me desplazo como si caminase por la cubierta de un barco en mitad de un temporal. No me explico cómo soy capaz de llegar hasta la puerta. Creo haber envejecido varios años en el trayecto.

Empujo la puerta y una luz diáfana, sin tropezones, me obliga a hacer visera con las manos. Padre y Bata Blanca están asomados a una cuba gigantesca. Hay que subir una escalera para llegar hasta ellos. Un olor nauseabundo me golpea el estómago. Me encojo sobre mí mismo, las manos sujetándome las tripas, y subo sin levantar la cabeza. Un potaje de vísceras en su propio jugo sucede allí dentro, dos aspas inmensas lo remueven sin descanso. Los intestinos se arremolinan en el caldo y forman espirales que recuerdan a galaxias vistas en perspectiva. Soy incapaz de apartar la vista. Soy incapaz de bajarme de allí. Soy incapaz de cualquier cosa. Como desde otra dimensión, oigo la voz de Bata Blanca. Le explica a Padre que con ese mejunje se elaboran los jabones. Me cuesta creerlo. Es una posibilidad turbadora. La sola idea,

aun en el plano teórico, hace que rompa a sudar. Vuelvo a sentir la tenaza de una náusea agarrada a mi estómago y no puedo evitar una arcada. Aquello parece molestar a Padre, que chasquea la lengua ostensiblemente. Una variación de la luz me indica que también ha cambiado de postura. Levanto la vista y otra arcada me dobla por la mitad. La cabeza de un gorrino decapitado es máscara de la cabeza de Padre.

Me trago el vómito.

Se cierra la grieta.

Apuro la convalecencia buscando información sobre el Himalaya. Pensar el Himalaya hace más llevadera la convalecencia. El Himalaya es aún un proyecto: el Himalaya no existe. Debe ser por eso que pensar el Himalaya alivia la convalecencia: porque el Himalaya no existe. Acumulo datos, consulto mapas y recreo cierta posibilidad de Himalaya. Luminosa. Reveladora. Epifánica. Con el riesgo de morir sepultado por un alud también, o a consecuencia de un edema pulmonar causado por el mal de altura. Esa idea de muerte me distrae, me entretiene, me apacigua. Por un momento me atrapa la ilusión de que el Himalaya me proporcione el valor suficiente para dejar el trabajo: deposito en los hombros de la montaña esa carga, la responsabilidad de insuflarme el coraje para abandonar el trabajo y que esa resolución arrastre otros cambios, que ponga en marcha la maquinaria que iniciará un dominó de decisiones que me transformen en otro.

Planificar un viaje es crear recuerdos por anticipado, cubrirse las espaldas. Después podrán coincidir o no con la realidad, encajar en ese molde o seguir otros derroteros. Tanto da. El efecto ya está conseguido, el daño hecho. Los recuerdos prefabricados escribirán mi historia, serán parte de la narración de mi vida, desplazarán de la memoria a ciertos acontecimientos que en verdad sucedan. Si completo el circuito o no es lo de menos: ya lo habré completado o no. Si la montaña me redime o no es lo de menos: ya me habrá redimido o no. Si muero o no es lo de menos: ya habré muerto o no.

Nunca he dado una hostia bien dada. Estaba aquel chaval regordete, tirando a pelirrojo, los mofletes dos rosetones de fuego a poco que

diese dos carreras o tres saltos o recibiera un puñetazo por error. Cursábamos primero o segundo de BUP, su nombre cuál.

Estamos en la cola del comedor escolar y jugamos, medio en serio medio en broma, a darnos puñetazos en la cara, con esa rabia adolescente contenida, esa efervescencia, ese chorro de energía y feromonas para el que no parece haber mejor aprovechamiento que anestesiarlo durante interminables horas frente a una pizarra ante la que el profesor nos adormece, los alumnos contenedores de información que olvidaremos nada más entregar el examen, el aula que se infla como una lata de conserva caducada y no explota de puro milagro.

Hacemos tiempo, nos lanzamos puñetazos figurados, golpes al aire que simulamos propinar y recibir, primero uno, luego otro, no falta ni la imitación del sonido del impacto, una copia burda de las películas de Chuck Norris y de los bocadillos de los cómics, cuando de pronto un puñetazo acierta de veras, alcanza la cara incendiada del chaval y si no cae al suelo es porque lo sujetan los vecinos de fila. Un gusano de sangre asoma de su nariz, la expresión entre alucinada y enfurecida, los ojos a punto de lágrimas, los mofletes desconcertados, sigo sin entender por qué no me devolvió el golpe. Mi cuerpo presa de un terremoto que nace dentro, un temblor que parte del tronco y se irradia hacia las extremidades.

No recuerdo si le pido perdón, no recuerdo si lo acepta en caso de habérselo pedido, no recuerdo si nos sentamos juntos en el comedor, sí recuerdo que no volvimos a jugar a eso.

Ahora estoy en sexto o séptimo de EGB y papá y mamá nos han regalado unos guantes de boxeo. Salimos al jardín y empezamos a sacudirnos en los brazos sin demasiada fuerza, tal vez algún golpe en el costado. A saber cómo se desbocó aquello, si la violencia se alimenta de violencia o fue la edad, puñetazos cada vez más fuertes, cada vez con más intención, ponerse en guardia dejó de ser una pose y había que estar atento al rival, al hermano, adelantarse a su propósito, adivinar el siguiente movimiento, una rabia que no era exactamente nuestra pero que habitaba en nosotros, una rabia por persona interpuesta. Había, aun en ese aire embrutecido, un remanente de cariño: el acuerdo tácito de no golpearnos en la cara. En una tarde que invento soleada, nos estuvimos aporreando hasta quedar extenuados, hasta no tener fuerzas ni para levantar los brazos. Fuimos felices en aquella tarde inventada.

No pude más, juro que no pude más. Tantísimas noches, una de

tantas. Todo lo que podía decirse ya había sido dicho, es decir, callado por mí, es decir, dicho por papá, es decir, gritado escupido ametrallado. Aun así, no pude más, juro que no-pude-más.

Me incorporé de golpe, sin la transición característica e intermedia de quien se incorpora. La silla salió despedida hacia atrás como queriendo decir hasta aquí hemos llegado. Pegué mi cara a la de papá, nuestras caras a una distancia que sólo toleran dos que se quieren o que se retan –¿ya estamos otra vez con los sinónimos?–, y grité con toda mi alma, es decir, con todo mi miedo, es decir, con toda mi rabia, es decir, con todo mi dolor. Papá, descolocado sin duda, respondió con otro grito, hecho más de espasmo que de miedo, más de reflejo que de miedo, un grito contra mi grito, es decir, el encontronazo de dos corrientes de aire, con todo lo que eso supone en términos meteorológicos, es decir, un intercambio de baba, ceniza, whisky y desesperación, es decir, una transmisión no estrictamente genética aunque igual de definitiva, igual de abrumadora, es decir, una combinación, ¿acaso aleatoria?, de gritos recesivos y dominantes, esos alelos, es decir, esa herencia, un espejo genealógico, el padre reflejando al hijo reflejando al padre reflejando al hijo reflejando al padre reflejando el infinito, es decir, el abismo.

Los puños apretados, las uñas tatuadas en las palmas, sajando las líneas de la mano, la de la vida, la del destino, la del corazón, es decir, sajando el futuro, es decir, el pasado, toda la musculatura en tensión al servicio del grito que profería, al servicio del grito que recibía, sangre de mi sangre, carne de mi carne.

¿Qué queda de un grito que se interrumpe de forma abrupta, que no llega a vaciar los pulmones? ¿Qué con la garganta en llamas, rasponazos de desesperación seccionando las cuerdas vocales? ¿Cuánto perdura el eco de un grito frente a otro grito, de un grito con herencia? ¿Cuánto permanece resonando dentro? ¿Hay bidireccionalidad en ese grito? ¿Hay correspondencia? ¿Justicia? ¿Frío? ¿Se extingue ese grito en la caverna de la otra boca o se propaga en onda como el recuerdo de una piedra en el agua? ¿Se genera una burbuja en torno a un grito con esa herencia, un campo de fuerza que impide que nadie, absolutamente nadie, ni vecinos ni paseantes ni familiares, escuchen nada, absolutamente nada, los cojones nada?

No-pude-más.

Por mis muertos, no pude más.

Un hijo que por fin le planta cara a un padre, un hijo que hace lo que puede, un hijo que no tiene lo que hay que tener, que detiene el grito en seco, que se da la vuelta en el último momento, que se marcha de casa y tal vez pase la noche fuera porque está feo pegar a un padre. Sería una forma de verlo.

Pero la realidad es otra.

La realidad siempre es otra.

Apunten eso: la realidad siempre es otra.

Habrías querido otros hijos

otra esposa

otros perros.

No eras feliz con nosotros, nunca lo fuiste.

Habrías querido otra familia para tus días, pero te tocamos en suerte, una panda de mediocres en tu techo y tu apellido.

Te faltó impulso y nos impusiste tu sombra, derramaste sobre nosotros tu oscuridad, tu aliento, tu frío, litros y litros de todo eso a morro.

Habrías querido que fuésemos otros con la misma fe impronunciable con que yo deseaba que te murieses te matases, la única forma de disidencia que me permitía: que por una vez no tardases dos tres días en regresar más ido, más apático, más tú, que por una maldita vez estrellases el coche contra lo que fuese, que dieras varias vueltas de campana y regresaras nunca y te ausentases siempre.

La fuerza opuesta de esos dos deseos, el tuyo de que fuésemos otros, el mío de que te murieses te matases, los anuló, los mató de hambre, una ecuación disparatada que daba como resultado cero. Y nunca fuimos otros. Y nunca te moriste te mataste.

Desoigo las indicaciones de la doctora y salgo a la calle antes de estar

respuesto. Silla con silla, la nariz taponada, las trenzas de anea de los asientos deshilachadas, permanezco tras el cordón de seguridad, aguardando el momento del derrumbe. El aire crepita, como si estuviese cargado de ira. En la soledad del descampado, la otra silla desocupada, hay un instante de silencio, una suspensión del tiempo justo antes. Los perros, que siempre son los primeros en advertir la tragedia, se anticipan en coro. Enseguida un estruendo mineral, nacido de la misma piedra, me ensordece. Mi rostro escombrado, modelado por una nieve harapienta y quebradiza.

Cuando la nube se dispersa, me descubro en el interior de una hondonada, mi cuerpo demolido llorando las calles, aplastado contra el suelo, un cráter en mi estado anímico. En torno a mí se abre un círculo, una frontera mística o pestilente ocupada por decenas de curiosos. Nadie se atreve a traspasarla, todos se agolpan en los márgenes. Si me muevo en alguna dirección, si consigo desplazarme a rastras, el círculo avanza conmigo. Un anillo invisible mantiene a los demás a raya, a la distancia justa para no ser alcanzados por la onda expansiva. Como si generase un campo de fuerza infranqueable a mi alrededor que me protegiese, que me aislase. Dentro, el aire soporta una presión de cientos de atmósferas. Respirar ahí es una labor agotadora. Me falta oxígeno o nitrógeno o la Rubia. Siento el aguijón de todas las miradas clavadas en mi cuerpo. Una risa estridente, como el aire que se escapa por la boca de un globo, atraviesa el círculo y me perfora los tímpanos.

Los primeros síntomas del mal de altura, los más leves, pueden manifestarse a partir de los 2500 metros: dolor de cabeza, náuseas, vómitos, dificultad para conciliar el sueño. El cuerpo, sacudido por una deficiencia de oxígeno en la sangre, en las células y en los tejidos, lanza señales de advertencia, bengalas elocuentes al sistema nervioso. Conforme se sigue ascendiendo, rebasada ya cierta altitud considerable –en torno a los 3500 metros–, el sujeto puede experimentar confusión mental, pérdida de juicio, pérdida de coordinación muscular, inconsciencia, ansiedad, sensación de ondas de frío y calor, visión borrosa, visión de túnel, pérdida de sensibilidad, convulsiones y, en casos agudos, puede sufrir un edema pulmonar o cerebral, con elevado índice de mortalidad en ambos casos.

No deja de resultar curioso, o significativo, o qué, que el cuerpo reaccione de modo parecido bajo el agua, sometido a demasiadas atmósferas de presión y en situación de apnea prolongada.

La demasiada presión y la falta de oxígeno: todas las familias un sótano.

Al fin salgo del dormitorio –digo al fin por fijar un marco temporal que me ancle a cierta noción de presente–. El salón, un secarral en el que emerge, por determinada cualidad del aire, la completa y total ausencia de fotos en el piso.

No tengo fotos. Tener fotos nos hace humanos. Creo. Lo que nos diferencia del mono. Desde las cavernas, el hombre ha soñado fotos. Fondear en algunos recuerdos, tenerlos a mano, trasladar al futuro la idea de una posible felicidad, esa esperanza. No tengo fotos.

Venzo al cansancio, al dolor de cabeza y a la blandura de cuerpo y recorro con una mirada circular lo horizontal que hay en el piso: ninguna foto. Focalizo la vista en lo que no es foto, como si esos huecos pudieran revelarme algún morse encriptado, la explicación o el sentido de algo.

Para la siguiente sesión, si te ves capaz, trae fotos de la infancia, de la adolescencia y de la juventud.

No me gusta aparecer en las fotos. Me incomoda el momento en que alguien me apunta con una cámara y me anima a posar. Como si, en lugar de robar el alma, como piensan algunas tribus que habitan lugares remotos, las fotos mostrasen el alma del retratado, la sacasen a la luz –a esta luz.

Cuando la Rubia y yo rompimos, quise hacerle una copia de las fotos de nuestros viajes juntos, que guardaba en un disco duro externo y en un ordenador portátil. No teníamos ninguna en formato físico. Cuando quise recuperar las fotos, no hallé el menor rastro. No estaban, se habían volatilizado. De aquellos días tras la ruptura conservo un recuerdo fraccionado, poco fiable, una niebla triste que lo emborrona todo. No me explico qué ocurrió con las fotos. Me cuesta creer que las borrase yo, en un arranque de rencor o de enajenación o de ira. No me cuesta creer que las borrase yo, en un arranque de rencor o de enajenación o de ira. Conque, de los cuatro años que duró lo nuestro, apenas quedan imágenes que nos atestigüen. Sí queda, almacenado en servidores de islas secretas, un periplo disparatado y luminoso que nos ubica en Granada, en Camboya, en Laos, en el Alentejo, en París, en Kerala, en El Hierro y en La Gomera, en México, en Argentina, donde sea más allá de la SE-30, un periplo que sólo existe en las tripas de un

ordenador mastodóntico, inhumano, sólo allí seguimos enamorados, sólo allí sigue teniendo vigencia lo nuestro.

Aunque no me extrañaría haber arramblado con todas nuestras fotos en aquellos días de niebla, en verdad me resulta difícil imaginarme roto de rabia, perdidos los nervios y fulminando carpetas de fotos como si con eso fulminase también el dolor. Hay algo penoso en eso, en ser incapaz de imaginarme llevado por la rabia, fuera de mí, ajeno. Nunca he olido unas bragas ni he dado una hostia bien dada. Tampoco he sido Javier Molina. Pude haber sido Javier Molina y no tuve lo que hay que tener. Es jodido no haber sido Javier Molina. Había descolgado una llamada sin identificar, esa rareza, unos instantes de silencio en mi teléfono tras mi saludo, al cabo de los cuales una mujer joven me preguntó si yo era Javier Molina, una mujer joven al borde del llanto o recién llorada, ese abanico. Tardé en responder. Sus palabras entrecortadas me perturbaron y tardé en responder. Un paréntesis en el que tuve la opción de ser Javier Molina y la dejé pasar, ser Javier Molina y consolarla, ser Javier Molina y arroparla, ser Javier Molina y calmarla.

No es sano saltarse tantas etapas. En la raíz de mi incapacidad para borrar o no borrar las fotos, ese salto.

Sólo si te ves capaz. Si te resulta demasiado incómodo o doloroso, olvida lo de las fotos.

Mamá guarda las fotos de nuestra infancia. Desordenadas en cajas, amontonadas en una alacena, escondidas. Las reviso sin decirle para qué. Contemplo al niño que responde a mi nombre y me doy cuenta ahora: el niño apenas ríe. A veces vislumbro el espejismo de una sonrisa, una mueca sin dientes, una torsión forzada de la boca a la que no acompañan los ojos ni el cuerpo. Sólo en algunas fotos capturadas de extranjis, sin que el niño advirtiese el disparo, el niño abstraído en el fragor del juego, sólo en esos espejos de la memoria distingo la explosión de una risa, un navajazo de felicidad de oreja a oreja. Un niño al que no le estalla la flor de una risa de forma natural tiene algo podrido dentro.

En algún momento decepcionamos al padre, dejamos de ser las criaturas adorables, tiernas y achuchables que fuimos al nacer y lo desilusionamos tanto. Tenemos seis, siete años, acaso ni eso, algo hace clic en la cabeza del padre y de pronto dejamos de encajar en el molde que había amasado para nosotros. Los primeros fogonazos de una

personalidad propia, los primeros brotes de un criterio independiente empiezan a aflorar en nuestros cuerpecillos inmaduros, en nuestras decisiones por primera vez contrarias a las suyas, o simplemente distintas, y le decepcionamos para los restos. Caras largas. Gritos. Algo innombrable. Opaco. Pestilente. Diario. O bien se desinteresa. Se desentiende. Sortea nuestra cuota de cariño. Mira para otro lado. Genera un vacío. Nos destierra de sus afectos pero no de su casa. Somos la medida exacta de su fracaso, nosotros los hijos las hijas, y nunca volverá a vernos como antes. Tenemos seis, siete años, acaso ni eso, y ya somos la mancha en su expediente.

La madre, entretanto, permanece al margen, agazapada en un silencio ilegible, como congelada. Cuesta adivinar lo que piensa, cuesta interpretar lo que siente. Camina flojito y continúa con sus quehaceres mientras espera a que cese el temporal y, cuando regresamos a casa ojerosos y con las rodillas rasguñadas, nos prepara nuestro plato favorito. No sabemos de parte de quién está, aún no podemos saberlo.

Algo hicisteis mal con nuestros padres, algo torcisteis en el tronco genealógico que permanece torcido en nosotros, los hijos las hijas, un país hecho con esos mimbres, presidido por esos mimbres. Los estudios eran competición, el trabajo era competición, la familia era competición y nosotros, los hijos las hijas, no estuvimos a la altura, no superamos la nota de corte, los padres inmersos en un nivel de exigencia que les sobrepasaba, que les rebasaba, que se derramaba sobre nosotros, los hijos las hijas que ni flotar sabíamos. Son unos hijos de puta, nuestros padres, hijos de su tiempo, y la familia es el marco idóneo para dar rienda suelta a lo podrido dentro, una institución hecha a la medida de su frustración, de su desahogo, de su impunidad. Todas las familias un sótano.

Esto en los días más cabrones, los días en los que la convalecencia muestra su cara más desquiciada y la mirada se cubre de algo ponzoñoso, una telaraña que atrapa tan sólo la mitad oscura de las cosas. La convalecencia juega a eso, como las embarazadas que de pronto no ven más que embarazadas o los abandonados que sólo ven enamorados. En los días más cabrones, sólo en la exageración o en la ficción encuentra acomodo mi historia.

Hay también momentos de cierto alivio, momentos en los que el dolor de cabeza disminuye lo justo para permitirme asomarme al mundo con otra luz. Una rendija. En un sótano infecto y sin ventilación, un hombre, la cabeza de un gorrino por máscara, golpea el oído de otro hombre con la palma de la mano hasta provocarle la ruptura de la membrana del tímpano. A continuación, le vierte agua fría dentro,

entre gritos de un dolor insoportable. Luego vigilará el drenado no con mimo, aunque sí con exquisita diligencia, para evitar una infección que podría resultar fatal. Los buenos torturadores, los profesionales de esto, conocen el umbral que no deben superar, el límite al que pueden llevar a la víctima antes de que pierda la conciencia o fallezca, así como las técnicas de reanimación apropiadas para cada desvanecimiento. Son maestros en la anatomía del dolor, los buenos torturadores. Un reo inconsciente o un reo muerto es un fracaso del torturador, un trozo de carne al que no se le puede extraer dolor ni pena. En la enfermedad, al igual que en la demencia o en la tortura o en el aislamiento, existen respiraderos, alivios pasajeros sin los que el cuerpo, por mano ajena o propia, perdería la voluntad y se arrojaría desde cualquier quinto piso.

Levanto la mirada al techo de mi dormitorio y por un momento me parece distinguir una superficie uniforme, sin ninguna silueta luminiscente que altere su fisionomía. Si entorno los ojos se insinúa un perfil en lo alto, casi de humo, como la imprimación débil de un ectoplasma. Hay algo hipnótico y temible en esa luz. Cierro los ojos del todo y los aprieto hasta que una sucesión de destellos resplandecen en la cara interna de los párpados. Permanezco un rato abrazado a ese calor, a esa tregua que me concede la convalecencia antes de reingresarme al sótano de mi mente.

Me duelo hasta donde soy capaz, exploro los límites, los expando, inconscientemente o no, hasta el umbral de mi desesperación, hasta la frontera de lo soportable, antes de concederme un descanso testimonial, demasiado corto para repararme aunque suficiente para evitar que me arroje al abismo del delirio, al precipicio de mi infancia acomplejada, de mi pasado culposo que volverá a asaltarme transcurridos unos minutos, unas horas con suerte, hasta que de nuevo encuentre un respiradero, un descanso testimonial, el sótano de mi mente. Me torturo con maestría.

El 18 de febrero, jueves todavía, fui abducido por la funda de un edredón de mierda. No es algo que pueda ir contando por ahí, no es una hazaña de la que pueda presumir o hacer chanza en las cenas de amigos o en las reuniones familiares. Salpica. Incomoda. Despierta grillos. Es hermoso ver derrumbarse a un hombre, siempre y cuando no lo haga en tus brazos. El 18 de febrero, posiblemente soleado, me disponía a cambiar la funda de un edredón de mierda, pinza con las dos manos y brazos indecisos en cruz –¿es que los edredones, todos los

malditos edredones son cuadrados si los colchones no?, ¿dónde empieza y termina un edredón?, ¿cuál es su arriba?, ¿cuál su abajo?–, la boca de la funda aguardando su turno, ni sellada ni bostezo, muy propia; en ese contexto, bajo esas circunstancias ocurrió lo insólito: fui abducido por la funda de un edredón de mierda.

Succión no hubo. Tampoco desplazamiento, en tanto que allí no se movió nada, entendiendo por moverse no sólo al cambio de un lugar A a un lugar B, también al proceso que lleva a X a ocupar de manera consecutiva todo el espacio comprendido entre A y B.

Estaba afuera y, acto seguido, estaba adentro. Tan sencillo como eso. Tan inverosímil.

Teletransportación quizá sería una definición más apropiada, se ajustaría mejor a lo que allí sucedió. Si se puede hablar de teletransportación tras permanecer casi donde estaba. Se me antoja que le falta sustancia a esto. Carece de la suficiente épica, hay como una cojera de espectacularidad.

Hubo entonces una desconexión de la conciencia, un fundido a negro en cuyos extremos, cosidos a los bordes de la desconexión y superpuestos a ella, se ubicaron el adentro y el afuera. Afuera y, acto seguido, adentro.

Un pellizco en el espacio-tiempo.

Un zurcido.

Un remiendo.

Pinza con las dos manos y brazos vacilantes en cruz para, sin transición, encontrarme atrapado en un embrollo de pliegues y pespuntes, un retorcimiento textil que, conforme más resistencia oponía y más me esforzaba por deshacer, tanto más se ceñía a mi cuerpo y más se enmarañaba, inmovilizándome como una camisa de fuerza y exprimiendo el aire de mis pulmones.

No tardé en reconocer el adentro. En cuanto me hube tranquilizado y dejé de forcejear, el enredo se deshizo e identifiqué el adentro. La funda del edredón de mierda me envolvía, se me había echado encima como una noche de sopetón en un eclipse solar.

Las leyes que gobiernan este desbarajuste, este útero aberrante hecho de materia muerta, sin ser las mismas que conozco, tampoco son completamente otras. La arquitectura del tiempo, por ejemplo,

presenta algún matiz distinto. Es difícil explicarlo. Como si el engranaje de ruedas dentadas del tiempo me resultase familiar pero percibiera una disonancia en algún lado. Como si estuviese afeado por alguna melladura inapreciable para la conciencia pero suficiente para alterar el tic tac de siempre.

Estimo que han debido de pasar dos semanas, tres a lo sumo, desde que fui abducido. Propongo esa cifra por experiencia, por analogía, por un conocimiento frugal y barriobajero de las leyes que gobiernan este desbarajuste. En realidad, la mayoría de nuestras certezas se apoyan en razonamientos de esta naturaleza: conocemos las cosas a ciegas, de oídas. Casi todo lo que sabemos del mundo se lo debemos a ojos prestados, a orejas de otros. Si sólo existiésemos en virtud del conocimiento adquirido por nosotros mismos, no veríamos una mierda, no escucharíamos un carajo. Existir es confiar. La civilización se cimentó en la confianza. El hombre aprendió a hacer fuego porque tuvo confianza. ¿Qué fue antes, el huevo o la gallina? Primero fue la confianza, el conocimiento vino después. Yo confío en la arquitectura del tiempo sin entender el tiempo. Confío en el peso y en la temperatura de una mano sobre la mía sin saber qué es el peso, sin tener ni repajolera idea de qué alquimia genera esa temperatura. A la experiencia tiempo, a la experiencia mano, les puedo agregar preguntas, esto es, literatura, en un intento por entender algo. Pero no me engaño, ni siquiera en estas circunstancias: tantas preguntas, tanta literatura, sólo sirven para darme cuenta de las proporciones de mi desconocimiento.

De la arquitectura del tiempo, de la literatura, esto es, de la vida, lo más que conozco es su peso, su temperatura.

Con suerte.

Adentro carezco de la confianza necesaria. Esas mínimas desviaciones de la costumbre, lo descascarillado de algunas ruedas, rasgan la piel del conocimiento aprendido, heredado. Sin lo mullido de una tradición que se ajuste a mi cuerpo, sin el paraguas de una teoría que explique y anticipe el huevo, la gallina, hay como una angustia, un andar sin ruido por temor a levantar sospechas, a despertar qué sé yo.

Desconfío.

Sin confianza no se llega a ningún lado, o se llega mal.

Hasta la fecha, no he tenido contacto con ninguna forma de vida extraterrestre. Al menos hasta donde yo sé. Intuyo que en algún

momento caigo dormido, rendido de cansancio, y tal vez entonces mi cuerpo yacente, sin conciencia, sea objeto de experimentación por parte de criaturas de otras galaxias. No tengo noción de sueño. Mi estancia en este lugar, en el vientre de la funda del edredón de mierda, la percibo como un continuo borroso, distorsionado, en el que nunca pasa nada. Imposible desde todo punto de vista. Hay necesidades fisiológicas que satisfacer, funciones orgánicas que han de tener lugar se quiera o no. Que siga con vida es prueba de ello. Alguien, algo, ha de obrar al margen de mí.

Estudios recientes –digo «recientes» por aproximación, por intuición– hablan de la existencia de 121 exoplanetas en los que sería posible la vida, diseminados en el vacío interestelar. No sé de qué cajón de la memoria extraigo ese dato. El siglo que me acogía antes de ser abducido destacaba por eso, por una acumulación inhumana de datos, gigas y gigas de información almacenada para nadie. 121 planetas fuera del Sistema Solar que reúnen determinadas condiciones de tamaño, proximidad a su estrella, temperatura y solidez como para albergar alguna forma de vida. Desconozco si Funda de Edredón de Mierda se encuentra entre ellos. Sospecho que no.

Levanto la vista al cielo en una noche limpia, estrellada, y asisto al espectáculo de tanta gente sola. Constelaciones enteras. Posibilidades de vidas aisladas boqueando en un desierto interminable hecho de materia oscura, tímidos aullidos de luz con siglos de retraso lanzando su señal de socorro al vacío cósmico.

Esta soledad astronómica me representa, me interpela, me escupe en la cara involuntariamente, no digo que no, sus perdigones de saliva crean cráteres en mi estado anímico.

Me toco.

Espachurro mi mano entre los muslos, hago tenaza y aprieto hasta cortar la circulación. Aguanto. No dejo que la presión disminuya. Los abductores contraídos hasta que ya no siento la mano. La mano inerte. Sin alma.

Me toco.

Recorro mi cuerpo con el cadáver de mi mano para generar la ilusión de ser tocado por alguien. Palpaciones sin entusiasmo, palpitaciones sin entusiasmo.

Me toco.

La previsible anatomía de mi encierro no me depara sorpresas ni alegrías. Hay un aire viciado, entumecido, en el que me hundo como en un útero enfermo. La funda del edredón de mierda retiene mi respiración, se me pega al cuerpo como una cortina de baño.

Respiro mi respiración.

La exposición a otros cuerpos, a la intemperie, a otras excreciones, fortalece nuestro sistema inmunológico. Un cóctel macrobiótico que dispara nuestras defensas. El aislamiento, por el contrario, nos marchita, nos vuelve vulnerables.

La mierda ajena nos hace más fuertes, mientras que la propia nos debilita.

Me toco.

En mi exploración desganada, descubro un sarpullido detrás de la oreja. Con su relieve de lija. Con su comezón. Toda la parafernalia característica. Encontrar algo que se atiene a las leyes de afuera me enternece. Esa incomodidad detrás de la oreja, esa picazón constante asociada a una geografía reconocible me conmueve. Me abrazo a esa molestia. Acaricio esa molestia. Reinvento esa molestia.

Una molestia que, en otros tiempos, afuera, antes de ser abducido por la funda de un edredón de mierda, me habría tratado sin perder un segundo.

Evocar el afuera cuando todo es adentro conlleva sus riesgos. Médium accidental, sin oficio ni preparación, convoco al pasado, y el pasado se manifiesta con el peso de la cultura: recuerdo que es ahí, en ese punto detrás de la oreja, donde los extraterrestres implantaban chips a los abducidos antes de devolverlos a la Tierra; recuerdo también que, afuera, me salía con cierta frecuencia un sarpullido idéntico, en el mismo sitio.

Luego ya me habían abducido antes, y no en pocas ocasiones.

Luego no estoy solo en este planeta.

Luego hay alguna clase de inteligencia experimentando conmigo.

¿Qué pretenden de mí?

¿A qué juegan?

¿Por qué de las anteriores abducciones no guardo ningún recuerdo y sí de esta?

¿Se disolverá también este recuerdo cuando me devuelvan afuera?

¿Me devolverán afuera?

Sea lo que sea lo que esperan de mí, no estoy dando la talla.

Hace tiempo que dejé de buscar la salida. Al principio trataba de desliar el gurruño de la funda del edredón de mierda en busca de la boca, me retorcía y tiraba de las arrugas con la esperanza de una abertura. En vano. Todos mis intentos resultaban infructuosos. Lo único que lograba era estallar en un llanto mudo –todo es mudo en el espacio–, enfermo de desesperación.

Algunas veces percibía una luz, un tímido resplandor distorsionado por la epidermis de Funda de Edredón de Mierda. Enloquecía entonces, perdía las formas y forcejeaba como un desequilibrado: brazos y piernas proyectándose al vacío sin elegancia ni control. Eran gestos cargados de una ferocidad inusitada, un overbooking de aspavientos como de actriz de telenovela. La necesidad de remarcar los gestos para una audiencia idiotizada, una violencia que, en presencia de otros, nunca me habría atrevido a manifestar.

Adentro la cosa cambiaba: yo era mi única audiencia.

Cuando era presa de uno de estos arrebatos, sólo me detenía al quedar inmovilizado por la funda del edredón de mierda, que se enroscaba a mi cuerpo como una pitón y me dejaba fuera de combate. Cuando lograba calmarme, cuando comprendía que esa batalla estaba perdida y dejaba que mi musculatura se reblandeciera, creía distinguir formas humanas al trasluz. Algo se interponía entre Funda de Edredón de Mierda y la fuente de la luz, siluetas que mi desesperación perfilaba como antropomorfas. Sonido no hacían. Tampoco establecían contacto. Tan sólo se dejaban ver, rayaban mi campo de visión como rayan los postes de teléfono la ventanilla de un tren. Congelado en una cierta postura, gritaba mi frustración, un grito sin cuerpo ni carrerilla, enviaba una débil señal al espacio con la esperanza de que fuese interceptada, decodificada, comprendida, aliviada.

Hace rato que me di por vencido.

Me conformo ahora con incursiones breves y desganadas por la orografía de espejo de Funda de Edredón de Mierda, sin más intención que distraer los minutos, aturdirlos. El paisaje es idéntico a sí mismo

en este planeta, una reiteración de pliegues y arrugas, de flecos y cansancio. De vez en cuando encuentro pelos. Todos míos. Pelos que mi cuerpo pierde o rechaza. Los apreso con el índice y el pulgar, los coloco en la palma, los amaso mano con mano. Hago con ellos una bolita. Una bolita graciosa, ridícula, inútil. Dista mucho de ser una bolita perfecta. Es una esfera por afinidad, por un aire de familia. Voy agregando pelos a la bolita, procuro que conserve su esfericidad. Crece con los días. De seguir así, pronto perderá el diminutivo. Inclino la mano, soplo la bolita. Rueda por la palma como un matojo del Lejano Oeste, atraviesa sin detenerse la línea de la vida, la del corazón, la del destino, pierde impulso. Recuerda, sin alma, una cosquilla.

Mi último hallazgo: dos pelos enredados.

Hay algo novedoso: uno es mío, el otro es rubio.

Estaban en una de las esquinas de Funda de Edredón de Mierda, en la juntura entre dos planchas de tela, camuflados entre hilachas. Agarro el pelo que es mío con una mano, el rubio con la otra, y tiro de ellos con suavidad para desenredarlos. Cuando están a punto de separarse, se forma un nudo simpático, un garbancito ni rubio ni castaño. Lo estudio de cerca. Hay poca luz en Funda de Edredón de Mierda. Tenso el pelo rubio, tenso el pelo castaño, el garbancito se balancea justo en medio. Sigo tirando y el garbancito se encanija, da gusto verlo tan en su papel de garbancito, tan glorieta. De la misma emoción, me sacude un espasmo involuntario del ánimo y la trenza se quiebra con un chasquido infinitesimal. En un extremo de la soga se suicida el nudo.

A veces miento para empeorarme.

Un automatismo, un reflejo irracional, una decisión que tiene lugar en un plano preconsciente, en algún sitio inaccesible pero en absoluto ajeno: me alcanza su eco, la distorsión del agua tras un maremoto sin la conciencia del maremoto, la ola fulminante que no veo venir.

Estamos en una terraza. Una de nuestras primeras terrazas, la Rubia y yo. Hablamos de cualquier cosa, el asunto es lo de menos. Llenamos de palabras el aire amable que nos contiene, ese intercambio de anécdotas triviales que camufla lo que no nos decimos, o sea, lo que nos decimos de veras. Todo fluye con suavidad hasta que, llevado por esa corriente placentera y cálida, le confieso que le fui infiel a eMe, y si no digo su nombre entero es para salvaguardar su identidad, es decir, por cobardía. Nunca le fui infiel a eMe y, sin embargo, le fui

infiel a eMe. Esa mentira me rebaja, ese embuste que vocalizo con claridad me pilla desprevenido, me pulveriza.

Le fui infiel a eMe.

Escucho las palabras que salen de mi boca y soy el primer sorprendido.

Le fui infiel a eMe.

Las palabras se solidifican, atruenan en mi interior. Me doy cuenta enseguida de la insensatez de mi mentira, de lo absurdo de mi mentira, de la condena de mi mentira, pero soy incapaz de desdecirme.

Sé que estaré atado para siempre a esa infidelidad, que condicionará no pocas conversaciones, no pocos comportamientos, que, en torno a mi infidelidad, brotará un bosque de mentiras más o menos gordas, más o menos comprometedoras, necesarias para sostener mi credibilidad; todo eso lo sé y soy incapaz de desdecirme.

Aunque me apabulla la culpa, aunque me aplasta la vergüenza de mi mentira.

Para cuando tomo conciencia de mis palabras, le fui infiel a eMe, para cuando alcanzan la región del cerebro que decodifica e interpreta el mensaje, ya estoy explicando con quién, cuándo, cuántas veces, el bosque de mentiras necesario para hacer creíble el árbol.

Demasiado por talar y tan poco tiempo.

El discurso sucede a la par que el pensamiento, dos estados no exactamente antagonistas ni complementarios ni míos, un runrún de fondo que me llega amortiguado y que no puedo detener, un televisor prendido con el botón del volumen averiado.

Hay como una necesidad de humillarme, de hacerme quedar mal. De buenas a primeras surge la mentira que me empeora, que me rebaja, un embuste que nace de mi culpa y la alimenta, que nace de mi vergüenza y la alimenta, que nace de la certeza arraigada en mí –otra mentira más– de que merezco una reprobación, una regañina, los reproches todos y los castigos todos.

Saber que ese engranaje opera en mí, conocer esta reacción en cadena que soy incapaz de detener a tiempo, lejos de reconfortarme, lejos de ayudarme, agrega más culpa a la culpa, más vergüenza a la vergüenza,

más pena a la pena.

Estamos en una terraza, en una de nuestras primeras terrazas, y le fui infiel a eMe para siempre sin haberle sido infiel nunca.

Lo que más me jode es que tuve una infancia feliz.

Pero las fotos

Al principio Dios creó el cielo y la tierra. La tierra era soledad y caos, y las tinieblas cubrían el abismo; y el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas. Dios dijo: «Haya luz», y hubo luz. Vio Dios que la luz era buena, y la separó de las tinieblas; y llamó a la luz día, y a las tinieblas noche. Hubo así tarde y mañana: día primero.

Dios fatigado, la responsabilidad de tantos ochomiles.

Hay una predisposición mayor, ser hijo de es tener, si no todas, sí muchísimas papeletas de ser un auténtico hijo de, un redomado hijo de, ese abismo, esa tiniebla, Padre Nuestro. Ahí están las estadísticas.

¿Dónde?

Es una forma de hablar.

No hay justicia en los genes, en cualquier caso. Hay azar, hay velocidad, hay cierta combinación posible, no todas, tampoco tantas, hay cultura, hay lo que hay.

En los primeros años de vida se adquieren los aprendizajes necesarios para la adaptación al medio: desplazamiento, comunicación e interacción social. Lo que le ocurra al bebé configurará la arquitectura cerebral del adulto, la floración de conexiones que responderá a su nombre, a sus limitaciones. Yo, en cambio, tuve una infancia feliz que me dejó sin excusas. No soy merecedor de esta tristeza.

Insisto en las fotos.

Siempre hay alguien peor que tú. Esa certeza, lejos de aliviarme, añade culpa a la culpa. Pienso en una cadena de hombres y mujeres jodidos, o no una cadena, una escalera más bien, una escalera descendente en la que quien está en el escalón inferior está más jodido que tú, y ese a su vez es superado por el siguiente escalón, que a su vez ya se sabe, y así hasta llegar al último escalón, al último hombre,

a la última mujer, la criatura más jodida sobre la Tierra, un compendio de desgracias e infortunios, un escalón que ya no es escalón, sino suelo firme, sino tope, el lugar en el que se pudre la criatura más jodida sobre la Tierra, que vuelve la vista sobre su hombro y allí no hay nadie, nadie más jodido, y vive su desdicha con ese consuelo, con esa libertad, sin esa carga.

La felicidad es una idea, un argumento, una mentira. La felicidad sólo lo es en comparación.

Llevo el germen de una tormenta dentro, la posibilidad de que en cualquier momento estalle y me recuerde que soy un hijo de, esa maldición, esa probabilidad, esa losa.

El terremoto dentro casa ocurrió luego, ya entrada la pubertad. La tierra era soledad y caos, y las tinieblas cubrían el abismo; y el espíritu de Dios Padre aleteaba sobre las aguas de mi adolescencia. Hubo así tarde y mañana: día primero, ese molde.

Dios Padre extenuado.

Se supone que, para entonces, las conexiones neuronales

Pero las fotos

La plasticidad cerebral

Pero los domingos

Un rasponazo de luz me da de lleno en la cara. No hay maldad en eso. La luz de la silueta –esa luz– vira en el techo, se retuerce como un animal herido mientras un camión pasa o no pasa. En cualquier caso, tiemblan las aceras, tiemblan las paredes, tiemblan las junturas del viento y la luz se desmigaja con un temblor que no es de piedra, que no es de carne, con un temblor que viene de lejos, o sea, que viene de dentro. Abrazo esa luz. Me recuesto en esa luz. No soy nada sin esa luz que alumbra mi vergüenza, que alumbra mi miedo, que alumbra cada inseguridad mía, cada naufragio. Mi identidad se asienta en esa luz. ¿Qué soy sin esa luz? Me abrigo con esa luz mientras, en la mesita de noche, la moneda no se decanta. Si sale cara llamo a la Rubia, si sale cruz me jodo.

Algo en la noche tira de mí. Un ruidito, una visión provocada por la

falta de sueño, una corriente de aire, no sé. Tardo en abrir los ojos. Me aterra la posibilidad de una silueta parada en la puerta, sus rasgos ocultos por una dentellada de oscuridad. Me decido, no obstante el miedo, y la habitación sumergida en una luz turbia, acomplejada, proveniente de una silueta pero detenida no en la puerta, sino en el techo, congelada en la sorpresa de un trazo de tiza. Recupero el resuello –había estado aguantando la respiración hasta ahora–, el alivio triste de un mal menor.

De los mismos nervios, quiero creer, la silueta y yo nos llevamos la mano a la polla. Cuesta saber si voy a rebufo o es mi mano la que, al moverse, determina el desplazamiento de la silueta. Reflejados en la misma postura, de pronto rompo a llorar.

Como sin prisa.

Como con pena.

Como con frío.

Intuyo que los tres días de convalecencia con la nariz taponada que me aconsejó la doctora ya se han cumplido. Si todo ha ido bien, y no hay razones para creer lo contrario, me quitarán los tapones nasales y podré respirar con normalidad. Sólo un accidente, un golpe fatal de última hora, un puño sin nada de aire entre los dedos, podría retrasar la curación, alargar la convalecencia, la luz que me abriga.

Sólo un accidente.

Un puño sin aire entre los dedos.

Un golpe fatal de última hora.

Pienso en una cámara anecoica. Me encierro en el baño, tapo la rendija de la puerta con el guiñapo de una toalla y pienso en una de esas salas en las que el sonido nunca vuelve, sino que es engullido por las paredes, el suelo y el techo, muros futuristas recubiertos por unas cuñas piramidales hechas de una materia que absorbe el sonido y aumenta la dispersión de las pocas ondas que logran escapar con vida. De pie frente al espejo, un cerco de palabras vejatorias perfilando mi anatomía, me palpo los esparadrapos que cubren mi nariz. Su consistencia, su solidez, lo expandido y obstruido por los tapones nasales, me recuerdan más a hueso que a cartílago, más a piedra que a

carne. Sello los labios con un mordisco y me tapo los oídos con las manos, presiono con fuerza. Clausuro mi cuerpo, anulo todos sus orificios, sus vías de escape.

El silencio no existe. Nada más entrar en la cámara anecoica, en ausencia de todo sonido externo, se percibe un zumbido, un acúfeno, como el que efectuaría una moneda que girase a perpetuidad sobre su eje. Instantes después, se empieza a escuchar, con una claridad desacostumbrada, el propio cuerpo, un concierto de latidos, sangre en circulación y funciones gástricas amplificado por mil por esta fractura sensorial ocasionada por la privación de ruido. No pasa demasiado tiempo antes de que se manifiesten los primeros síntomas de locura.

Me quito la ropa ante el espejo. El esparadrapo y los tapones nasales son los únicos elementos ajenos a mí en contacto con mi piel. Al margen de eso, nada se interpone entre mi cuerpo y el espacio que desaloja. ¿Invalidan esos apósitos mi desnudez? En estas condiciones, ¿se puede seguir hablando de un hombre? Mis ojos aparentan estar sumergidos en un tarro de gelatina. No parecen humanos, o parecen demasiado humanos. Hay algún matiz de expresión que no alcanzo a descifrar. Como si hubiese accedido a determinados rincones oscuros por primera vez. Mi desnudez me hace daño. Contengo la respiración o la contiene el reflejo. La piel de mis pómulos comienza a oscurecerse, cambia hacia una tonalidad que recuerda un moratón. Partiendo la frente en dos, el gusano de una vena emerge a la superficie, se hace montaña, palpita como un volcán. Las sienes responden al mismo latido. Aprieto las mandíbulas hasta desollarme los labios. Libero un oído y, con la mano acalambrada, me golpeo el cráneo repetidas veces, una sucesión de golpes secos y enérgicos en un intervalo demasiado corto como para cuantificarlos. Algo retumba dentro como en una catedral bombardeada. Abro la boca y una corriente muda distorsiona el aire, el grito absorbido por las paredes, el techo y el suelo. Estoy vivo.

No recuerdo si fui yo quien llamó a la policía, no logro ponerlo en pie. Que la estaba liando, me dijo mi hermana desde el otro lado del teléfono, que papá la estaba liando de nuevo, que se le había ido la olla del todo. Papá persiguiéndome cuando llego a casa, papá incapaz de alcanzarme, torpe, lento, tambaleante, papá los ojos incendiados de ira, una telaraña de sangre inyectando lo blanco, la furia tensando mi cuerpo también, llevándolo al límite, el temor a perder el control en cualquier instante, el miedo a dejarme llevar por una rabia no

exactamente mía pero que habitaba en mí, una rabia por persona interpuesta, el corazón un estallido de nervios, todas las ganas de una hostia bien dada y la duda de si podré resistir ese impulso, los puños ya sin nada de aire entre los dedos, esa posibilidad que detuvo el timbre y está feo pegar a un padre, papá de pronto cambiando el semblante, papá de pronto un nido de amabilidad, el milagro de una sonrisa en cuanto ve aparecer a los agentes, ni que los estuviese esperando.

Me cuesta entenderte, Padre, y sabe Dios, que no existe, que lo he intentado. Me cuesta entender tu persecución de tantos años, tu rabia contra nosotros, cómo jamás un atisbo de lucidez o una sombra de arrepentimiento y que nunca nunca pidieses perdón por nada, nunca. Me pregunto qué corrientes de mierda surcan el entramado fluvial de tu genealogía, que también es la mía, qué ecos te atraviesan, Padre, qué espejos los tuyos, qué ejemplos te justifican, qué recuerdos ha bloqueado tu mente para salvarte o de cabrones está el mundo lleno.

«¿Tienes algo que hacer el domingo?».

El domingo era mañana y no, no tenía nada que hacer. El siguiente mensaje que me envió llevaba adjunto un billete de tren, ida y vuelta a Córdoba mañana mismo, o sea, el domingo, acompañado de una invitación a almorzar.

Días antes había recibido otro mensaje suyo: «Ya no tengo mami».

Cuatro palabras sueltas, aisladas, un revoltijo de tornillos que así, dispuestos en ese orden, sacudían el planeta de la infancia y arrasaban con toda su luz.

La llamé en cuanto se deshizo el nudo. 600 kilómetros fulminados de un plumazo a la velocidad de una tecla.

Hubo un momento de rareza en mi teléfono. La estática del silencio crepitaba la resaca de su mala cobertura. Mi boca no sabía qué hacer. Los dientes regañaban con los labios, la lengua con su cielo encapotado.

Nunca se me dio bien hablar por teléfono. No sé interpretar los silencios de una conversación telefónica, soy incapaz de adivinar si la persona del lado de allá ha hecho una pausa para tomar aire o ya ha dicho lo que tenía que decir y me ha cedido la voz. Me estresa hablar

por teléfono. Cuando descuelgo, la respiración se me acelera y le rezo al dios de las líneas telefónicas para que mi interlocutor diga todo lo que tenga que decir de seguido, que no me ponga en la tesitura de decidir si ya me toca o si debo insertar un ajá y listo.

Con ella el mundo era otro. Menos afilado. Más amable. De la materia acogedora y milagrosa que hace añicos la timidez.

Compartíamos la misma enfermedad.

La llamé en cuanto pude y nos dijimos poco. La incompetencia de siempre. El alivio de siempre. Permanecimos un rato al teléfono escuchando el llanto del otro, un lenguaje sin idioma que la tecnología hizo accesible. No hablamos cosa con cosa. Ese abrazo chapucero. Torpe. Necesario.

–No lo entiendo –un sollozo, la Rubia.

No somos tantos. Una madre y una hija se sientan en una mesa cercana, una mesa dentro de mi campo de visión, y me digo que no somos tantos. No las conozco de nada, apostaría algo a que es la primera vez que las veo, pero una cosa es indudable: madre e hija. No sólo por el arco de la nariz, no sólo por lo carnoso de la barbilla, no sólo por la curvatura de la espalda: también por sus gestos: eco la hija, eco la madre, eco la abuela. No somos tantos: un puñado de genes viajando en el tiempo, renaciendo no en otra conciencia: en la misma sólo que más envejecida, ligeras variaciones del mismo molde. No somos tantos. 7.400 millones según los datos más recientes. Bah, las estadísticas. Bah, los recuentos. Muchas ramas de no tantos árboles.

En la incomprensión de ella, en su llanto, en la mueca de su dolor, también su madre. «Ya no tengo mami», escribieron la Rubia, su abuela, la raíz rubia e imperecedera de su linaje.

Todo lo que debí haberle dicho y retuve para nadie.

–Te quiero mucho –la herida de su mami.

–Ya lo sé –le contesté con la voz temblorosa y la convicción de su amor por los suelos.

Hay una inercia, una continuidad que hace que la definición de una derrota se monte con la anterior, no están claros los límites, no están nada claros, de modo que rastrear el origen del fracaso nos remonta tan atrás en la memoria, tan atrás en la ficción de lo nuestro, que uno llega a confundir la sonrisa de la Rubia con una mueca vacía, y

maldita la gracia.

Nueve meses antes explotó lo nuestro.

–Ya no te quiero –la Rubia entonces.

–Qué mierda todo –el descalabro.

El 18 de febrero ya no me quería. ¿Cuándo fue la última vez que me quiso? ¿Me querría una semana antes, cuando compramos aquella cómoda? Si retrocedo nueve meses en la genealogía de nuestro amor, sucede la cómoda. La misma cómoda que, poco después, se llevaría a su casa sin mí.

Me aferro al vacío de una cómoda no porque sienta apego, me aferro a su vacío porque una cómoda es comprensible, abarcable, empieza y termina en una geografía a la medida. Añoro la cómoda por lo específico que hay en ella, por la facilidad de su definición. Hay una traslación de lo genérico a lo concreto, de lo abstracto a la cosa.

Vacío la mirada en el perímetro que ocupaba la cómoda.

Nostalgia de una cómoda que, sin el abalorio vivencial de su montaje a dos, me la traería al fresco. Llorar una cómoda.

La dimensión de mi fracaso me la da el vacío de una cómoda.

Caminamos Córdoba agarrados del brazo, sin destino prefijado ni preferencias. Una llovizna a ratos inflaba los paraguas y generaba un vacío que nos contenía. Una burbuja confortable. El contacto de su brazo resucitó ciertas terminaciones nerviosas, restableció determinadas conexiones neuronales hacía tiempo olvidadas. La memoria del cuerpo trepando cataratas infranqueables para la conciencia: de pronto el cuerpo recordó un idioma que la mente ya no.

–Ya no te quiero –el descalabro.

–Te quiero mucho –la herida de su mami.

Aquello me sorprendió de veras. Me desconcertó. Conque distraje mis ojos en sus pies. Hizo una especie de quiebro, alteró la durabilidad de un paso para acomodarlo con los míos. Bastó ese gesto mínimo de sus pies para que el viento acomplejado de mi infancia me sacudiese de lleno en la cara. Mientras seguía mirando sus pies, contemporáneos de los míos, calcados los pasos, mi cabeza, cargada de razones y de

convencimiento, se agarraba a la certeza de que en eso había consistido lo nuestro: ella modificando el paso cada vez para adaptarlo a los míos. Sus huellas en mis pasos dejaban constancia de mi ineptitud, de mi andar incompetente por el mundo.

Sus pies de hielo. Mi fracaso.

Siempre tenía los pies fríos. Supongo que los seguirá teniendo. Aunque cualquiera sabe, la gente cambia. ¿Por qué no iban a hacerlo también sus pies, la temperatura de sus pies? Cuando se levantaba de la cama arqueaba los pies de modo que la superficie en contacto con el suelo fuese mínima, apenas lo mullido del talón y la punta de los dedos. Era capaz de doblar completamente cada dedo, capaz de separarlos como una garra en posición de alarma o en sobresalto de sorpresa. Había más de tierra o de árbol que de carne en esos pies.

Sus pies caminaban Córdoba sin tacones y de mi brazo. Nunca llevaba tacón, y no llevar tacón me parecía un gesto de amor tan grande hacia sus pies, hacia el barro del que estaban hechos, que a veces se me olvidaba que ya no nos queríamos. Porque no nos queríamos.

–Ya no te quiero –el descalabro.

–Te quiero mucho –la herida de su mami.

Lo habíamos hablado. Estuvimos de acuerdo. Ya no nos queríamos en letras tajantes y ruinosas. El letrero de un viejo hotel sin mantenimiento ni huéspedes. Páginas y páginas de mala literatura, de literatura al peso. Definiciones cochambrosas que, en otro ámbito, en otro formato, perderían toda validez, humo en la niebla, mierda en la mierda. Pero el papel lo aguanta todo. Es un hijo de la gran puta, el papel: ya no nos queríamos.

Un revoltijo de palabras alzando el vuelo, un espejismo de tornillos que distorsionaba y reescribía el pasado.

Después de almorzar nos dirigimos a la estación. Ocupamos un banco en la espera del tren que nos devolvería, primero a ella, poco después a mí, a nuestros respectivos vacíos de cómoda. Un banco hombro con hombro. Mirada al frente. Los pies callados. A lo máximo que podía aspirar era a ese trocito de banco. Miré de reojo y vislumbré su cuerpo abatido, invadido por la tristeza, por el vacío de mami. Su desconsuelo me hizo sentir mezquino, imbécil del todo con mi diccionario de mierda abierto por una página cualquiera, inventada. Le ofrecí o debí haberle ofrecido un poco de agua, una bolsa de pipas.

Una voz metálica anunció su tren. La Rubia de pie, una blandura de cuerpo como sin huesos, la Rubia acurrucada en su linaje. Antes de separarnos, me concedí un abrazo sin retórica. El abrazo por el abrazo. Estrenar ese abrazo. Aprender ese abrazo. Asumirlo. Un abrazo sin iniciativa ni duración, sin memoria, sin futuro.

¿Qué lleva a un hombre a subir una montaña?

¿Qué lleva a un hombre a subir una montaña? ¿Qué necesidad le asalta? ¿Qué le empuja a querer llegar más alto, a alcanzar determinada cota, a coronar una cumbre? Es difícil saber qué hay en la cabeza de un hombre, qué disparates o sueños o traumas bullen dentro. Subir una montaña es una noción, un eufemismo. Se camina una montaña y el capricho geológico convierte los pasos en ascensión. Se camina una montaña con la terquedad con que un río escarba un valle, con la resignación de tantas vueltas al patio de una cárcel.

¿Cuántas montañas puede subir un hombre en una vida? ¿Agota una montaña la posibilidad de otras? ¿De cuántas? ¿Qué resorte se activa en la mente de un hombre que camina una montaña? ¿Qué conexiones o desconexiones tienen lugar allí dentro? ¿Por qué una montaña y no el Caribe, y no París, y no los fiordos noruegos? ¿Qué clase de emoción persigue un hombre que emprende una montaña? ¿Qué castigo? ¿Tanta hambre tiene? ¿Tanto le duele qué?

Hay en los primeros pasos ecos legendarios, se levanta en torno a ellos una polvareda mitológica. Son pasos épicos, gloriosos, rebosantes de entusiasmo y determinación. Los primeros pasos horadan el camino –siembran el camino– con firmeza y ergonomía.

Me había preparado. Tenía el cuerpo listo para el esfuerzo, la musculatura a tono, los tendones a punto. Todos los ingredientes para triunfar a lo grande o fracasar sin excusas.

Los primeros pasos inauguran una cosmogonía, ponen los cimientos del relato, pavimentan el recuerdo que será. Los primeros pasos rezuman esperanza, son pasos felices y voluntariosos, a su alrededor se despliega un paisaje de leyenda, paredes de rocas milenarias que se hunden en lo profundo del valle y provocan tortícolis de asombro, ríos obstinados que esculpen cañones de postal en cuestión de siglos, la persistencia del agua, las primeras rampas que prefiguran los días siguientes y, encajonado en el paisaje, el Manaslu en cierta lejanía, el primer ochomil del camino, y un rompepiernas de cumbres nevadas haciéndole un electrocardiograma al horizonte.

Así que al final vine al Himalaya.

Un mapa plegado en el bolsillo trasero del pantalón. La memoria del viaje no opera sólo a posteriori. Bien al contrario, empieza a armarse durante la preparación del viaje, va tomando forma a medida que las consultas a blogs y a guías se suceden, y se actualiza en el acto mismo del viaje. La memoria del viaje, con ser una experiencia individual, exclusiva, es también una memoria múltiple, colectiva, suma de tantas memorias que a la postre son una. Así se construye la historia, así se construye la Historia.

Hay, eso sí, matices, peculiaridades que diferencian el viaje del Viaje, la memoria de la Memoria. Singularidades que no llegarán a ninguna parte, que serán absorbidas por el desagüe de la Historia pero que, no obstante, dejarán una huella profunda, indeleble, en el viajero. Una memoria sin herencia, sin descendientes. Una memoria que no me sobrevivirá, que no trascenderá, que morirá conmigo, si no antes.

Los primeros pasos proporcionan combustible para tirar dos, tres días sin complicaciones. Dos, tres días presa de un entusiasmo juvenil, en contradicción con la templanza y placidez que había prefigurado en mis planteamientos iniciales. La maravilla era estar allí: estar en el paisaje, no el paisaje; estar en el Himalaya, no el Himalaya. La ilusión del Annapurna le hacía sombra al Annapurna. El viaje era una abstracción.

El ímpetu de los primeros pasos sostiene el relato en pie, le otorga coherencia y verosimilitud a la idea del viaje, la prologa.

Tres páginas el prólogo.

La tercera noche un dolor de garganta punzante, incisivo, me agarró desprevenido y una tos racheada no me dejó pegar ojo. A buen seguro el malestar, si bien aún en pañales, lo venía incubando desde hacía días. La euforia de los primeros pasos lo habría ocultado, un telón de fervor, emoción y adrenalina. La tercera noche las defensas se relajaron, se abrió una grieta y, ahora sí, en el Himalaya de todas todas, en el Himalaya al ciento por cien.

En los días que siguieron el dolor de garganta fue a más, también la tos, y la idea del Himalaya se fue desvaneciendo para ceder su lugar a la realidad del Himalaya. Los pasos ganaron peso, volumen, hambre, las pendientes sudaban la gota gorda y las paredes de roca, al estrecharse, aceleraban las corrientes de aire procedentes de los glaciares.

Devuelto a mi condición de nervios, músculos y tendones, me detenía de tanto en tanto, doblado por un ataque de tos o necesitado de aliento. Los mocos me obstruían la nariz y respirar por la boca me incendiaba la garganta. Gracias a esas paradas obligadas por la enfermedad pude por fin reparar en el paisaje que me rodeaba, un paisaje de carne y hueso, no el que traía en la cabeza, fruto de lecturas previas y proyecciones mentales. La enfermedad, al ralentizar mi cuerpo y mi ánimo, acompasó mis zancadas al ritmo de la montaña, destruyó al dios juvenil de los primeros pasos y me devolvió a mi condición de hombre. El verbo se hizo carne, la carne se hizo fiebre.

El Himalaya empezó en mi fiebre.

Hay alguna enseñanza en eso.

La fiebre: esas primeras décimas hicieron aflorar el animal dentro, lo despojó de cultura, de conciencia, de prejuicios y de progreso y lo dejó desnudo en el corazón del Himalaya. Un Himalaya al que la fiebre devolvía también a su animalidad: dejó de ser paisaje, una postal en movimiento que ofrecía sus encuadres de vértigo para revelarse en toda su crudeza: temperaturas que oscilaban entre el sudor y el escalofrío al penetrar o abandonar una sombra, interminables escaleras de piedra que ahogaban las palabras y desbocaban el pulso, el oxígeno ya un privilegio y paredes de fiebre que hundían sus raíces en el origen mineral del universo.

Aquí pierdo la noción de los días hasta llegar a Manang. Un paréntesis que se resume en mi fiebre, que se reduce a mi fiebre: el cuerpo maltrecho, vapuleado, que se las ve y se las desea para llegar hasta el siguiente asentamiento, hasta el siguiente alojamiento, las noches un puro temblor con cada trallazo de fiebre. Ngadi, Chyamche, Tal, Danaqyu, Upper Pisang, una sucesión de nombres sin contenido, etapas de mi fiebre que no figuran en ningún mapa, en ninguna guía.

Debió de ser entre los días quinto y séptimo.

Amanece un cielo encapotado, al menos en mi memoria. Sin lo templado del sol, sin esa barrera, el viento procedente de los glaciares arrastra siglos de frío. Me subo la braga hasta la nariz para proteger la garganta, mi aliento queda retenido en la tela térmica. Respiro mi respiración. Cada exhalación encajonada ahí, estancada, inhalar eso. Respiro mi fiebre. La exposición a otros cuerpos, a la intemperie, a otras excreciones, fortalece nuestro sistema inmunológico. Un cóctel macrobiótico que dispara nuestras defensas. El aislamiento, por el contrario, nos marchita, nos vuelve vulnerables.

La mierda ajena nos hace más fuertes, mientras que la propia nos debilita.

Al rato de iniciar la marcha me sorprende una granizada, pedruscos de golf contra mi cuerpo. A pesar de que la capucha del chubasquero amortigua los golpes, aquello resulta descorazonador. Hay un efecto túnel, o un efecto caverna, no sé, la capucha una caja de resonancia, un amplificador del eco, el repiqueteo de los pedruscos me atraviesa el cráneo y rebota contra cada neurona, un pinball de hielo e histeria, la fiebre.

A la vuelta de un recodo, una pendiente de vértigo, un cobertizo con una mujer ofreciéndome un té sale en mi auxilio. Observo el cielo, ningún desconchón que augure una vía de sol. Calculo cuántas rupias llevo a mano y me resguardo bajo el cobertizo. Namasté. La mujer me sonríe y señala un asiento. Le pido un masala tea, me quito la mochila y me dispongo a esperar a que cese la granizada, el pinball activo todavía por inercia, por costumbre, por malicia. Agarro la taza con ambas manos y permanezco un rato abrazado a ese calor.

La mujer, que apenas balbucea tres palabras mal contadas en inglés, aguarda de pie junto al esbozo de un mostrador y me sonríe cada vez que nuestras miradas se cruzan. Una sonrisa franca, discreta, reconfortante. Si Dios existiese, tendría esa sonrisa. No podría no tenerla. Permanezco un rato abrazado a ese calor.

El granizo da paso a una lluvia fina y constante, desganada. Pago el té, le doy las gracias a la mujer –dhanyabad–, me coloco la mochila y reemprendo la marcha.

El camino sigue ascendiendo y se adentra en un bosque primitivo. El suelo embarrado dificulta cada paso, hay un magnetismo mineral al levantar cada pie, el chasquido de un beso de abuela cada vez. En el vientre del bosque, la lluvia es un goteo menudo, apenas perceptible, un paraguas de ramas y hojas. Pero no hay que bajar la guardia. Lo frondoso de arriba redirige el agua como canalones de un tejado, la acumula primero y luego la vierte a chorro cuando uno menos se lo espera, y la temperatura ha subido lo justo para desprender los pegotes de nieve recogidos en las copas. Sucede entonces un bombardeo de hielo: imposible predecir el punto de impacto, fácil predecir el daño.

Conforme avanzo, los árboles parecen acercarse cada vez más, se cierran sobre mí, un tajo abre la carne de sus troncos de arriba a abajo y deja a la vista sus vísceras. Se mecen ligeramente, como si

estuviesen colgados de unos ganchos de hierro, y me obligan a caminar de puntillas y con las manos pegadas al cuerpo para evitar que me rocen. Aquello va ganando consistencia, velocidad, amplitud, crujido. La sorpresa de una náusea hace tenaza en mi estómago.

El bosque se hace ejército.

¿Cuánto dura un bosque? ¿Cuánta nieve pueden acumular los aleros de los árboles? ¿Cuántos charcos entre el follaje? ¿Cuantísimas horas dura una tormenta? ¿Cuantísimas gotas? La fiebre, el frío, la infección de garganta, las uñas de los pies cada vez más moradas, cada vez menos uñas. Siento que me están poniendo a prueba, que alguien, algo, ha decidido sembrar mi Himalaya de obstáculos para ver de lo que soy capaz, de lo que realmente soy capaz.

La lluvia constante.

El desierto del bosque.

Chof chof los pasos.

La lluvia por dentro.

El desierto por dentro.

Chof chof por dentro.

Mi Himalaya.

Me reblandezco. Me hago bolita. Pienso en abandonar. Me digo que, no bien llegue al siguiente pueblo, pasaré allí la noche y, a la mañana siguiente, tomaré el camino de vuelta, regresaré sobre mis pasos ya para nada vigorosos, ya para nada rebosantes de entusiasmo ni determinación, y me quedaré en Pokhara hasta el vuelo de regreso a España. Cada paso cuesta más que el anterior, el incendio de la garganta no da señales de sofocarse, hay una debilidad del cuerpo, una flojera del ánimo, que me repite con insistencia, en el idioma de la carne, que abandone, lo pide a gritos.

¿Qué lleva a un hombre a seguir subiendo una montaña en estas condiciones? ¿Qué necesidad le asalta? ¿Qué resortes se activan en la mente de un hombre que desoye de ese modo su cuerpo, que desatiende así sus temblores? ¿Qué clase de emoción persigue un hombre que sabe de todas todas, sin un ápice de dudas, que lo único sensato es dar media vuelta y descansar tres días, una semana, una vida? ¿Qué le impulsa a quitarse la mochila no bien escampa,

arrojarla al suelo con rabia y echarse a llorar allí mismo?

Estaba preparado.

Había que mejorar la fuerza, la resistencia, la flexibilidad, el equilibrio, la coordinación, todo lo que es humano y perdemos en el camino. Llevar una alimentación ejemplar, dejar el azúcar, los alimentos procesados, los cereales y los animales criados en granjas industriales. Había que hacer un ayuno de tres días un mes antes del viaje, precedido de adaptaciones paulatinas, ayunos intermitentes para enseñar al cuerpo a recurrir a la grasa en ausencia de glucosa.

No podía fracasar, no también en esto.

Firmé mi primer contrato de mierda hacía veinticuatro años, veinticuatro años y no había disfrutado de ninguno de los trabajos desempeñados desde entonces. De ninguno. Hasta que cumplí veintiocho años tuve una carrera ascendente. Encadené varios ascensos, me mudé a pisos cada vez mayores, tuve lavavajillas, mi nómina escalaba tramos del IRPF –tremendo Himalaya–, contribuía al PIB, inclinaba la balanza de pagos para el lado bueno.

A partir de entonces, mi nómina se desplomó en todos los gráficos, cambié varias veces de piso, cada cual con menos pomos que el anterior, alterné períodos en paro con trabajos cada vez peor pagados, basculé para el lado malo de la balanza. Era, fui, soy lo que se conoce como un fracaso del sistema. Un paso atrás en mi genealogía.

Por si fuera poco, la Rubia y yo ya no nos queríamos. Lo habíamos hablado. Estuvimos de acuerdo. Ya no nos queríamos en letras tajantes y ruinosas. El letrero de un viejo hotel sin mantenimiento ni huéspedes. Páginas y páginas de mala literatura, de literatura al peso. Definiciones cochambrosas que, en otro ámbito, en otro formato, perderían toda validez, humo en la niebla, mierda en la mierda. Pero el papel lo aguanta todo. Es un hijo de la gran puta, el papel: ya no nos queríamos.

Tengo cuarenta y cuatro años y he fracasado de todas las formas posibles. Posibles para mí: fracasos mediocres, que justo logran un aprobado. Hasta para fracasar se necesita talento.

No podía permitirme otro fracaso. De ninguna de las maneras. Aunque supiese que era una temeridad continuar así.

Conque me eché a llorar allí mismo. Tiré la mochila de mala manera, me derrumbé sobre la montaña, oculté la cara entre las manos para

nadie a mi vera y rompí a llorar. El caudal del deshielo de los glaciares que arrasa con todo a su paso y escarba valles, modela torronteras y esculpe la Historia, la histeria.

Llorar la fiebre, llorar la garganta, las uñas, el frío, todas las posibilidades de mí. Llorar cada descarte que, por cobardía, por dejadez, por miedo a recibir una ventolera de reproches, nunca llegaron a buen puerto, se quedaron en nada. O peor, en la posibilidad de algo.

Mire donde mire, esa nube.

Un barullo de mayúsculas me grita desde todos los ángulos. Letras picudas, apresuradas y desiguales, escritas o grabadas con prepotencia, con rencor, sin compasión. La descarga de un alma herida, la eyaculación apática de un animal despiadado.

La necesidad de gritar, de desgañitarme en la soledad de aquel bosque, la necesidad de destrozarme las cuerdas vocales, un grito que atravesase la Historia, un grito sin cultura que vaciase mis pulmones de todo eso, que me llevase a la hipoxia y me dejase temblando, reblandecido, sin nada dentro, la materia original con la que fuimos modelados. Ante mí, uno de los valles más profundos del planeta, un socavón geológico, un mordisco del tiempo. Una roca situada estratégicamente también, un saliente que ni a propósito. Me incorporé como pude y me acerqué al abismo, el atrevimiento de tres pasos más, situarme en el extremo de ese trampolín. Intentar ese grito, intentarlo con todas mis fuerzas, abrir la boca todo lo que las mandíbulas dan de sí: ningún sonido emergió de esa caverna, nada en mis entrañas. Ni siquiera peste. Ni siquiera ruido. Por más que lo intento, el aire de mis pulmones no logra vencer la resistencia del aire de mi vergüenza. Demasiadas atmósferas de diferencia.

Un hijo que por fin le planta cara a un padre, un hijo que hace lo que puede, un hijo que no tiene lo que hay que tener, que detiene el grito en seco, que se da la vuelta en el último momento, que se marcha de casa y tal vez pase la noche fuera porque está feo pegar a un padre. Esa falta de coraje en la raíz de mi Himalaya. Buena parte de mi Himalaya esculpido por ese grito truncado, dos placas tectónicas que colisionan, una que cede, que no aguanta lo suficiente y queda sepultada por la otra. Mi voz sepultada por el peso de otras voces, de otras veces, estratos superpuestos de tantísima morralla mental, de tantísima podredumbre espiritual. Mordeduras, arañazos y escupitajos de una bestia colérica, desalmada, que hacen diana en lo más íntimo, donde más duele.

Sólo quien ha gritado hasta enmudecer conoce su propia voz, sólo quien ha sido capaz de vencer su rabia, su culpa, su frustración, y ha logrado acceder a la última capa, arqueólogo de uno mismo.

Mi voz no sonaba a mí.

Le faltaba rigor.

Le faltaba coraje.

Le faltaba yo.

Yo sacudido por un llanto primitivo, atemporal, un sucedáneo de grito que ni de lejos un grito. El Yeti debe de ser eso, un hombre roto por el llanto en mitad del bosque, su figura apenas entrevista entre los árboles y el frío, una sombra dudosa entre la maleza, esa tristeza que remueve las hojas, que chapotea en todos los charcos, el escalofrío que anima a escapar corriendo, el imán del miedo, el Yeti. Que sea una alucinación o no es lo de menos. Hace rato que entendí que la manifestación física no es un requisito necesario para que algo exista, que la existencia tiene lugar en diferentes planos, ninguno de por sí más consistente que otro, ninguno más real. Hay múltiples formas de crear presencia, y la corporización es sólo una de ellas. Ni mejor ni peor. Igual de eficaz. Igual de tramposa.

No me podía permitir otro fracaso.

Con la punta de la bota, el trazo tembloroso, escribí sobre el suelo mojado: «Tengo que dejar el trabajo».

Recogí la mochila, me sacudí el bosque de encima y continué caminando. Pasos lentos y diminutos para ahorrar energía, pasos funcionariales. Llegar al siguiente pueblo, el fuego, comer algo, recuperar fuerzas, el fuego, dormir un poco y no tirar la toalla, y no tirar la toalla, el fuego.

Era el momento más esperado del día, el que compensaba todas las penurias de la jornada, las tantas horas caminando la montaña con el cuerpo atravesado por la fiebre. Cinco almas en torno al fuego. Caía la noche, caían las temperaturas y los pocos viajeros nos reuníamos en torno a una vieja estufa. Así empezó la civilización. Así empezó la cultura. Así empezaron la bancarrota, la seguridad social, los contratos temporales y el amor. El fuego duraba poco, la madera era un bien escaso en esas altitudes, había que racionarla. Lo justo para entrar en calor, en cierta idea de calor al menos. Cinco almas apurando el fuego. Los brazos extendidos, las palmas abiertas al resplandor de la hoguera,

algunas prendas húmedas colgadas de un cordel sobre la estufa –dos pares de calcetines, tres camisetas, una malla– y una comunión nacida del fuego, anclada en el amanecer de la raza, una brasa de ánimo se prendía entonces en el fondo de mis pupilas, un rescoldo que sólo lo resucitaba esa hermandad, ese fuego, el combustible necesario para olvidar la fiebre y reavivar las ganas.

El fuego tuvo la culpa. La responsabilidad del fuego.

Ese calor residual que me daba fuerzas para continuar.

Recuerdo el paréntesis de Manang, el punto escogido para realizar la aclimatación. Aquí pasé dos noches infernales, bañado en sudor, sacudido por momentos por un súbito temblor de fiebre. El segundo día en Manang tenía previsto subir al Ice Lake y regresar al pueblo a dormir, una de las excursiones recomendadas para aclimatarse a la altura. No pude hacerlo. La garganta me ardía, no me quedaba casi voz, el cuerpo era un guiñapo a merced de la montaña. Decidí que lo más prudente era quedarme en el pueblo y reposar en la medida de lo posible.

Permanezco en la cama lo que cada postura da de sí. El cuerpo incrustado en el colchón, una raquítica bombilla delimitando, con sus 40 vatios mal apretujados, las fronteras de mi vida. Las paredes parecen sostenerse en un andamiaje de tristeza que lo cubre todo. Hasta el lenguaje se contagia. A mi enfermedad se unen los estragos de la altitud, considerable ya en este punto del recorrido. Tan pronto me sumerjo en un delirio de somnolencia, un malestar inconcreto me espabila, como un remordimiento sin causa que lo mismo taladra la conciencia.

Varias horas o días en cama –el dolor altera el engranaje del tiempo– sin apenas variar de postura han lastimado mis lumbares. Si estiro la pierna, siento un trallazo en la espalda baja, a la altura del sacro. Trato de incorporarme para aliviar la molestia, me muevo como en un charco de resina, como si pretendiera pasar inadvertido. Me veo obligado a cambiar de posición con frecuencia para evitar que la espalda se contracture, que el brazo se entumezca, que la sangre no irrigue mis pies. Se revela un mecanismo de compensaciones, inclinaciones imperceptibles del tronco, involuntarias, que mi cuerpo realiza para evitar el dolor de espalda, lo cual provoca que se sobrecarguen otras articulaciones, otros grupos musculares que, hasta entonces, se habían mantenido a salvo.

El cuerpo se provoca daño a sí mismo para evitar que un daño

preexistente vaya a más.

Hay alguna enseñanza en eso.

El insomnio, la fiebre.

Duele la cama, duelen las articulaciones, duele la luz y duele el frío. Trato de desembarazarme de todo eso, empujarlo, arrojarlo lejos, una intención que se queda en el plano de la voluntad. El cerebro envía señales en esa dirección, impulsos eléctricos que pellizcan las fibras musculares pertinentes para que reaccione, para que me contraiga, pero la orden se detiene en algún punto del camino, pierde fuelle, sucede entonces un bloqueo y mi cuerpo no reacciona, permanece inmóvil bajo toneladas de todo eso. Ninguna elasticidad. Todo rígido.

No son ni las siete y estoy en planta, dispuesto a dar un paseo por Manang para probar mis fuerzas, acercarme también a una casucha que vi la tarde anterior en la que una mujer lavaba la ropa y la entregaba en menos de 24 horas. Había nevado durante la noche, el primer sol de la mañana comienza a derretir los muñones de hielo que sobresalen de los aleros de los tejados de chapa, una mujer acuclillada pica piedra a martillazos, apenas montañistas, todos cumpliendo desde bien temprano con la excursión recomendada para aclimatarse a la altitud. Le dejo la ropa interior a la lavandera, acuerdo recogerla por la tarde y salgo del pueblo en dirección a Thorong La. Un sendero repta por la ladera derecha de la montaña y se pierde a lo lejos. Tres días en esa dirección, si todo sale según lo planeado, y llegaré al paso de montaña de Thorong La. Tres días no son tanto. Tres días son una barbaridad.

La línea temporal se desdibuja al llegar a este punto. Por momentos dudo si esto ocurrió, si está ocurriendo o me lo invento todo. Pasado, presente y mentira forman una amalgama sin arriba ni abajo, sin inicio ni abandono. Por momentos me veo también desde afuera, yo testigo de mí, tercera persona de mí mismo, un autómata alimentado de fiebre. Como si mi vida la protagonizara otro. La necesidad de narrarme en tercera persona para ser capaz de enfrentar mi reflejo, para poder acceder a determinadas regiones de mi vergüenza, la necesidad de fabularme, un cuchillo de palabras con el que abrir un tajo en la carne del recuerdo, la imposibilidad de contemplarme sin esa distancia, sin esa barrera de ficción y tiempo. Me desdoblo, abandono mi cuerpo para ocupar mi cuerpo.

Varios días idénticos –¿dos?, ¿ocho?, ¿ninguno?, ¿todos?– se sucedieron en esa bruma, en ese espejismo de fiebre, frío y cansancio.

La niebla comenzó a disiparse en High Camp, el último sitio en el que dormiría antes de alcanzar Thorong La. Desde allí, escasas tres horas me separarían del paso de montaña. El hilillo de un sendero serpenteaba ladera arriba, trepaba una pared casi vertical, pelada de cualquier rastro de vegetación, y se perdía tras rodear la montaña. A la vuelta debía estar High Camp. Cada veinte pasos me veía obligado a detenerme. Establecí esa cadencia porque necesitaba aferrarme a algo mecánico para reunir fuerzas suficientes, pautar aquello como el tictac de una maquinaria. No me veía capaz de funcionar en términos humanos y dieciocho, diecinueve, veintiuno, veintidós, eran demasiado humanos. Veinte era distinto. Veinte estaba hecho de ruedas dentadas, tornillos y poleas, y no de sangre, intestinos, frío y cansancio. En mi delirio, consideraba que los números redondos carecían de humanidad, al igual que las generalizaciones. No eran un resultado, eran una convención, una abstracción. Así que cada veinte pasos, ni uno más, ni uno menos, el engranaje se detenía unos segundos, lo justo para evitar que se sobrecalentase, y vuelta a empezar. Veinte. Esa bruma. La fiebre.

Tantas veces veinte hasta que, de pronto, un aplauso, un festín inaudito de palmas, los montañistas que ya habían llegado recibieron a los rezagados con ese abrazo, con ese bochorno que no desbordó mis lágrimas porque está feo llorar en público.

Nosotros, los rezagados, los consumidos por el fuego de la vergüenza, los aplastados por el peso de la culpa, los acomplejados por la certeza de no dar nunca la talla, de no estar nunca a la altura, nosotros, los incapaces, éramos ejecutores y ejecutados de una espiral de aislamiento que fluía hacia adentro, las paredes de un embudo que se tragaba nuestras cada vez más escasas fuerzas, que acaban por desaguar sobre nuestro ánimo, esa construcción mental o sentimental o desesperanzada en mitad de la montaña, mi Himalaya.

Se respiraba en High Camp una euforia pueril, una inocencia de otra época, de otra épica, la alegría contenida del último día de clase. Tras doce días de Himalaya, al fin estaba ante la última etapa. No la última en sentido estricto, aún habría que descender varias jornadas, pero sí la última emocionalmente, sentimentalmente. Thorong La era lo que le daba sentido a todo aquello, la meta, ese brillo en el ambiente. Sólo una tarde, media noche –había que acometer el ascenso a las cinco de la mañana– y tres horas de caminata nos separaban del paso de montaña más alto del planeta, la foto que todos compartiríamos en nuestras redes sociales, una estampa idéntica frente a la señal que marcaba los 5416 metros que surcaría océanos de ceros y unos hasta llegar a las pantallas de todos nuestros contactos, la instantánea que

mostraríamos una y otra vez cuando relatásemos nuestro Himalaya.

Flotaba en el aire un vapor chisporroteante que emborrachaba a todos, el runrún de un júbilo que nadie se atrevía a confesar en voz alta pero que contagiaba cada gesto, cada palabra, cada espejismo. Yo asistía a esa borrachera desde una distancia de años luz, el único sobrio en la celebración de un título. Deseaba ser partícipe de aquella dicha, de aquella hermandad, pero no lograba deshacerme de la bruma. Quedaba un rastro, un velo de legaña, la conjuntivitis de un remordimiento. Participé sin participar de aquel jolgorio, todo el tiempo como detrás de una cámara.

Nos fuimos pronto a dormir. Convenía descansar.

En cuanto se hizo de noche, la temperatura se desplomó más allá de los termómetros. Ni envuelto en todas las capas de ropa lograba entrar en calor. A lo que había que sumar que, poco después de apagar la luz, mi cabeza explotó. Un dolor se irradiaba desde el entrecejo como circulitos en el agua, un maremoto que derrumbaba todo a su paso: la paciencia, la compostura, la dignidad, el sueño, el decoro, el amor propio.

Un hombre que da vueltas en la cama, que prueba posturas, que se masajea las sienes y el dolor no remite. Un hombre que enciende la linterna y rebusca en la mochila un paracetamol, sin demasiadas esperanzas. Un hombre que comprueba que ha dado cuenta de todas las grageas durante la ascensión: la fiebre.

Las primeras bocanadas de delirio. Comienza a hablar en voz alta, se queja, emite gruñidos anteriores al fuego.

El Yeti existe. Yo lo he visto. Yo lo he sido.

Un hombre que recuerda poco de lo que dijo.

Mentira.

Un hombre que preferiría no recordar lo que dijo.

Mejor así.

Recuerdo que me golpeaba la cabeza con una mano enguantada. Recuerdo que me deshacía de la manta por ver si el frío lograba distraer el dolor. Recuerdo que llamaba a mamá, recuerdo que le pedía auxilio, que suplicaba su ayuda, soy hijo por parte de madre. Recuerdo que me sentaba en la cama y que me liaba a cabezazos

contra la pared, con la esperanza de que eso doliera menos. Recuerdo que no amanecía. Recuerdo que me levanté para ir al baño, recuerdo que el baño estaba en un cobertizo en el exterior. Recuerdo que me costó trabajo ponerme las botas. Salí a la noche, el frontal de la linterna iluminaba más hielo que nieve. Bañado en esa luz, un paisaje alucinado, de una blancura irreal, sin formas atribuibles a este mundo. Recuerdo que intenté orientar mis pasos en dirección al baño, que ensayé una línea recta que fui incapaz de llevar a cabo. Me desplazaba como si caminase por la cubierta de un barco en mitad de un temporal, borracho de altura y flojera. No me explico cómo fui capaz de llegar. Envejecí varios años en el trayecto. Recuerdo el cobertizo en el que se encajonaba el baño, cuatro paredes estrechas que sudaban su propia fiebre y un agujero pestilente y con churretes en el suelo. Recuerdo que no me importaban el hedor ni el frío. De alguna manera me bajé los pantalones. No recuerdo cómo regresé a la habitación. Recuerdo luces nerviosas atravesando la ventana, haces disparatados contra la pantalla de la noche –más tarde supe o sabré o hubiera sabido, es difícil conjugar los verbos del fracaso, que eran las primeras linternas que iniciaban el ascenso, una reelaboración tramposa del intelecto: la realidad nunca ocurre a posteriori– . Recuerdo que me sobraba ropa. Recuerdo que me faltaba ropa. Recuerdo voces. Voces amortiguadas, aturulladas.

Alguien me dice algo, alguien me acaricia el hombro como se acaricia a un perro o como se sacude el polvo de la chaqueta de otro. Ahora estoy en un comedor, rodeado de montañistas, ya ha amanecido o el mundo ha explotado y esta es su luz. Una mujer posa su mano en mi rodilla y me desea good luck, su sonrisa es entre tierna y compasiva, no resulta sencillo interpretar los gestos humanos. Un chico con acento de serie norteamericana me lee varios párrafos de un libro del que no entiendo una mierda. Todo me llega distorsionado. Paaaaaaalaaaabraaas que sogggooo toonulooo guaasss. Me sumerjo en mis manos, de vez en cuando levanto la vista y ante mis ojos febriles se despliega un universo vibrátil, cenagoso, un mundo de figuras que se derriten y temblequean, imágenes ralentizadas, inacabadas, como sacadas de un mal ejercicio de pretecnología. Me abrazo a esas imágenes. Hay una camaradería en la montaña que ya quisiera en la vida.

Alguien me pasa un teléfono satelital, un mamotreto que no puedo rodear con la mano. Al otro lado crepita una voz, pienso que están friendo esa voz en una sartén. No entiendo lo que me dice, le pido varias veces que me repita, le repito varias veces que me pida, le veces pido que me repita varias. Finalmente creo entender que debo pagar cinco mil euros para ser evacuado en helicóptero. Respondo que no

tengo suelto. Mi delirio se agarra a un hilo de humor o mi memoria inventa un hilo de humor. Cualquiera de las opciones resulta esperanzadora.

Gestiones. Tejemanejes. Chanchullos. Alguien me vuelve a pasar un teléfono satelital. Al otro lado, Dinamarca. Dinamarca me recuerda que tengo contratado un seguro en caso de necesitar ser evacuado por mal de altura. Trato de explicar mi situación en un inglés entrecortado y sin oxígeno. Balbuceo. Me cuesta hilar. Rebusco términos que estén a la altura, que describan mi zozobra. La comunicación se corta y es imposible restablecer la llamada. Estoy jodido. Estoy bien jodido.

Tardo en volver en mí. Las imágenes emergen despacio, como el esqueleto de una casa después de un incendio, cuando se ha despejado el humo. Las palabras levantan una humareda a mi alrededor. Alguien me ofrece un té. Alguien entona lo que parece una nana. Alguien me anima a un último esfuerzo. Estamos a menos de tres horas de coronar el Thorong La, el paso de montaña más alto del planeta, ¿qué son tres horas después de doce días caminando la montaña?

Por suerte, aún conservo una rayita de lucidez. Había leído sobre el mal de altura, era consciente de que, en mi estado, no descender de inmediato podría ocasionarme una embolia cerebral, una embolia pulmonar, la muerte. Conque agradezco las atenciones y me lanzo montaña abajo, varias horas de por medio hasta llegar a Thorong Phedi, donde me habían dicho que había otro teléfono satelital con mejor cobertura y podría hablar con el seguro, el helicóptero que me llevaría de vuelta a Katmandú.

Mis ojos se pierden en una cumbre nevada. En la cresta humea una fumarola que me recuerda un velo invertido de novia, no tengo claro si está ocasionada por el vaho del deshielo o se trata más bien de una nube que se deshace al chocar contra lo afilado de aquel risco: la respiración de Dios. La montaña o mi fiebre –¿acaso no son lo mismo?– me acercan a Dios, es decir, a la inexistencia de Dios, me hacen no creer en Dios sin ninguna sombra de duda. Es imposible, es humana y divinamente imposible que ningún Dios haya concebido algo así. Nadie, nunca, podría imaginarse algo como una montaña, esa fiebre, antes de que existiese la fiebre, esa montaña.

Me agarro a ese espejismo, ese brazo tendido al que se aferra mi ánimo.

El brazo de Dios. El ojo de Dios. La mano de Dios en la polla de Dios. Una reminiscencia del cerebro reptiliano, una señal desesperada

lanzada al vacío cósmico por mis antepasados. Mi Himalaya se impregna de Dios, rezuma Dios, deja a Dios en bragas, anula a Dios.

Veo a Dios en todo lo que no es Dios.

Creo en mi fiebre.

Le rezo a mi fiebre.

Me alimento de ella.

Desciendo el tajo de una pendiente, un sendero lo justo para los pasos, una miopía incorregible: apenas distingo el suelo que piso, sólo un paisaje desfigurado, sin contornos. El esqueleto me pesa como si un imán tirase de mis huesos hacia abajo, y la musculatura, aun conservando su volumen, ha perdido todo su vigor. Levanto las manos hasta situarlas en mi campo de visión y permanezco unos segundos mirándolas. Giro las muñecas como si me despidiese de algo, de alguien, flexiono cada articulación, cada falange. Los dedos se agitan sin que yo tenga conciencia de haberles dado esa orden. Como si en algún punto entre el cerebro y los dedos un cortocircuito hubiese echado a perder el cableado del que depende la motricidad.

Adelanto una pierna y la otra a continuación. Alterno eso. Se ve que aún conservo la coordinación, esa clase de coordinación al menos. Avanzo por inercia, sin noción de mí. Mi cerebro ha olvidado que soy persona. Sólo guarda el instinto de materia viva, un reflejo de supervivencia que lo traslada, no me explico cómo, hasta Thorong Phedi. Me cuesta mantener el equilibrio. Hago malabarismos para esquivar cucarachas, o la posibilidad de cucarachas. Creo distinguir una trazando filigranas entre mis pies, anudándome una cuerda metafórica para hacerme tropezar. A cada paso siento que voy a derrumbarme, que voy a rodar ladera abajo y estamparme contra una roca, un golpe fatal de última hora y el tabique nasal desviado.

La esperanza de un teléfono satelital.

Un seguro de alta montaña.

La promesa de un helicóptero, una camilla con una sábana abrigándome poco, que vendrá a salvarme si las condiciones meteorológicas lo permiten.

A salvarme de mí.

AGRADECIMIENTOS

La escritura de un libro está atravesada de experiencias que suceden al margen del libro pero que, se quiera o no, impregnan al libro, lo empapan. El camino de vuelta también. La experiencia de Eco está acompañada de algunas voces que dieron forma y luz a las palabras en momentos de oscuridad, de mucha oscuridad.

Siempre os agradeceré vuestra cercanía:

A María, que me conoce mejor que nadie y supo detectar al instante las imposturas de mis miedos. Muchas barreras seguirían en pie de no ser por ti. A nuestra manera torpe y desmoronada, nos queremos tanto.

A Carolina y a Fran, primeros lectores de muchos fragmentos del libro, que sostuvieron mi caída cuando no encontraba donde agarrarme.

A Isabel, una explosión de vitalidad, entusiasmo y alegría que, aun en la distancia, me alcanzó para abrigarme.

Al Mooncup Club, por la pamplina, por las risas.

A quienes no supe pediros una ayuda que me hubieseis prestado. Me consta quiénes sois.

A los que, aunque escacharrados, logramos sobrevivir, carajo, sobrevivimos.

Mi gratitud y mi cariño para los restos.

Editorial Candaya